This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

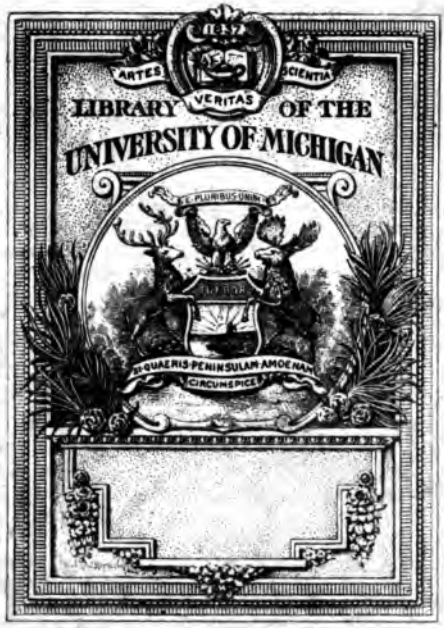
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

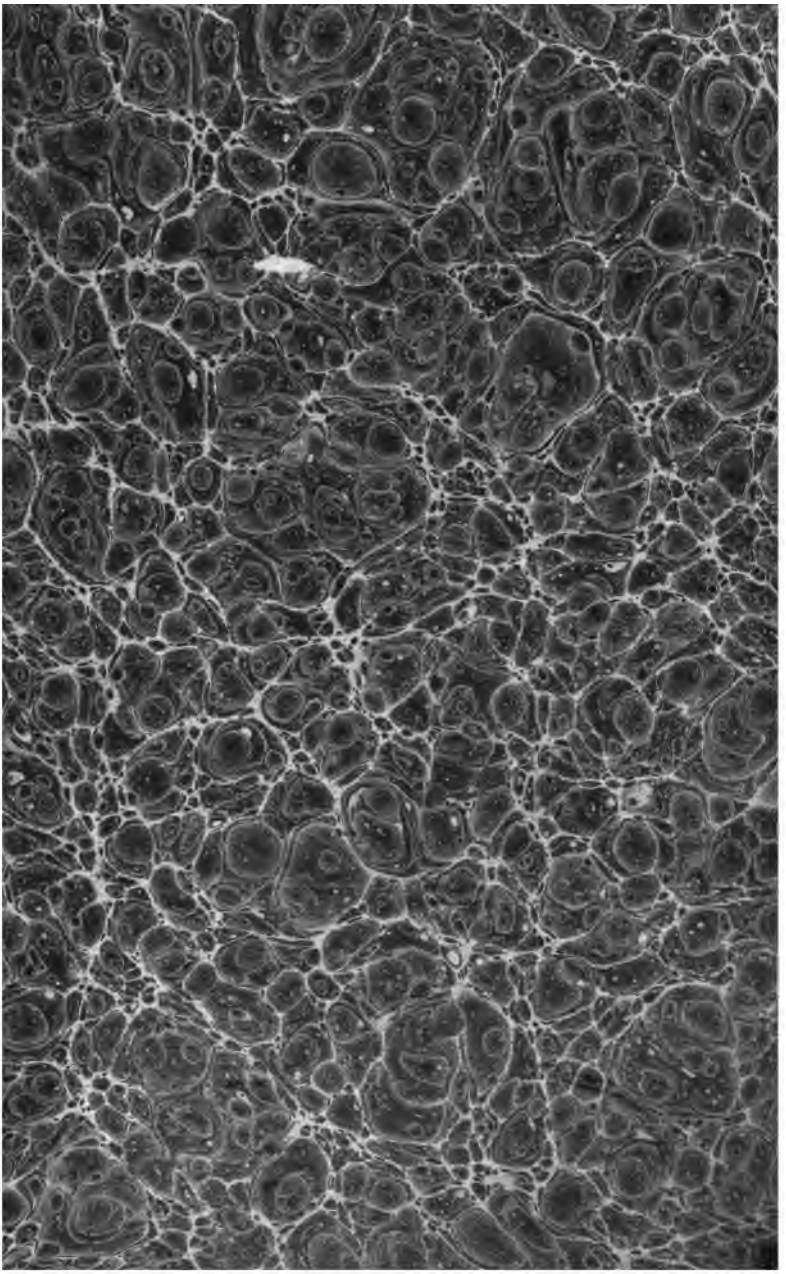
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 464212 DUPL


ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



568
1346

TEATRO

TOMO DÉCIMOQUINTO

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO DÉCIMOQUINTO

La Princesa sin corazón.
El amor asusta.
La copa encantada.
Los ojos de los muertos.

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1908

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

LA PRINCESA SIN CORAZÓN

CUENTO DE HADAS

PERSONAJES

—

LA PRINCESA.
LA NODRIZA.
EL REY.
EL PRÍNCIPE.

LAS HADAS, SOLDADOS, CORTESANOS Y SERVIDORES DE PALACIO, LEPROSOS.

LA PRINCESA SIN CORAZÓN

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

CORTESANOS y SERVIDORES

UNOS

No entréis ahora en la cámara regia. Es la hora solemne. Llegaron las hadas, las hadas benéficas. En torno á la cuna bendicen propicias.

OTROS

No faltó ni una sola al bautizo de nuestra Princesa. ¡Princesa dichosa entre todas!

UNOS

¡Será la más bella!, dijeron las unas.

OTROS

De todos amada, dijeron las otras.

UNOS

La ofrecen tesoros. La torre de plata que el Rey construyera, la torre, hundida tan hondo como alta se eleva hasta el cielo, no basta á guardar los tesoros que ofrecen las hadas á nuestra Princesa.

OTROS

¡Oh, Princesa dichosa entre todas! Las hadas rodean su cuna, las hadas benéficas.

UNOS

¡Dichosos nosotros, porque ella será nuestra reina.

OTROS

¡Dichoso su reino entre todos!

UNOS

¡La abundancia, la paz, serán siempre en su reino!

OTROS

¡Callad!, ¡callad! Son las hadas que vuelven. *(Pasan las Hadas.)*

UNOS

Su hermosura es luz, es la luz del cielo. Luz rosa de aurora, aurora de un día de felicidad.

OTROS

La luz azul de una noche de amor.

UNOS

Todas son hermosas. Su hermosura es una armonía que acaricia el alma.

OTROS

Mal habrá quien se atreva á decir cuál es más hermosa.

UNOS

Mal habría de cierto. Bendecid, bendecidnos, señoras hadas.

HADAS

Para todos paz y amor, paz y amor.

TODOS

Seremos dichosos, nos bendicen las hadas.

HADAS

¡Paz y amor! ¡Paz y amor!

TODOS

Nos bendicen las hadas. *(Salen las Hadas. Entra el Rey.)*

REY

Amigos, servidores, amigos todos, más de llorar que de reir es mi alegría, tan grande y tan dulce alegría; no parece del mundo este día. El corazón á brincos baila en mi pecho, salta, salta, y se asoma á los ojos en llanto, en risa á los labios, y lloro y río de tan grande y tan dulce alegría; no parece del mundo este día, este día de la vida mía. Hubo grandes dolores en la vida mía; en mi reino hubo guerras y pestes y grandes carestías, y el gemir de mi pueblo fué por mucho tiempo para mis oídos como oleaje del mar, noche y día, gemir infinito. Hoy es la esperanza, hoy es la paz y es la abundancia y la promesa de todos los bienes. Las hadas bendijeron la cuna de mi hija, de vuestra Princesa. Sobre el

reloj de arena que contará las horas de sus días, desgranaron como collar de perlas el collar de sus dones. Hermosura, poder y riqueza, y todos los encantos y todos los agrados. Á sus ojos, un mirar que alegra como luz del sol, un mirar que consuela como luz de luna; á sus cabellos, llamarada de oro en sus rizos, suavidad de seda en sus hilos; á su boca, voz melodiosa, liras y ruiseñores y vibraciones de cristal y plata, de palomas que arrullan y de arroyo que salta entre guijas. Majestad y gracia á toda su persona. Tal majestad, que pudiera vestirse de harapos y correr los caminos por extrañas tierras y todos dirían al verla: ¡Es una reina, es una reina! Gracia y agrado tales, que la espada de la Justicia, como el puñal de la venganza, serán en sus manos gentiles adornos, como ramo de flores ó abanico de plumas; y los castigados y los condenados por su justicia ó á su venganza, sonreirán agradecidos á la muerte como enamorados á un favor de su dama; y dirán al morir: ¡Dulce es la muerte que de ti viene; aunque no fuera justa, dulce y bella, es la muerte que de ti viene, señora nuestra, bella señora!

CORTESANOS y SERVIDORES

Generosas como nunca fueron las hadas. Pero decidnos, señor y rey, dos veces las vimos: cuando llegaron colmadas de ofrendas y cuando partieron después de ofrecidas. Entre todas, una, la reina de todas, sólo un cáliz de oro llevaba en sus manos; sin duda era henchido de piedras preciosas, ó de un raro encanto que hermosura y salud asegura.

REY

Nada trajo en el cáliz de oro. Ni piedras preciosas ni encantos sutiles. Ella sola entre todas las hadas, la reina de todas, ofrenda no rinde. Su encanto es misterio que nadie comprende. Sin mí nada valen los dones de todas, yo sola su dicha aseguro... ¿Y sabéis lo que guarda en el cáliz de oro? ¡El corazón de la Princesa!

TODOS

¡Su corazón, su corazón! ¿Y vive?

REY

Vive, vive, y alegre sonríe, y nunca habrá pena. La reina lo dijo. Yo sola su dicha aseguro. Si dentro del pecho un corazón siente, no hay dicha posible.

TODOS

Ni pena ni dicha. Sin corazón, ¿cómo puede vivirse?

REY

Bastan los sentidos para gozar sin pena los goces todos de la vida; bastan los sentidos para la alegría; del corazón viene la pena toda. La reina de las hadas bien lo sabe, sabe más que nosotros sabe más que todos. Ella sola su dicha asegura. ¡Qué dichosa será la hija mía! Todo alegre en su vida, que todo es alegre cuando sin corazón se vive.

TODOS

Misterioso encanto será el de las hadas. Sin corazón, ¿cómo puede vivirse?

ESCENA II

La PRINCESA y la NODRIZA

NODRIZA

In nómine Patre... Amén.

PRINCESA

¿Por quién rezas?

NODRIZA

Rezo por los que hoy morirán en la guerra. Gran mortandad será en esos campos que para segarse fueron bien sembrados. ¡Quién dijera entonces á los sembradores que la muerte fuera allí segadora! ¡Segadora terrible es la muerte! ¡Bien labró, bien labró su cosecha! ¡Oh, qué gran mortandad será en esos campos! Siete príncipes combaten en ellos con toda la prez de sus caballeros y la más florida juventud de sus reinos. ¡Siete príncipes combaten por el amor vuestro!

PRINCESA

¡Por mi amor, por mi amor! ¡Oh, qué hermosa fiesta, si los siete príncipes con sus siete reinos por mí perecieran! ¡Por el amor mío, por el amor mío! No vale menos mi belleza.

NODRIZA

¡Gran crueldad mostráis, señora! Pensad que allí quedan las madres y esposas. ¡Más que en los que mueren pienso en los que lloran! Si yo fuera vos, bien pusiera paz. Son siete príncipes con

sus siete reinos los que combaten por el amor vuestro.

PRINCESA

¡Así en el campo hubiera una torre y en la torre un balcón para ver la contienda!

NODRIZA

¿Pensáis que es la guerra como liza de justa ó torneo? No son allí cortesías ni galas. En la guerra la muerte es el premio, la muerte es la dama.

PRINCESA

Y el amor y la gloria al más esforzado.

NODRIZA

No es el más valiente el más afortunado; tened piedad, tened piedad, señora; que cierto no os crió ni loba ni leona. Pechos de mujer piadosa os criaron, y por vos, de niña, tengo bien llorado, y alguna vez en mi pecho mis lágrimas bebieron tus labios. ¡Mal sienta en mujeres sin leche los pechos, los ojos sin llanto!

PRINCESA

¿Por qué llorar, si la vida es hermosa y todo es alegre? ¿No es la vida una fiesta gloriosa? Son los ojos, hambrientos, sedientos que nunca se sacian. Antes que los ojos de ver hermosura, de amar la hermosura se cansará el alma... ¡La vida es todo hermosura y es todo armonía! Pero es una música de mil instrumentos, que mal puede oirse si á un solo instrumento, entre tantos, la atención asiste. Si agua de los mares en pomo

encerraras, ¿de las olas del mar qué sabrías? Que son muy amargas. De la vida no puede beberse el mar gota á gota, ni de su armonía escucharse una sola nota. Para amar la vida ha de entrar en el alma á oleadas el mar infinito de sus armonías. *(Entra el Rey.)*

REY

¡Gran dolor, gran dolor! La guerra es en mi reino. Contra mí llega el Príncipe, vencedor de seis príncipes y de seis reinos. Y la victoria no será conmigo, porque falté á la fe jurada. Le prometí tu mano y tú burlaste sus esperanzas.

PRINCESA

¡La victoria será contigo, y el Príncipe morirá y su reino será destruído! No hayas temor en la guerra ni piedad después en la victoria; es hermosa la guerra, la venganza es hermosa. ¡Ni una vida quede en su reino para recordar que allí seres humanos vivieron; no quede en él piedra sobre piedra para recordar que allí fueron viviendas; quede todo arrasado como árido desierto, que no pueda decirse siquiera: aquí fué nunca un reino!... ¡Ni la memoria de su nombre quede, ni una boca para pronunciarlo, ni un pensamiento que lo recuerde!

REY

¡Hija mía, hija mía, es injusta esta guerra, y la victoria no puede ser nuestra!

PRINCESA

¡La victoria será contigo y la justicia también si eres fuerte! Combatiré á tu lado; quiero ver cara á cara á la muerte.

NODRIZA

¡Quién vió querer mal á quien bien nos quiere; quién vió odiar así á quien amor ofrece! No es al mundo príncipe más enamorado, y cuando nació, como á ti las hadas, de todos sus dones bien le han adornado; pero en su pecho un corazón dejaron, y siente y llora, que de su amor has burlado. Y porque seis príncipes tu amor codiciaron, los seis príncipes con sus seis reinos ha destruído con rabia de celos. Y ahora el tuyo será destruído y todos nosotros seremos allí sus cautivos. Los que no mueran aquí, allí serán sus esclavos; los más nobles aquí, allí serán los más bajos. Y las esposas y las hijas castas, manantial limpio, fuente sellada, serán como charco de agua revuelta donde sacie su sed de lujuria brutal soldadesca... ¡Quién vió querer mal á quien bien nos quiere; quién vió odiar así á quien amor ofrece!

¡Oh, mi señora, que tanto eres bella, si un corazón de mujer en ti hubiera!

PRINCESA

Llora, llora, nodriza, que no me da pena; á la vejez esas lágrimas sientan.

NODRIZA

Para ti no hay dolor en la tierra ni caso lastimoso,

PRINCESA

Para mí nada hay triste, porque todo es hermoso.

REY

Bien dijo la reina de todas las hadas: Feliz será siempre tu hija, sin corazón todo es hermosura, todo es alegría. Y si ella es feliz, ¿qué me importa la suerte de todo mi reino, qué importa la muerte?

NODRIZA

¡Oh, qué gran crueldad es en ti, señora, y para nosotros, oh qué gran desdicha, donde hay dolor sólo hallar alegría! ¡Oh, mi señora, que tanto eres bella, si un corazón de mujer en ti hubiera!

ESCENA III

El PRÍNCIPE y SOLDADOS

PRÍNCIPE

Si hoy, como siempre, al frente de mis tropas, el airón de mi casco y la hoja de mi espada son la enseña distinta que á combatir os lleva, es que hoy quisiera caer sin combatir, y yo el primero y yo solo, y evitar con mi muerte la guerra injusta. Hoy tan sólo deseo ser vencido y morir. Aquella hermosura terrible tendrá acaso una palabra de piedad para mí. ¡Oh hermosura de ídolo sanguinario, no hay sacrificio que te mueva á piedad! ¡Oh, mis soldados leales, yo os lo pido,

no defendáis mi vida en esta guerra, hoy quiero ser vencido!

SOLDADOS

¡No, no! ¡Venganza, muerte á quien burló tu amor! Tu esclavo será ese Rey, tu esclava esa Princesa sin corazón. Y si tú mueres, nuestra venganza será terrible; tus amores y tus odios son nuestros.

PRÍNCIPE

¡Mi amor, sólo mi amor! Yo no sé odiar. Por ella sólo fuí cruel en la guerra. Ella no tiembla ante la muerte. Nada en el mundo la moverá á piedad. Ni un sentimiento humano hay en su corazón. Dicen que nunca la vió nadie llorar. Vió morir á su madre, y no lloró. La guerra amenaza hoy su reino, una guerra injusta y sin razón, y se engalana como para una fiesta. En su hermosura todo es serenidad. Es como un cielo todo azul, ese cielo que parece una burla cruel cuando ilumina un día triste de nuestra vida, y los hombres quisiéramos que el cielo se nublara al nublarse el alma nuestra, que acompañaran rugidos de tormenta á los rugidos de nuestro corazón, fulgor de rayos al fulgurar tremendo de nuestras iras; pero el cielo está sobre las almas, porque existe para ser contemplado, no para contemplar, y lo mismo esa implacable deidad, esa hermosura, toda serenidad que no ha nacido para ser conmovida, porque un hombre llore y muera de amor. *(Entra la Nodriza.)*

NODRIZA

Príncipe noble, Príncipe vencedor, que hoy llegas á esta tierra como dios de la guerra, cuando debiste llegar como dios del amor para fiestas de paz...

PRÍNCIPE

¿Quién eres tú, pobre mujer, que sabes llorar? ¿Eres de este reino, donde su princesa no lloró jamás? ¿Hay en él mujeres que como tú lloran, hay mujeres que aman, hay madres y esposas, hay brazos que abrazan, hay labios que imploran y besan y rezan... cuando en su princesa nadie vió jamás ni llanto en sus ojos, ni en sus labios quejas, ni en su frente sombras, ni en su pecho amor?

NODRIZA

No culpes, señor, á mi noble señora, que no hay culpa en ella. Las hadas la hicieron poderosa y bella; pero la reina de todas las hadas, porque fuera dichosa como es hermosa, en un cáliz de oro llevóse el corazón de mi señora. Y en el reino de las hadas, las hadas guardan como un tesoro su corazón en el cáliz de oro. Por eso mi señora Princesa no siente pena ni siente amor; sonríe siempre, sonríe á la vida, sonríe á la muerte... ¡Mi señora Princesa no tiene corazón! No es culpa suya, Príncipe bello; que si mi señora corazón tuviera, su corazón ya sería vuestro. Si yo fuera vos, al reino de las hadas encaminaría, y á las buenas hadas el corazón de mi señora les demandaría.

PRÍNCIPE

¿Y crees tú que me volverían su corazón?

NODRIZA

Las buenas hadas son compasivas con los bellos príncipes que mueren de amor. Id, mi señor.

PRÍNCIPE

Iré. Nadie armas moviere mientras yo volviere. ¡Si las buenas hadas fueran compasivas y me devolvieran ese corazón...!

NODRIZA

Id, mi señor. Las buenas hadas son compasivas con los bellos príncipes que mueren de amor.

ESCENA IV

Las HADAS

HADAS

La reina nos encomendó que guardáramos este corazón. Es un corazón de princesa, hermosa sobre toda ponderación; por ella mueren y matan los príncipes más poderosos que codician su reino y su amor, y ella burla y ríe de todos, y no amará nunca, porque amar es tristeza y dolor.

UN HADA

La reina nos dijo que de nuestro tesoro, las joyas más ricas prendiéramos en este corazón, para que fuera el tesoro más rico que al mundo hubiera.

OTRA HADA

Yo le puse un cerco de oro como una corona de reina.

OTRA

Yo otro cerco de oro como una cadena.

OTRA

Yo una sarta de perlas, las perlas más bellas, color de nube, nube de nácar que el sol ilumina con suave caricia de rosa y oro.

OTRA

Yo una sarta de corales que labré como guirnalda de rosas, rosas del jardín de los mares.

OTRA

Yo prendí en él, como del velo de la noche las estrellas, las luces temblorosas de mis diamantes.

OTRA

Yo fingí un mar con esmeraldas que espeja un cielo de zafiros, y en medio al cielo de zafiros puse un topacio que resplandece como el sol mismo.

OTRA

Yo prendí un rubí solo que palpita como gota de sangre; es un rubí de la corona de un rey que por reinar mató al rey su padre.

OTRA

Yo puse un ópalo tornasolado de todas las luces y todos los colores, como las almas de los

poetas, esos hombres pálidos que nada poseen y con todo sueñan.

HADAS

No habrá corazón como este corazón que de nuestro tesoro así enriquecimos.

OTRA

Cada piedra puso en él todas sus virtudes. Son en él todas las virtudes del cielo.

OTRA

Por eso no puede vivir en la tierra. Este corazón no es para los hombres. No hay hombre mortal que este corazón merezca. *(Entra el Príncipe.)*

PRÍNCIPE

Señoras hadas, señoras hadas, ved aquí un triste peregrino, habed compasión del que viene de luengas tierras por malos caminos. Todo era obscuro y todo desolado; todo eran agüeros sin un buen presagio, nubes pardas sobre mi cabeza; bajo mis pies zarzas y carrascos, murallas de fuego para detenerme, para combatirme gigantes y endriagos, ni cielo ni tierra me daban camino, ni una luz arriba ni una senda abajo. Nunca yo emprendiera tan dura jornada por lograr riquezas ó por lograr fama, por lograr los goces todos de la tierra ó por mis pecados cumplir penitencia, ni aun por salvar de peligro á mis padres, á hermanos míos ó amigos leales... Una razón sola me pudo traer, sólo por quien vine, sólo por quien es.

HADAS

No hayáis temor, galán peregrino, que bien sabemos el mal que te acora. Un corazón pides y á buscarlo vienes. ¿Qué darás por él si tanto te importa?

PRÍNCIPE

Daréos mi espada, que venció seis reyes y ganó seis reinos en una batalla.

HADAS

¿De qué nos sirviera tu espada, tu espada siempre victoriosa? En nuestras manos, un lirio, una rosa, bastan á vencer todas las espadas.

PRÍNCIPE

Daréos mi corona.

HADAS

¿De qué nos sirve tu corona de oro? La nuestra es de estrellas.

PRÍNCIPE

Daréos mi reino, con todas sus tierras y sus señoríos, y todos sus mares y todos sus ríos...

HADAS

Guarda tu espada, guarda tu corona, guarda tu reino, que nada queremos. Bienes son ésos para los mortales. ¿Qué bienes son esos donde hay tantos males?

PRÍNCIPE

Pedidme, que todo os será acordado.

HADAS

Nada pedimos, que mal puedes pagarnos. Lleva, lleva ese corazón, que por él no pedimos ganancia; pero si el corazón de la Princesa es tuyo, aun no pienses que es tuya su alma. Ya ganaste su corazón, ahora te falta ganar su amor.

PRÍNCIPE

¿Para quién será este corazón, si no es para mí todo? ¿Para quién será su amor, si no es para mí solo?

HADAS

Lleva ese corazón y nunca te pese. No sabrás tú amarle como se merece. Va en él lo mejor de nuestro tesoro; todos nuestros encantos, todas nuestras gracias, todas las risas y todas las lágrimas; todas las virtudes y todas las noblezas; todo el saber y toda la inocencia; toda la resignación y toda la fortaleza; virtudes que no entenderán los hombres y acaso les parecerán pecados; amores terribles como los odios, impulsos que parecerán desmayos, valor que parecerá cobardía; tan altas piedades que á veces serán como crueldades. No es corazón éste para los mortales.

PRÍNCIPE

Para mí, sí, que mi amor sabrá merecerlo.

HADAS

No basta el amor sin gran entendimiento.

ESCENA V

La PRINCESA, la NODRIZA, el REY
y el PRÍNCIPE

REY

Cuando despierte, será la paz entre nosotros.

PRÍNCIPE

Y el amor en mis brazos.

NODRIZA

Ya despierta, ya vuelve; el calor de un corazón es ya en su pecho... ¡Señora mía, mi princesa, mi reina, niña mía!

PRÍNCIPE

¡Ya eres mujer, oh, mi diosa impasible; oh, hermosura terrible, que nada conmovía!

NODRIZA

¡Señora mía, mi princesa, mi reina, niña mía!

PRÍNCIPE

Ya es mujer y hay lágrimas en sus ojos.

REY

¿Quién sabrá decirnos si fuimos crueles ó fuimos piadosos?

PRÍNCIPE

No era vida la suya, no vive quien no ama.

REY

Era antes como cielo sin nubes su limpia mirada; ahora son tristes sus ojos y es triste su frente; han pasado por su alma el dolor y la muerte.

PRÍNCIPE

Ya es humana su cruel hermosura, ya colora la sangre su divina blancura.

PRINCESA

¿Quién es? ¿Quién me despierta? ¡Era un soñar tan bello! ¿Quién es? ¡Tú aquí! ¡Venciste! ¿Tus esclavos seremos? ¡Responde, padre mío! La suerte fué contraria....

REY

¡Oh, no!

PRINCESA

¡Fuiste vencido! ¡Habré de ser su esclava!... ¡Tú venciste! ¡Era verdad, era verdad, hay algo triste!

PRÍNCIPE

Para ti nunca, Princesa mía, cuanto fué belleza, cuanto fué alegría, para ti en la vida, porque viviste sin corazón, y no supiste de fealdad ni de dolor, ahora será más bello, embellecido por nuestro amor.

ESCENA VI

CORTESANOS y SERVIDORES DE PALACIO

SERVIDORES

Todas las señoras hadas acudieron á la boda de nuestra Princesa y no fueron más bellas nunca; eran sus vestidos de rayos de sol y de luz de luna.

CORTESANOS

La Princesa vestía color de mar, y, como los mares, era su vestido cuajado de perlas.

SERVIDORES

No, no; que era su vestido color de los campos, y, como los campos, era su vestido bordado de flores con todas las flores de la primavera.

CORTESANOS

No, no; que era su vestido color de cielo, y, como el cielo, era su vestido bordado de estrellas.

SERVIDORES

Las hadas bordaron su túnica y las hadas tejieron el velo tan sutil como un rayo de luna.

CORTESANOS

El Príncipe vestía de grana, y grana era el manto de armiño aforrado y de lirios de plata bordado, y en el cáliz de cada lirio temblaba un diamante como una gota de rocío.

TODOS

Son tan bellos los dos, que no se concibe que nada en el mundo pueda desunirlos; son una divina armonía del mundo, son el amor mismo.

ESCENA VII

La PRINCESA y el PRÍNCIPE

PRÍNCIPE

Siempre así, siempre juntos; quiero sentir sobre mi pecho tu corazón como si fueran sus latidos los de mi propio corazón; iremos siempre unidos por la vida, como por una senda bordeada de flores y entoldada de ramos florecidos también; envueltos en suave claridad será una aurora, será una primavera siempre. Cada día de nuestra vida será una nueva felicidad que amanece y florece en nuestras almas.

PRINCESA

¡Felicidad, felicidad! Esa palabra sonaba siempre alegre; y ahora, ¿por qué tiembla la voz en tus labios como en tus ojos tiemblan las lágrimas? Si esto es felicidad, ¿por qué parece tristeza?

PRÍNCIPE

Porque es amor y es verdad, y la verdad sólo habla por los ojos. Por eso los que aman aman tanto el silencio, porque mirándose en silencio, sabe el amor escuchar las miradas. Y tus ojos ahora me dicen inquietudes de un corazón que

hasta ahora no sentiste. Tus ojos son ahora como niños que interrogan á todo lo que miran, como niños que aprenden la vida. Es que hasta ahora la vida toda pasó por tus ojos como cortejo suntuoso de alegre fiesta. Ahora por vez primera tu corazón recoge de la vida lo que será en tu alma tristeza ó alegría.

PRINCESA

¡Tristeza, tristeza! Para mí esa palabra nunca tuvo sentido, y ahora la comprendo en todo lo que miro.

PRÍNCIPE

No, no habrá tristeza para ti; que mi amor no dejará lugar á la tristeza en tu corazón.

PRINCESA

¡Tu amor, sólo tu amor! ¿Para ti solo pusiste en mi pecho éste corazón? ¿Para ti solo quieres que sea? ¿Para ti solo piensas que las hadas la enriquecieron con todos sus tesoros? Para admirarlo todo era antes libre mi alma y libres mis ojos. ¿Y ahora quieres ponerme cerco con tus brazos para que sólo á ti mire y sólo á ti ame? No; yo te amo porque eres bello y noble, porque imploras amor con suaves palabras y es dulce tu voz y es triste tu mirada; porque hay en tu frente luz de sueños gloriosos que serán después actos grandes y generosos; te amo porque supiste recobrar mi corazón, mi corazón que siente y ama, que ama cuanto ve como antes lo admiraba. Antes todo era bello, y ahora todo es triste. No me

detengas entre tus brazos; tus brazos abrazan y otros brazos imploran. No son solos tus ojos los que lloran. Son muchos tristes, son muchos miserables, son muchos que padecen todas las hambres: hambre de amor, hambre de vida, hambre de piedad y hambre de justicia; es mi pueblo y el tuyo, son los que trabajan y sufren resignados, son los que nos defienden y guardan, son nuestros soldados; son esas gentes que á nuestro paso se agolpaban y debieran odiarnos y con amor nos aclamaban, porque somos jóvenes y la juventud siempre es esperanza. Las hadas enriquecieron mi corazón con todos sus tesoros; mi corazón no puede ser para ti solo. Si me amas, ven donde mi amor te llame; ese es digno amor de corazones grandes.

ESCENA VIII

La NODRIZA, el REY y el PRÍNCIPE

NODRIZA

¿Dónde fué mi señora, que nadie de ella sabe? ¡Gran traición fué y fué desdicha grande!

REY

¿Qué hiciste de tu esposa, qué hiciste de mi hija? ¡Ay de ti si murió, que me pagarás con tu vida!

NODRIZA

¡Gran traición, gran maldad, gran desdicha!

PRÍNCIPE

Callad, callad; que no fué traición mía ni fué maldad de nadie y es de todos desdicha. ¡Ah!, nunca yo su corazón recobrara, bien sin él vivía aunque á nadie amara; pero ahora su amor es de suerte que, por amarlo todo, á mí sólo aborrece.

REY

¿Qué dices?

PRÍNCIPE

Venid, venid conmigo; veréis donde fué vuestra hija, que para todos murió y no fué traición mía ni fué maldad de nadie y es de todos desdicha.

ESCENA IX

La PRINCESA y los LEPROSOS

LEPROSOS

¡No te acerques, no te acerques, bella señora Mira que nadie salió jamás de este recinto, que es prisión de inocentes y sepulcro de vivos. El odio y la desesperación son con nosotros, y si pudiéramos infestaríamos el mundo todo; pero á ti no, á ti no, que por amor viniste; á ti no, que eres santa y bella. ¡Huye, huye de aquí, no hayas piedad que nada remedia. Ya fuiste luz y consuelo sólo con parecer y mostrarte de lejos. ¡Huye, señora, que eres santa y bella, no hayas piedad que nada remedia!

PRINCESA

No, dejadme, dejadme, que ya no son mis ojos aquellos que se asomaban á la vida para admirarlo todo como niños alegres, como niños curiosos. En otro tiempo, tanto horror me pareciera algo admirable. ¡Un bello horror! Como la guerra, como la muerte, como toda pena y todo dolor. Pero ahora el corazón se va tras de mis ojos. Mi corazón es vuestro, mi corazón es de todos. Quiero curar vuestras llagas, poner en ellas mis manos. No las rechacéis, que si no os alivian, sentiréis por lo menos la suave caricia.

LEPROSOS

Nuestra piel es como de reptiles, como de animales inmundos. Nosotros mismos la negamos contacto. Ni á nuestro cuerpo llegan nuestras manos, ni una mano llegamos á la otra; nuestras manos olvidaron las caricias, los besos olvidó nuestra boca. Somos horror para nuestras madres, somos horror para nuestros hijos. ¡Huye de nosotros, señora bella, no hayas piedad que nada remedia!

PRINCESA

No; dejadme acercar, aunque en nada pueda remediaros; no hay buen impulso que sea impulso vano, no hay paso bueno que sea inútil paso. Era sólo el odio entre vosotros, era maldecir como de condenados, y ahora son palabras de piedad para alejarme de vuestro lado. ¡Como si en el mundo hubiera desventura mayor que vuestra desventura, ni más digna de compasión

que vosotros fuera en la tierra humana criatura. No; dejadme, dejadme; si no vuestros cuerpos, sanaré vuestras almas; las limpiaré de odios y de desesperanzas. Aun hay compasión y amor para vosotros; aun podéis ver algo limpio y algo hermoso. Ya me tenéis; llegad, tocaré vuestras manos, vuestras carnes llagadas, besaré vuestros labios...

LEPROSOS

¡Santa, santa, santa! *(Entran el Rey, el Príncipe y la Nodriza.)*

PRÍNCIPE

¡Vedla, vedla!

REY

¡Oh! ¡Tened, no la sigáis, está contaminada, es la lepra, es el mal sagrado, es la maldición!... ¡Ni un paso más! ¡Dejadla!

NODRIZA

¡Ah, mi señora, mi reina, niña mía! ¡Vuelve, vuelve!

PRÍNCIPE

Aun es tiempo.

REY

¡Ya es tarde! Es la ley para todos. Es la ley implacable.

PRÍNCIPE

Te perdí para siempre cuando creí ganarte. ¡Nunca tuvieras corazón que no fué para amarme!

PRINCESA

(Á lo lejos.) Las hadas le enriquecieron con todos sus tesoros. ¿Qué valdría este corazón si fuera para ti solo?

EPÍLOGO

Fué un cuento de hadas, en ritmos ingenuos, como las canciones de las nodrizas y de los pastores, como las letanías, rosas del rosario de la Virgen María, como los refranes del vulgo sencillo y sus alboradas y sus villancicos, son flores del campo, flores sin cultivo, juego de un poeta con alma de niño.

EL AMOR ASUSTA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Lara el día 10 de enero de 1907.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EULALIA	SRTA. DOMUS.
FILOMENA	» ALBA.
CÉSAR	SR. CALLE.
EL MARQUÉS DE FUENLABRADA	» SEPÚLVEDA.
CHACHITO	» BARRAYCOA.
ARTURO	» RUBIO.

La acción en un hotel de una playa francesa. Derecha é izquierda del actor.

EL AMOR ASUSTA

ACTO ÚNICO

Habitación en un hotel en el mayor desorden. Baúles y objetos de viaje, vestidos y sombreros encima de todos los muebles.

ESCENA PRIMERA

FILOMENA y ARTURO

ARTURO

¿Conque hoy es la marcha? ¿Hoy es la marcha?

FILOMENA

¿Decía usted...?

ARTURO

La marcha. ¿Hoy, por fin?

FILOMENA

¡Ah!, sí, hoy. Estaba distraída. Mejor dicho, estoy loca. ¿Usted ve todo esto? Es la cuarta parte del equipaje. Y somos dos mujeres solas, es decir, la señorita, porque yo...

ARTURO

Las señoras solas son las que necesitan más equipaje.

FILOMENA

Y ahora cada cuatro días este mismo trajín; porque ya no paramos más de cuatro días en ninguna parte.

ARTURO

¿Y ahora van ustedes...?

FILOMENA

Que yo recuerde, así por encima, de aquí á París, de París á Trouville, vuelta á París, de allí á Ostende, vuelta á París, de allí á Italia, vuelta á París, y de allí aquí otra vez...

ARTURO

Mucho que me alegro, mucho.

FILOMENA

Para principios de invierno. Mi señora dice que es cuando es el *chic,* porque hay menos gente y más selecta, porque ahora hay de todo.

ARTURO

Siempre hay de todo. Ahora, que en invierno hay menos de todo. Aquí dejo la notita. *(Dejando sobre el velador una bandeja pequeña con una factura.)* No corre prisa. Como la señora la pidió...

FILOMENA

Ahora se está vistiendo.

ARTURO

Ya digo que no corre prisa. Cuando á la señora no le cause el menor trastorno. ¿La señora ha quedado contenta del servicio?

FILOMENA

Cualquiera sabe cuándo está contenta la señora. *(Buscando por la escena y mirando en un librito de apuntaciones.)* Me falta uno...

ARTURO

El hotel no puede estar mejor frecuentado.

FILOMENA

¿Me hace usted el favor?

ARTURO

¡Ah! Usted perdone.

FILOMENA

Creí que estaba detrás de usted. Me falta uno...

ARTURO

¿Qué le falta á usted?

FILOMENA

Un salto de cama.

ARTURO

No veo por aquí nada que pueda parecerse á un salto de cama, ó sea *peignoir* ó *deshabillé*. ¿No era eso?

FILOMENA

Por el estilo... *(Consultando en el librito de apuntaciones.)* Gasa rosa picada con garnitura

de Irlanda sobre moaré viejo y zorro plateado. ¿Dónde estará? ¿Dónde estará?

ARTURO

Á lo mejor busca uno algo que tiene delante y no lo encuentra; es que está uno obcecado. Entonces no hay nada mejor que pensar en otra cosa, y de pronto se acuerda uno: son fenómenos.

FILOMENA

¡Ay, sí! Ahora me acuerdo que está en el otro mundo.

ARTURO

¿Lo ve usted? Ya me parecía muy fuerte que en el hotel se hubiera perdido nada, y mucho menos una prenda de señora. Estoy seguro de que saldrán ustedes del hotel sin que les falte nada. En el personal hay verdadera selección. Yo estoy aquí por la señora ministra de Holanda, y así toda la dependencia.

FILOMENA

¿Me hace usted el favor? Me tapaba usted ese sombrero.

ARTURO

Mire usted, yo creí que era el sombrero el que me tapaba á mí. En ese baúl ya no le cabrá á usted nada más. *(Suena un timbre dentro dos ó tres veces.)* Creeré que llaman.

FILOMENA

Sí, sí; créalo usted.

ARTURO

Debe ser en el 18. La señora ministra de Escandinavia, que ha perdido su perrito chino; se ha pasado la noche llorando. Ofrece quinientos francos al que le devuelva el perrito. ¡Vaya usted á saber dónde estará el perrito! Yo apostaré que se lo han robado. Me atrevería á decir dónde está.

FILOMENA

Pues atrévase usted.

ARTURO

Es muy delicado, porque se trata de otra señora que tenía mucho capricho por el perro. Ya sabe usted, cuando una señora tiene un capricho... Seguramente lo ha robado el negro.

FILOMENA

¿Qué negro?

ARTURO

El criado de la otra señora. Yo he visto que el negro daba *marrons glacées* al perrito; pero como el perrito está harto de *marrons glacées*, no le hacía caso; pero vaya usted á saber de qué otros medios se habrá valido el negro, porque el perro mordía á todo el que se le acercaba: le ha enseñado la señora.

FILOMENA

¡Vaya una gracia!

ARTURO

La señora ministra es muy original. Duerme en el suelo sobre una piel de oso blanco, y sin almohadas. Así es que se ha divorciado dos veces. Ya no llama. Se conoce que se ha cansado.

FILOMENA

De seguro. Y descansará un ratito.

ARTURO

Voy en seguida. Pero ya sé para lo que llama; y como el perro no ha parecido todavía, cuanto más tiempo conserve la esperanza... Si yo cogiera al negro por mi cuenta, parecería en seguida; pero puede haber un disgusto. Ya tiene usted listo su equipaje. Se ve que tiene usted costumbre. ¡Habrá usted hecho tantas veces la misma operación! *(Filomena cierra el baúl que estaba haciendo, echando la llave.)* Es lo que tiene cuando se hace muchas veces lo mismo; se hace ya sin sentir. Voy á ver si es para lo que yo me figuro. Cuando la señora desee arreglar su notita, no tiene más que llamar. Cuando no le moleste lo más mínimo. No corre prisa. *(Vase por el foro.)*

ESCENA II

FILOMENA y EULALIA, que sale por la derecha con un cabás en la mano, y lo deja sobre el velador.

EULALIA

¿Quién hablaba contigo?

FILOMENA

El camarero, que ha traído la cuenta. Ahí está. *(Señalando al velador.)*

EULALIA

¡Y yo que no salía por creer que era alguien!

FILOMENA

Pues, no, señorita; era el camarero.

EULALIA

¡Como hablaba tanto!... ¿Qué te decía?

FILOMENA

¡Qué sé yo! Si la señorita cree que yo atiendo á otra cosa cuando estoy haciendo el equipaje... Ya está todo.

EULALIA

¡Cuánto siento marcharme!

FILOMENA

¿Y por qué no se queda la señorita?

EULALIA

Ya lo sabes. Porque se han propuesto darme el verano. Se puede tolerar que la obsequien á una, que la galanteen, y tratándose de una mujer viuda como yo, hasta que pretendan casarse... con una; pero uno sólo ó dos lo más, y uno á uno. ¿Pero has visto desgracia como la mía? Es que son todos, y todos á un tiempo. Y me acosan, me asedian, no me dejan libre un momento.

FILOMENA

Verdaderamente, la señorita ha sido la mujer de moda este año. ¡Pero no sé de qué se queja la señorita! Lo peor que le puede suceder á la señorita es volver á casarse.

EULALIA

Aunque yo lo pensara, no sé con quién. Casi todos son casados. Cuenta: el Conde...

FILOMENA

¡Qué simpático!

EULALIA

¡No me hables! ¡Un hombre casado! Y su mujer cree que yo tengo la culpa de que su marido me haga la corte, y ha levantado una cruzada contra mí, y como está emparentada con lo mejor, todo son desaires. Tú sabes de sobra si yo he dado pie nunca para que el Conde insista en su persecución. ¡Con lo que yo quiero á su mujer! ¡La pobre Jesusa! Ya sabes que tuve que dejar de bañarme en la playa, con lo bien que me prueban los baños de mar, pero era un espectáculo; el Conde, empeñado en que yo me ahogaba á cada paso, y en que él había de salvarme la vida; más que á mí, parecía pretender la cruz de Beneficencia. Dos ó tres veces, quieras que no, me sacó en brazos, yo pataleando y él dando gritos: «¡Que se ahoga!, ¡que se ahoga! ¡Si no es por mí, se ahoga!» Y la gente, ¡figúrate! Ya sabes cómo le pusieron: el Terranova.

FILOMENA

Y otro mote que no puedo decirle á la señorita.

EULALIA

No quiero saberlo, alguna atrocidad. Ya me lo dirás otro día.

FILOMENA

¿Y el marqués de Fuenlabrada, señorita? Ese es viudo como la señorita, y es un buen partido.

EULALIA

¿Viudo? Con sus dos hermanas y sus cuatro sobrinas, que son seis fieras en cuanto se figuran que el Marqués puede casarse; ahora, que es jefe de partido y va en camino de ser presidente... Ellas, que se desviven por figurar al lado del hermano y tío... Además, el Marqués ya pasa de los cincuenta.

FILOMENA

¿Cree usted...? Pues mire la señorita, no los representa.

EULALIA

Ya te habrás fijado en que lleva bisoñé.

FILOMENA

No lo hubiera creído; como tiene alguna cana que otra...

EULALIA

El Marqués es hombre de talento, y sabe que

de ese modo es más verosímil. Cada temporada que se encarga uno le manda poner cuatro ó cinco canas más.

FILOMENA

Pues el Marqués también es constante.

EULALIA

¡Un horror! Como que ha desatendido sus asuntos políticos. Hasta los periódicos hablan. ¿Has leído el *Gedeón* de esta semana?

FILOMENA

Ya sabe la señorita que yo de los periódicos no leo más que la «Vida de Sociedad» y los «Sucesos».

EULALIA

Yo leo menos; pero cuando traen algo que puede molestarme me lo mandan las amigas señalado con lápiz. Y de los asiduos queda otro : el hijo segundo de la marquesa del Buen Consejo, *Chachito.*

FILOMENA

¿Y por qué le llaman *Chachito?*

EULALIA

¡Vaya usted á saber! La mitad de los nombres no tienen sentido común. Figúrate dónde iba yo con esa criatura, un bebé que debía estar en el colegio; lo peor es que su madre y su hermana, la marquesa de Santa Olalla, y toda la familia, creen que soy yo quien tiene la culpa, y sé que

van diciendo horrores de mí. En resumidas cuentas, que me han hecho el verano imposible, y que huyo de aquí para no volver hasta que todos estén ya en Madrid.

FILOMENA

¿Y cree usted qne en Madrid no será lo mismo?

EULALIA

En Madrid hay más distracciones; se les pasará.

FILOMENA

Y serán otros. ¡La señorita es tan guapa...!

EULALIA

Hay muchas mujeres guapas, más guapas que yo, y las dejan tranquilas.

FILOMENA

No lo crea la señorita. Eso es porque se sabe algo de ellas, y, claro, los demás se retraen; decídase la señorita por uno, y ya verá la señorita.

EULALIA

¡Calla! ¡Calla! ¡Qué disparate! Yo no pienso ni quiero pensar en volver á casarme... Y otra cosa no se te habrá ocurrido; no has entrado ayer á mi servicio para no saber con quién tratas.

FILOMENA

Ya lo sé, señorita. Tan buena como usted no he conocido más que otra señorita, y he servido siempre en muy buenas casas; pero ya sabe la señorita que pueden las casas ser muy buenas, y

no ser tan buenas las señoras. Una cosa no quita la otra.

ESCENA III

DICHOS y ARTURO por el foro con una bandeja, y en ella dos ramos de flores, dos cartas, dos tarjetas y dos cajitas de bombones.

ARTURO

Con permiso de la señora. Todo esto me han entregado para la señora...

EULALIA

Ya ves, de ellos... Y cartas también. *(Abriendo y leyendo las cartas.)* Que ya saben mi fuga. ¡Mi fuga! Que será inútil, porque me seguirán al fin del mundo... Y serán capaces.

ARTURO

(Á Filomena.) Ya pareció el perrito.

EULALIA

¿Decía usted...?

ARTURO

Perdone la señora; le decía á la doncella de la señora que ya pareció el perro de la señora ministra de Escandinavia.

EULALIA

¿Ese bicho tan horrible que lleva siempre?

ARTURO

Sí, señora. No había sido el negro, como yo sospechaba; el negro es inocente... Pero, en efecto, había sido robado. Ahora se teme que esté envenenado, porque el animalito no levanta cabeza. Han avisado á un médico especialista.

EULALIA

¿Á un médico?

ARTURO

Sí, señora; no es equivocación. Ya sé que lo natural era avisar á un veterinario, y que es hasta ofensivo avisar á un médico para un animal; pero la señora ministra lo pagará bien, y no habrá ofensa.

FILOMENA

Dice que es una señora muy rara, que duerme en el suelo con un oso blanco.

EULALIA

¿Y lo tiene en el hotel? ¡Qué miedo!

ARTURO

Aquí, la doncella de la señora se confunde. Es la piel nada más, señora. Duerme en el suelo sobre una piel de oso blanco con su cabeza, con su boca abierta, con sus colmillos y sus cuatro patas con sus uñas...

FILOMENA

¡Yo me moría!

ARTURO

Sin persianas y con el balcón abierto: las señoras de los vecinos de enfrente ya se han quedado; pero como se trata de una ministra extranjera... Cuando una persona comete esas extravagancias, hay motivo para creer que esa persona está perturbada.

EULALIA

¿Trajo usted la notita, verdad?

ARTURO

Sí, señora. *(Cogiendo la factura de encima del velador y entregándosela á Eulalia.)* Aquí tiene la señora. No corre prisa; cuando á la señora no le cause el menor asomo de trastorno.

EULALIA

Ahora mismo. Espere usted. *(Mirando la cuenta.)* Son... *(Sacando billetes del cabás y dándoselos á Arturo.)* Tome usted. Para usted lo que sobra. *(Guarda el cabás en el armario de luna.)*

ARTURO

Muchísimas gracias. ¿La señora tiene que hacer alguna advertencia?

EULALIA

No. ¿Para qué?

ARTURO

Se habrá fijado la señora en que el te y los helados del día 25 no figuran en los extraordinarios.

EULALIA

No me había fijado.

ARTURO

La señora del hotel dió orden de que ese día no se cobrase ningún extraordinario.

EULALIA

¿Celebraba alguna fiesta?

ARTURO

No, señora; era el primer aniversario de su marido, y quiso hacer alguna demostración de sentimiento. ¿La señora queda complacida de mis servicios?

EULALIA

Complacidísima.

ARTURO

Ya sé que muy pronto tendré el gusto de volver á ofrecérselos á la señora.

EULALIA

Sí, muy pronto.

ARTURO

¿Manda otra cosa la señora?

EULALIA

Nada, nada.

ARTURO

Á la orden de la señora; muy agradecido á la señora. *(Vase por el foro.)*

EULALIA

No se te olviden los números de estas habitaciones.

FILOMENA

No, señora.

EULALIA

Para pedir otras á la vuelta, porque este camarero habla demasiado, y demasiado bien.

FILOMENA

Debe ser persona fina. *(Llaman á la puerta del foro.)*

EULALIA

Adelante. *(Sale Arturo por el foro con una tarjeta en una bandeja.)* ¿Qué pasa?

ARTURO

(Entregándole la tarjeta.) Este caballero pregunta si la señora puede recibirle ahora; que si no esperará, porque de ningún modo quiere dejar de despedirse de la señora.

EULALIA

¿Que esperará? Nó hay escape. Dígale usted que pase. *(Vase Arturo por el foro.)* Mira: dentro de tres ó cuatro minutos..., de cinco minutos, pongamos cinco, entras á llamarme para cualquier cosa..., cualquier cosa que se te ocurra. Un pretexto para despedirle pronto.

FILOMENA

Ya pensaré algo; descuide la señora. *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA IV

EULALIA y CÉSAR por el foro.

EULALIA

¡Cuánto tiempo sin vernos!... Dos horas lo menos.

CÉSAR

¡Ingrata! ¡Ingrata! ¡Ingrata! ¿Conque se disponía usted á marcharse así, por sorpresa? Anoche me dejaba usted formar planes, acariciar esperanzas...

EULALIA

Porque acariciara usted algo.

CÉSAR

Y ya tenía usted preparada su fuga.

EULALIA

Poco á poco; no es fuga, es mi viaje, el que pensé siempre, anticipado, porque ustedes me han hecho la vida imposible.

CÉSAR

¡Ustedes! ¡Ustedes! ¿Y tiene usted el valor de decirlo? ¿Usted sabe qué nombre tiene lo que ha hecho usted conmigo?

EULALIA

El que usted quiera; pero lo que han hecho ustedes sólo tiene uno muy expresivo.

CÉSAR

¡Ustedes! ¡Ustedes! ¡Siempre ustedes! ¿De modo que yo soy para usted uno de tantos?

EULALIA

El primero de todos, el que me ha puesto más en evidencia. ¿Usted cree que un hombre casado puede hacer las tonterías que usted ha hecho, sin comprometer á una mujer horriblemente?

CÉSAR

¿Y qué culpa tengo yo de ser casado?

EULALIA

La tendré yo, si á usted le parece. Su mujer de usted apenas me saluda.

CÉSAR

Es que no la ve á usted; es muy corta de vista.

EULALIA

Lo que le pasa es que no puede verme. Su suegra de usted, no digamos; ésa me vuelve la espalda sin rodeos.

CÉSAR

¡Qué suerte tiene usted!

EULALIA

Y todas sus relaciones han tomado partido por ella; todo por usted. ¿Qué necesidad tenía yo de indisponerme con media sociedad de Madrid? Convénzase usted; si eso es amor, es un amor

que no me hace maldita la gracia. ¡Vaya un veranito que me han dado ustedes, vaya un veranito!

CÉSAR

¿Pero usted cree que se puede jugar con un hombre como usted ha jugado conmigo?

EULALIA

Yo no he jugado con usted más que á los caballitos, y ganaba usted siempre.

CÉSAR

Es natural; afortunado en el juego... Yo hubiera preferido perder, arruinarme...

EULALIA

Cuando juegue usted solo; á mí crea usted que me ha gustado mucho ganar.

CÉSAR

No desvíe usted la conversación. Hablábamos de nosotros, de la perversa coquetería de usted.

EULALIA

¡Ah! ¿yo coqueta? Es lo único que me quedaba que oir. ¿Con quién he coqueteado yo? ¿Con usted?

CÉSAR

Con todo el mundo, y horriblemente; con ensañamiento, con alevosía, con la seguridad que da el no tener corazón.

EULALIA

¡Ya! Para que ustedes digan que una mujer tie-

ne corazón, es preciso que se enamore del primero que la pretenda; estamos divertidas.

CÉSAR

Es preciso que no se complazca en atormentar al que tiene la desgracia de enamorarse de ella. Amiga mía, es usted maestra en el *flirt;* es claro, juega usted con fuego, porque está usted segura de no quemarse: es usted de amianto; nunca he encontrado mérito en el valor de Aquiles, que se sabía invulnerable.

EULALIA

Usted perdone; tenía vulnerable el talón.

CÉSAR

¡Cualquiera sabe dónde tiene usted el talón!

EULALIA

Deje usted las imágenes. Á propósito de imágenes: sus aficiones poéticas de usted, también han ayudado á comprometerme.

CÉSAR

¿Se refiere usted á los últimos versos que he publicado?

EULALIA

Pero hombre, á una persona distinguida y de posición como usted, ¿quién le manda publicar versos?

CÉSAR

¿También le molesta que yo sea artista? Esos versos son el único desahogo de mi corazón.

EULALIA

Pues eso es lo que me parece mal, el desahogo. ¿Usted cree que puede escribir esos versos un hombre casado como usted?

CÉSAR

En poesía no cuenta el matrimonio.

EULALIA

Pero en el mundo sí; y todo el mundo ha visto muy claro en esos versos. Y luego la dedicatoria. Á E. S. Si hubiera usted puesto el nombre... Á E. S. Á Eulalia Sobrado.

CÉSAR

No sé por qué.

EULALIA

Claro, no creerá la gente que á E. S. es que iba usted persiguiendo á un ratero. *(Sale Filomena por la izquierda.)*

FILOMENA

Señorita, señorita...

EULALIA

¿Qué ocurre?

FILOMENA

¿Puede usted venir un momento?

EULALIA

Voy, voy... Con su permiso. Ya oye usted. *(Vase Filomena por la izquierda.)*

CÉSAR

Sí; el Marqués que estará en esa otra habitación, ó *Chachito*.

EULALIA

¿Está usted loco? Si estuviera estaría aquí. ¿Piensa usted que yo escondo á la gente en los armarios?

CÉSAR

En el modo de dar la muchacha el recado comprendí que había misterio.

EULALIA

La muchacha es una simple. No debía de darle á usted satisfacción de ningún género; pero por una vez... ¡Filomena!... ¡Filomena!

FILOMENA

(Saliendo por la izquierda.) Señorita...

EULALIA

Vamos á ver; ¿para qué me llamabas? ¿Quién está ahí? ¡La verdad, la verdad!

FILOMENA

¿La verdad?

EULALIA

Sí, sí.

FILOMENA

El señor marqués de Fuenlabrada.

CÉSAR

¿Eh? ¿Y ahora?

EULALIA

(Bajo á Filomena.) ¡Imbécil! ¿No se te ha ocurrido otra cosa?

FILOMENA

Si es la verdad, señorita; si es que está ahí. Supo que estaba aquí el señor Conde, y se entró en esa habitación.

CÉSAR

¿Qué dice usted? ¡Si no había nadie! ¡Si usted no oculta nada!

EULALIA

El Marqués es por lo menos tan majadero como usted. Dile que venga aquí en seguida, dile que no sea ridículo.

FILOMENA

¡Señorita!

EULALIA

¿Qué?

FILOMENA

Que yo no me atrevo á decirle que no sea ridículo.

EULALIA

Eso lo digo yo; tú dile que pase. *(Vase Filomena por la izquierda.)*

CÉSAR

¿De modo que no es posible hablar con usted á solas cinco minutos?

EULALIA

Eso digo yo; ni estar sola tampoco.

CÉSAR

El Marqués no la deja á usted ni á sol ni á sombra.

EULALIA

Es probable que él diga lo mismo de usted y por la misma causa.

ESCENA V

DICHOS y el MARQUÉS, por la izquierda.

MARQUÉS

¡Eulalia!

EULALIA

¡Querido amigo!

MARQUÉS

¿Conque era cierto? ¿En tren de marcha?

EULALIA

Yo lo ve usted.

CÉSAR

¿No le ofrece usted asiento?

MARQUÉS

Perdona, César; no te había visto.

CÉSAR

Bien, gracias.

MARQUÉS

Me alegro. ¿Y tu mujer y los chicos? Te pregunto por tu mujer.

CÉSAR

¡Ah! Todos bien. ¿Y tus hermanas y tus sobrinitas? ¿Y esa famosa concentración? ¿Cuándo es el primer acto político, cuándo dais fe de vida? Dicen que andas muy distraído, que te birlarán la jefatura si te descuidas; no debes descuidarte; cuando se ha llegado donde tú, sería lastimoso que por hacer tonterías...

MARQUÉS

Te agradezco el interés.

EULALIA

Siéntese usted... Espere usted... No hay dónde.

MARQUÉS

No, deje usted, no mueva usted nada; me siento aquí. *(Sentándose sobre el baúl mundo que hay á la izquierda.)*

EULALIA

¡Por Dios!

MARQUÉS

Estoy perfectamente.

CÉSAR

Puede parecer simbólico. ¡Sobre el mundo!

EULALIA

Por fortuna es sólido y no hundirá usted la tapa.

MARQUÉS

No soy tan pesado; ¿ó lo dice usted con intención?

EULALIA

Con intención ya se lo he dicho á usted muchas veces; no hay por qué repetirlo.

MARQUÉS

¡Siempre burlona!

EULALIA

Ustedes lo dicen.

MARQUÉS

¡Ingrata, ingrata, ingrata!

EULALIA

¿Es el santo y seña?

MARQUÉS

¿Eh?

EULALIA

Por nada; porque no oigo otra cosa.

MARQUÉS

¿Recibió usted unas flores?

EULALIA

Sí, y unos bombones; muchas gracias. *(Á César.)* Y á usted también; había olvidado...

CÉSAR

¡Ha recibido usted tantos!...

MARQUÉS

Y todos iguales.

EULALIA

Las floristas tienen tan poca inventiva...

CÉSAR

No; yo lo encargué especialmente.

MARQUÉS

Y yo, y yo.

EULALIA

Entonces son ustedes los que tienen poca inventiva.

MARQUÉS

Les grands sprits se recontrent. ¿No es verdad, amigo César? *(Levantándose.)*

CÉSAR

Será eso.

EULALIA

Está usted incómodo, ¡claro!

MARQUÉS

No; es que me retiro. Temo ser indiscreto.

CÉSAR

Y yo, yo también.

EULALIA

Como ustedes quieran; no los detengo. ¿Hasta Madrid?

MARQUÉS

Usted lo dice.

EULALIA

(Á César.) ¿Hasta Madrid?

CÉSAR

¡No!

EULALIA

¿Hasta la estación?

CÉSAR

¡No!

EULALIA

¿Hasta siempre entonces?

CÉSAR

Usted lo ha dicho.

CHACHITO

(Dentro.) Que no es preciso, se lo aseguro á usted; para mí está siempre, siempre.

EULALIA

¡Chachito!

MARQUÉS

¡Chachito!

CÉSAR

¿Chachito? Entonces no nos vamos.

MARQUÉS

No debemos irnos; creería que nos echaba.

CHACHITO

(Dentro.) No sea usted pesado, que para mí está.

EULALIA

(Asomándose á la puerta del foro.) Sí, estoy, estoy. Adelante.

CHACHITO

(Dentro.) ¿Lo ve usted? *(Entrando por el foro.)* ¡Eulalia!

ESCENA VI

DICHOS y CHACHITO por el foro.

EULALIA

¡Ingrato, ingrato, ingrato!

CHACHITO

¿Eh?...

EULALIA

No le extraño á usted. ¿No pensaba usted decírmelo á mí?

CHACHITO

¿Yo á usted? ¿Llamar á usted ingrata cuando sólo con dejarme gozar de su presencia ya me concede demasiado?

EULALIA

Aprendan ustedes galantería.

CHACHITO

¡Señores!... Marqués... César... Acabo de ver á tu mujer.

CÉSAR

Bueno, hombre; y yo á tu papá.

EULALIA

Pero siéntense ustedes.

MARQUÉS

No, no se moleste. Vuelvo á mi sitio.

CHACHITO

¡Es gracioso! Pues yo aquí. *(Sentándose en el baúl que hay á la derecha.)* ¡Qué original!

EULALIA

(Á César.) Aun queda otro.

CHACHITO

¡Ja, ja! ¡Qué divertido!

CÉSAR

¿Te parece?

CHACHITO

Debíamos retratarnos.

CÉSAR

Sí; vale la pena de perpetuarse en esa postura.

CHACHITO

¡Ya! Como tú eres el hombre correcto siempre, pues si le quitan á la vida un poco de fantasía, á mí me hastía todo lo correcto; yo quiero ser original siempre. En casa están asustados conmigo por eso, por lo original; mamá lo dice siempre: ¿Á quién demonios habrá salido este muchacho?

MARQUÉS

Y tu papá, ¿qué dice?

CHACHITO

Lo mismo, lo mismo; que á quién demonios habré salido. Todo porque tengo personalidad; y basta con que una persona haga un día lo mismo que yo, para que yo no vuelva á hacerlo en mi vida.

EULALIA

¡Qué trabajo!

CHACHITO

No; pues usted también es original. Marcharse ahora, cuando viene todo el mundo.

EULALIA

Ahí tiene usted; soy de su opinión; la originanalidad.

CHACHITO

Pero marcharse así...

EULALIA

¿Cómo así? ¿Me llevo algo?

CHACHITO

¡Ay! ¿Se lleva algo? ¿Qué dicen ustedes?

MARQUÉS

(Levantándose.) Eulalia, nos dijo usted que tenía que hacer todavía; estamos incomodando. ¿No les parece á ustedes?... *(Bajo á Eulalia.)* Aun la veré á usted. ¿Será posible que esté usted sola?

EULALIA

Eso digo yo.

CHACHITO

¡Vaya! Me echan ustedes.

MARQUÉS

No; nosotros no.

CHACHITO

Dicen ustedes que incomodamos.

MARQUÉS

Yo empleé el plural por costumbre parlamentaria; ya sabes, en los discursos siempre se dice: nosotros venimos aquí, nosotros estamos aquí... y nosotros nos vamos de aquí; pero tú, tú puedes quedarte.

CHACHITO

No, no... Eulalia, buen viaje.

EULALIA

Lo mismo digo.

CHACHITO

¡Ah! ¿Me dice usted eso? Eso es despedirme...

EULALIA

Como usted viaja continuamente en su automóvil...

CHACHITO

¡Ingrata! ¡Ingrata!

EULALIA

Por fin lo dijo usted; parece mentira; usted, que quiere ser original.

MARQUÉS

Chachito, que llevamos una hora despidiéndonos.

CÉSAR

Sí, sí; somos muy pesados... ¡Eulalia!

MARQUÉS

¡Eulalia!

CHACHITO

¡No, no me despido!... *(Se dirigen los tres hacia la puerta, haciéndose los remolones; los tres quieren volver á hablar con Eulalia.)*

CÉSAR

(Cediendo el paso á Chachito.) No, tú...

CHACHITO

Ha, ha...

MARQUÉS

Después, ustedes... *(Se tropiezan.)*

CÉSAR

Perdona.

MARQUÉS

Perdonad... ¿Vamos?

CÉSAR

Vamos.

CHACHITO

Voy, voy... *(Salen por el foro.)*

EULALIA

¡Estoy divertida!

ESCENA VII

EULALIA, y después ARTURO por el foro.

ARTURO

Con permiso de la señora.

EULALIA

¡Oh! Este hombre también me persigue. ¿Qué ?

ARTURO

Debo una explicación á la señora.

EULALIA

¿Una explicación?

ARTURO

Yo sé muy bien que no debe permitirse entrar á nadie sin previo anuncio y sin previo permiso; pero ese caballero desconoce las formas en absoluto; porque me permití pedirle su nombre, casi llegó á ofenderme de obra; de palabra, no me permitiré repetir delante de la señora todo lo que me ha dicho: cuando una persona, aunque parezca un caballero, se conduce de esa manera, hay motivo para creer que esa persona está perturbada. Yo deseo que la señora así lo comprenda.

EULALIA

Sí, sí; lo comprendo.

ARTURO

No podía por menos; la señora es una señora de sociedad.

EULALIA

Diga usted: ¿usted ha sido siempre camarero?

ARTURO

Ya sé por qué lo pregunta la señora; la señora ha conocido, como todo el mundo, que yo no he nacido para esto. Si á mis padres les hubieran dicho cuando nací que no había de pasar de un

triste camarero, es seguro que no me hubieran permitido venir á este mundo. Pero la vida es un puro contrasentido. ¿Manda algo más la señora?

EULALIA

Nada, nada.

ARTURO

Sí, señora, sí; yo nací para los estudios. La señora se sorprendería si supiera todos los libros que yo he leído.

EULALIA

Ya se conoce, ya.

ARTURO

La señora puede estar segura de que no permitiré que nadie pase sin ser anunciado. La doncella de la señora me ha manifestado que se marcha usted aburrida.

EULALIA

¿Usted sabe...?

ARTURO

Una señora debiera ser más respetada. La doncella de la señora puede decir á la señora lo que yo pienso de todo esto.

EULALIA

¿Lo que usted piensa de qué?

ARTURO

Del atrevimiento de esos señores y de la molestia de la señora. Hay personas que sin saber por qué despiertan desde luego la simpatía; la señora es de esas personas. Perdone la señora mi atrevimiento. Ya me dijo la señora que no deseaba nada. *(Vase por el foro.)*

ESCENA VIII

EULALIA y FILOMENA

EULALIA

¡Filomena! ¡Filomena!

FILOMENA

(Saliendo por la izquierda.) ¡Señorita!

EULALIA

¿Está ya todo listo?

FILOMENA

Todo, señorita; pero aun es temprano.

EULALIA

Ya lo sé. Oye, ¿qué has hablado con el camarero?

FILOMENA

¿Yo, señorita? Él se lo ha hablado todo.

EULALIA

Ese camarero es extraordinario.

FILOMENA

No tiene idea la señora. Habla el francés y el inglés como un extranjero; comprende el vascuence, y hay que oirle leer un periódico... Le da un sentido á todo...

EULALIA

¿Y no te dijo algo de mí?

FILOMENA

¡Ah! Pues verá usted; me dejó pasmada, porque ese hombre sabe de todo. ¿La señorita quiere que esos señores la dejen tranquila?

EULALIA

No deseo otra cosa.

FILOMENA

Pues en vez de hacerles desaires y desprecios, figúrese la señorita que es la señorita la que se ha enamorado de ellos como una loca, y está dispuesta á todo, á casarse, á escaparse, á todo...

EULALIA

¡Qué disparate! Eso quisieran ellos.

FILOMENA

No lo crea la señorita; los hombres son así. Mire la señorita: recuerdo yo una vez que iba yo muy de prisa á un recado, y un caballero muy bien puesto empezó á seguirme, y detrás, y detrás, y á mi lado, dándome con el codo y diciéndome tonterías, y yo apretando el paso, y él si-

gue que te sigue; y me entraba yo en una tienda, y él se quedaba en el escaparate; y me subo á un tranvía y él se queda en la plataforma, y me paga el billete sin saber adónde iba, y por fin, me canso, y me da un repente y me acerco á él, y le digo: «No se canse usted, caballero; vamos ahora mismo adonde usted quiera.»

EULALIA

¡Mujer! ¡Qué atrevimiento!

FILOMENA

¡Ca!... Verá la señorita. El hombre se me quedó medio turulato, y al cabo me dice: «El caso es que ahora tengo que hacer; dígame usted otra hora»; y yo entonces: «Pues si tiene usted que hacer, ¿por qué no lo hace usted y me deja usted en paz, *so tío?*» —perdone la señorita—; y el hombre da media vuelta, y hasta ahora. Ya ve la señorita cómo hice bien en ser desahogada.

EULALIA

Es verdad; los hombres creen que las mujeres estamos para ser su juguete, para enamorarnos en sus ratos perdidos de ocio y de aburrimiento; pero si ven que puede ir de veras...

FILOMENA

Entonces casi todos dan media vuelta.

EULALIA

¿Y si no es así?

FILOMENA

Señal de que quieren de veras, y entonces ya es cosa de pensarlo.

EULALIA

Sí, es cosa de pensarlo. *(Sale Arturo por el foro.)*

ARTURO

Con permiso de la señora. El señor marqués de Fuenlabrada.

EULALIA

El más á propósito para la prueba.

FILOMENA

¿Se decide la señorita?

EULALIA

Por divertirme.

ARTURO

(Á Filomena.) La cuestión del perrito se complica. Ahora resulta que la señora le había dado morfina, y el perrito se ha vuelto loco. Ha llamado á consulta... *(Á Eulalia.)* ¿Manda otra cosa la señora?

EULALIA

No; que pase el señor Marqués. *(Vase Arturo por el foro.)* ¿Qué te decía?

FILOMENA

Nada; la historia de ese perro, que parece un crimen monstruoso; ahora resulta que está loco.

EULALIA

El camarero, ¿verdad? Ya lo decía yo.

FILOMENA

No, señora; el perro.

EULALIA

¡Ah! Me había asustado. Pase usted, Marqués; pase. *(Abriendo la puerta del foro. Filomena se va por la izquierda.)*

ESCENA IX

EULALIA y el MARQUÉS

MARQUÉS

(Saliendo por el foro muy sofocado.) ¡Ah!

EULALIA

¡Viene usted muy sofocado!

MARQUÉS

Pero llego el primero...

EULALIA

¡Ah! ¿Es una carrera?

MARQUÉS

Creerían que me engañaban. Todos íbamos con la misma intención: volver, volver á verla á usted antes de su marcha. Me los llevé paseando hasta el faro.

EULALIA

Ya es un paseo.

MARQUÉS

Y allí les di esquinazo; mejor dicho, me lo dieron ellos á mí. Ahora, que ellos todavía tardarán en dárselo el uno al otro. Y ahora, Eulalia, aprovechemos el tiempo. ¿Hasta cuándo piensa usted burlarse de mí? Burlarse, sí; porque usted misma comprenderá que alguna vez me ha dado usted esperanzas; que yo no soy pesado, como usted dice, sin motivo; que si usted desde luego me hubiera rechazado, yo no soy un chiquillo para no resignarme... Eulalia, Eulalia; yo estoy enamorado de usted como un... como usted quiera, ponga usted la palabra; yo no me conozco, no; no me conozco. ¡Ay! Yo nunca fuí joven; he luchado tanto en este mundo...; no tuve tiempo de amar, y el amor llega, tal vez tarde, pero llega.

EULALIA

Digo lo mismo; que el amor llega y nunca llega tarde, y nunca llega en vano... Pero, ante todo, ¿es el amor?

MARQUÉS

¿Usted lo duda?

EULALIA

¡Hay tantas cosas que se le parecen! Un capricho, una vanidad, el mismo aburrimiento puede parecerse al amor. Al verdadero amor no se le conoce por lo que exige, sino por lo que ofrece, y usted, hasta ahora, no ha hecho más que exigir.

MARQUÉS

¿Yo?

EULALIA

Sí, sí; usted me ha comprometido con una persecución que ha dado que hablar hasta en los periódicos, porque un hombre como usted no puede tener vida privada; á estas horas hay quien nos supone en relaciones, y siendo los dos libres, comprenda usted que esa suposición no me favorece en nada. Usted, en cambio, nada pierde; para usted es un triunfo, algo así como una votación ganada ó un distrito conseguido.

MARQUÉS

Las comparaciones son odiosas: entre una votación ó un distrito y usted, hay abismos...

EULALIA

Pues necesito ver el *terraplén*, amigo mío.

MARQUÉS

Siempre ingeniosa, pero el ingenio ahoga el corazón...; por eso es usted tan cruel.

EULALIA

¡Que yo no tengo corazón! ¡Pobre de mí! Usted no sabe cómo soy yo capaz de querer.

MARQUÉS

Eulalia... quiero saberlo.

EULALIA

¿Está usted dispuesto á casarse conmigo?

MARQUÉS

¿Lo duda usted?

EULALIA

He podido dudarlo, porque de todo me hablaba usted siempre menos de esa ligera formalidad.

MARQUÉS

No había para qué hablar. Usted lo ha dicho: somos libres. Yo no podía haber pensado otra cosa.

EULALIA

Podía usted haber pensado en que yo me contentaba con ser su amiga, la amiga del político influyente que abre á todo el mundo sus salones, donde se intriga, se reparten actas y credenciales. El papel es muy halagador para muchas mujeres; usted debe saberlo. Pero yo no soy nada ambiciosa, ni tampoco soy como sus hermanas de usted y sus sobrinitas, que cuando es usted ministro, hasta á la compra mandan con el coche del Ministerio.

MARQUÉS

Es usted sarcástica.

EULALIA

Es que, francamente, detesto á sus hermanas de usted y á sus sobrinitas.

MARQUÉS

Es usted injusta; ellas la quieren á usted mucho.

EULALIA

Tengo noticias; pero, en fin, la familia es siempre respetable; no es la familia lo que yo deseo que usted me sacrifique.

MARQUÉS

¿Pero necesita usted sacrificios como los dioses?

EULALIA

Sin ironía, Marqués, porque usted es el que me ha llamado diosa muchas veces.

MARQUÉS

Y no rectifico nada, y todos los sacrificios me parecen pocos.

EULALIA

En primer lugar, ¿está usted dispuesto á seguirme á París?

MARQUÉS

Al fin del mundo.

EULALIA

Pero ha de ser muy pronto. Allí nos casaremos discretamente, sin invitaciones, sin ruidos; la noticia en los periódicos, y nada más.

MARQUÉS

Ni la noticia si usted quiere.

EULALIA

¡Ah! Eso sí. Yo quiero que se sepa. Al cabo de

unos meses volvemos á Madrid ó no volvemos; nos instalamos en una de mis posesiones; tengo una preciosa en Andalucía, toda llena de naranjos, de... hasta palmeras. Mi sueño dorado fué siempre vivir en ella.

MARQUÉS

Sí, sí; pero usted olvida que para el otoño se abrirán las Cortes, y...

EULALIA

¡Ay, querido Marqués! Si ese es precisamente el sacrificio que yo exijo; nada de política; quiero vivir tranquila, completamente tranquila, sólo para mi marido, pero mi marido también para mí sola; la política es una rival temible: sus preocupaciones, sus luchas... No me divertiría que después de no estar nunca á mi lado, al volver á casa mi marido, desahogase conmigo el mal humor causado por las interrupciones del Congreso. Y luego los artículos violentos de oposición, las caricaturas ridículas...

MARQUÉS

Pero eso no tiene importancia...

EULALIA

Para mí, sí. Y los enemigos políticos que serían mis enemigos..., yo que nunca los tuve...

MARQUÉS

Pero si ya no hay enemigos políticos...

EULALIA

Y nosotros mismos, que podríamos estar en desacuerdo muchas veces; en la cuestión de las Asociaciones, por ejemplo.

MARQUÉS

Ya sabe usted que en esa cuestión soy de los que se abstienen; tengo mi criterio.

EULALIA

Si á eso le llama usted tener criterio... Pero, en fin, ya lo sabe usted, acabó su carrera política, las ambiciones...

MARQUÉS

¿Y usted cree que sólo por mí era yo ambicioso?

EULALIA

No me dirá usted que pensaba usted en mí la primera vez que fué usted diputado.

MARQUÉS

En usted, no, y en usted sí; pensaba en ella, en la mujer; realidad presente ó ilusión realizable; los hombres pensamos siempre en la mujer que ha de ser un día el verdadero premio de nuestros afanes.

EULALIA

Sí; querrá usted decirme que piensan ustedes en sus mujeres, presentes ó futuras, cuando se tiran ustedes los trastos á la cabeza en el Congreso.

MARQUÉS

Es que usted se engaña; yo sé que á usted, como á todas las mujeres, no puede por menos de halagarle una brillante posición...

EULALIA

¿Pero usted cree que mi posición puede ser más brillante? Nadie me molesta, salvo los pretendientes. Si usted me cree ambiciosa, es que no me conoce usted, y mal puede estimarme; yo le estimo á usted mejor; le creo un hombre inteligente, de corazón; por eso mismo quiero que su inteligencia y su corazón sean para mí sola.

MARQUÉS

Pero mi partido, la patria... Eulalia, no hay que ser egoístas.

EULALIA

El cariño es siempre egoísta. ¿Usted me quiere como me dice, como me ha dicho usted un día y otro, soy la mujer soñada, la mujer inteligente de corazón? ¿No cree usted que basta á su felicidad?

MARQUÉS

Eulalia, ¡lo duda usted!... Pero yo creía...

EULALIA

Sí; que el mejor modo de deslumbrarme era su posición política, la Presidencia... Usted no me conoce; yo soy sencilla como una pastora... El príncipe que llegue á enamorarme ha de dejar

su corona á las puertas de mi cabaña; allí solo quiero ser reina, pero reina absoluta de un reino, todo tranquilidad... ¿Valgo ese sacrificio?

MARQUÉS

¡Vale usted todos los sacrificios!

EULALIA

Entonces...

MARQUÉS

Entonces... iré á París si usted no prefiere quedarse.

EULALIA

Mi viaje está dispuesto. Sería dar lugar á comentarios. Pero en París...

MARQUÉS

En París...

ARTURO

(Saliendo por el foro.) El señor conde de San Procopio. No quería ser anunciado de ninguna manera. Es de lamentar cómo se pierde toda idea de corrección entre las personas más distinguidas.

EULALIA

Que pase. *(Vase Arturo por el foro.)*

MARQUÉS

Salgo por aquí; no quiero encontrarle... Aun la veré á usted en la estación... Seré yo el único...

EULALIA

Seguramente... el único... Anunciaré al Conde nuestros proyectos...

MARQUÉS

No, no le diga usted nada...; basta que comprenda... Hasta luego entonces...

EULALIA

Hasta luego. *(Vase el Marqués por la izquierda.)*

ESCENA X

EULALIA, y CÉSAR por el foro.

CÉSAR

¿Era el Marqués?... No se ha descuidado...

EULALIA

Usted ganó el segundo premio.

CÉSAR

¿Cómo?

EULALIA

Sé que han corrido ustedes un *handicap*...

CÉSAR

El Marqués pretendía darnos esquinazo.

EULALIA

Pues hay que confesar que lo ha conseguido. Y de *Chachito*, ¿qué hicieron ustedes? ¿Lo han arrojado al mar?

CÉSAR

Crea usted que si valieran las intenciones... No hay manera de hablar con usted más que en coro... Por supuesto, usted tiene la culpa; usted da á todo el mundo el mismo derecho; todo significa lo mismo para usted.

EULALIA

Deje usted las recriminaciones. Es usted injusto sin saberlo, injusto y cruel...

CÉSAR

¿Yo?

EULALIA

Usted, sí; ¡si yo dejara hablar á mi corazón! ¿Cuál sería mi suerte?

CÉSAR

Comprenderá usted por fin que yo, sólo yo, la quiero á usted con locura...

EULALIA

Sí; usted sólo se olvida de todo por quererme; pero yo... yo no puedo olvidar... Yo sólo podría querer á usted de una manera.

CÉSAR

No hay más que una manera de querer.

EULALIA

Olvidando y despreciando todo lo que no sea nuestro cariño. ¿No es eso? ¡Quererse siempre y para siempre!... ¿Pero es eso posible? No me juz-

gue usted una mujer sin corazón; yo sé que usted me quiere, yo sé que es usted el único que ha conseguido interesar mi corazón.

CÉSAR

¡Eulalia...! ¡Qué feliz soy!

EULALIA

Estoy por encima de preocupaciones... Tengo derecho á disponer de mi corazón... ¿Pero usted...?

CÉSAR

El mío es de usted por entero

EULALIA

Sí, corazón, sí; pero su vida, ¿puede usted disponer de ella libremente? ¡Si tuviera usted ese valor! Entonces, sí...; entonces, para siempre; pero media entre nosotros... Yo no soy capaz de vivir una vida de mentiras; acepto la responsabilidad de mis actos con todas sus consecuencias... Si le quiero á usted es para que todo el mundo lo sepa, para que nadie pueda interponerse entre nosotros. ¿Me quiere usted á mí así?

CÉSAR

¿Puede usted dudarlo? Se lo dije; no hay más que ese modo de querer.

EULALIA

Entonces... ¿vendrá usted á París?

CÉSAR

Al fin del mundo...

EULALIA

Y desde allí, viajar, viajar siempre; lejos de todo y de todos...

CÉSAR

Sí, Eulalia, Eulalia; parece un sueño. ¿Por qué calló usted tanto tiempo?

EULALIA

Temí que usted retrocediera... y temía tanto perderle...

CÉSAR

¿Cuánto tiempo piensa usted permanecer en París?

EULALIA

Muy pocos días.

CÉSAR

Lo pregunto porque yo debo ir á Madrid; tengo allí asuntos... Y acaso hasta fines de mes no podría...

EULALIA

¡Qué contrariedad!

CÉSAR

Son asuntos de intereses que no pueden arreglarse por carta; exigen mi presencia...

EULALIA

Como ayer estaba usted dispuesto á seguirme hoy mismo á París...

CÉSAR

Sí; pero era para unos días; ahora es para siempre.

EULALIA

Es verdad, para siempre...; es natural que debe usted dejar arreglados sus asuntos; es como si fuera uno á morirse, es otra vida que empieza... Entonces...

CÉSAR

Entonces usted me esperará... Yo tardaré lo menos posible.

EULALIA

Sí... sí...

CÉSAR

¿Por qué no me espera usted aquí?

EULALIA

Imposible, anunciado ya mi viaje... y ya de acuerdo... ¿Cómo sabría usted disimular? La murmuración se desataría contra nosotros... Cuando sepan, que sea ya tarde.

CÉSAR

Sí; es verdad.

EULALIA

Y ahora, déjeme usted.

CÉSAR

¿Usted?

EULALIA

Déjame.

CÉSAR

¡Ah!

EULALIA

¿Le veré á usted... te veré?

CÉSAR

Me verás...

EULALIA

¿En la estación todavía?

CÉSAR

Iré hasta Burdeos.

EULALIA

¡Por Dios, el tren llega á muy mala hora...; va usted á molestarse, vas á molestarte!

CÉSAR

No le importe á usted, no te importe... Hasta luego. ¿Seré el único?

EULALIA

El único.

CÉSAR

¡Mía sólo!

EULALIA

De usted, de tú..., ¡qué disparate!, de ti...

CÉSAR

¡Seremos tan dichosos, Eulalia!...

EULALIA

No, César; la mano.

CÉSAR

¡Soy el hombre más feliz de la tierra! ¡Tenía usted corazón!

EULALIA

¡Ay, demasiado! *(Vase César por el foro.)* ¿Qué debo creer? Por lo pronto, ya tiene asuntos en Madrid. Mucho me engañaré si me acompaña siquiera hasta Burdeos. ¡Ah, los hombres, los hombres!... Buscan el amor mientras el amor no trastorna su vida...

CHACHITO

(Dentro.) Que para mí está siempre; no sea usted pesado. Es usted un majadero.

EULALIA

¡Chachito!

CHACHITO

Para que aprenda usted. ¿Está usted sola? *(Salen* Chachito *y Arturo disputando por el foro.)*

EULALIA

Sí. ¡Al fin solos!

ARTURO

Con permiso de la señora...

CHACHITO

Este camarero es insoportable.

ARTURO

Quiero explicar una vez más á la señora que yo cumplo mi obligación. Este caballero me ha atropellado.

CHACHITO

Claro que sí; y si no se marcha usted ahora mismo...

ARTURO

Es á la señora á quien me dirijo; es de lamentar que persona, en apariencia distinguida, olvide la corrección hasta ese punto. La señora me dirá si este caballero puede pasar siempre.

CHACHITO

¡Claro que sí! ¿No ve usted que la señora está para mí siempre?

EULALIA

Sí, estoy siempre, y cuando no esté, permite usted á este caballero que lo registre todo.

CHACHITO

¡Eulalia!

ARTURO

Á las órdenes de la señora. *(Vase Arturo por el foro.)*

CHACHITO

Este camarero... Voy á dar una queja. ¿No ve que nunca deja usted de recibirme? ¿Sería yo capaz de venir si supiera que no había usted de recibirme?

EULALIA

¿Cómo no recibirle á usted?

CHACHITO

He corrido más de lo que creía. Pensaba encontrar á César ó al Marqués ó á los dos.

EULALIA

Pues por haber corrido menos, no los encuentra usted.

CHACHITO

¡Cómo! ¿Han llegado antes? No es posible; si yo les di esquinazo y vine corriendo en el automóvil, y sólo me detuve un instante en el Casino, y otro con Paco Ibáñez, y otro á tomar un bock, y otro que me detuvo un agente por llevar demasiada velocidad y me tomó el número. Como estamos en Francia, no hay quien me quite la multa; en Madrid ya le hubiera dicho yo al agente... ¿Conque el Marqués y César se han anticipado? ¿Se han despedido ya de usted?

EULALIA

Sí, se han despedido.

CHACHITO

Bien dijo el poeta: «Los últimos serán los primeros.»

EULALIA

¿Está usted seguro de que fué un poeta?

CHACHITO

Pues yo... yo también vengo...

EULALIA

Ya lo veo; á despedirse.

CHACHITO

No, yo no me despido.

EULALIA

Es verdad. ¿Para qué? Volveremos á vernos tan pronto... Aunque yo, tal vez, no regreso á Madrid en todo el año.

CHACHITO

Ni yo tampoco.

EULALIA

Pienso viajar.

CHACHITO

Y yo también.

EULALIA

No conozco Italia.

CHACHITO

Ni yo, ni yo; es más original no conocerla, pero en fin...

EULALIA

¡Ah! ¿Piensa usted también ir á Italia?

CHACHITO

No, yo no piénso nada, usted es la que piensa; yo no piénso más que seguirla á usted adonde usted vaya.

EULALIA

¿Eh?

CHACHITO

Á París hoy mismo, y luego donde usted quiera.

EULALIA

Pero eso no es posible; no lo dice usted en serio.

CHACHITO

¿Que no? ¡Eulalia, usted es la única mujer que á mí me ha vuelto loco; usted no sabe lo que pasa por mí; yo no pienso más que en usted, yo estoy como tonto.

EULALIA

¡Chachito!

CHACHITO

¡Pobre *Chachito!* Mire usted, mire usted cómo me he quedado. ¿Son éstos brazos, son éstas piernas? ¿Y el espíritu? Yo no como, yo no duermo, ya no hago más que tonterías.

EULALIA

Yo veo que hace usted su vida de siempre.

CHACHITO

No, no; para mí no existe más que usted en el mundo; mis amigos, mis caballos, mis perros, todo me cansa, todo me fastidia.

EULALIA

¡Pero *Chachito!*

CHACHITO

¡Pobre *Chachito!* Usted sabe que querían casarme con Inesita Montoya; he roto con toda la familia; anoche le hice un feo horrible en el Casino. Su hermano quiso desafiarme.

EULALIA

¡Qué locura!

CHACHITO

Usted sabe que papá quería enviarme de agregado á Copenhague; el Ministro me habló esta mañana, hice un feo al Ministro, ya no me saluda, y así con todo el mundo; no sé hacer más que groserías.

EULALIA

Pues eso no puede continuar.

CHACHITO

Eso digo yo, y no continuará. Vea usted el *sleeping* para el exprés de esta tarde: me voy con usted, huyo con usted, donde usted vaya, donde usted me lleve.

EULALIA

Poco á poco; eso es una persecución.

CHACHITO

Lo que usted quiera.

EULALIA

¡Qué dirían de mí! Su familia de usted, todo el

mundo: usted es hijo de familia, usted no puede contar con medios para viajar así...

CHACHITO

Cuento, cuento... Vea usted. Billetes, luises, cheques...

EULALIA

¿Pero qué ha hecho usted, criatura? Usted no puede tener ese dinero.

CHACHITO

He tenido suerte en el juego. Jugaba pensando en usted; una suerte loca; he vendido mi automóvil.

EULALIA

¿Su automóvil? De su papá de usted.

CHACHITO

Papá no tendrá más remedio que conformarse. Mi tío Eugenio me ha abierto crédito; tenía yo unas letras suyas...

EULALIA

Pero usted quiere volver con los gendarmes, y yo con usted... Usted está loco...

CHACHITO

Ya se lo díje á usted.

EULALIA

Pero es que yo no puedo consentirlo.

CHACHITO

Me pegaré un tiro. Aquí tengo el revólver y una carta en francés para el Comisario. Y estoy decidido. ¿Para qué quiero vivir si no vivo?

EULALIA

¡Chiquilladas!

CHACHITO

Lo que usted quiera; pero sólo á mi edad se quiere como yo quiero. Yo no sabía lo que era eso; yo no sabía que se podía querer así; esto es peor que una enfermedad. Usted me mata, usted es mi desesperación; yo no pienso más que barbaridades.

EULALIA

Vamos, juicio, juicio; yo no le he dado á usted ocasión ni motivo para que usted haya podido tomar en serio todo esto. Usted se quedará aquí, usted hará las paces con Inesita, usted será agregado...

CHACHITO

No, no; no me conoce usted. Yo soy un carácter; yo la sigo á usted, ó de aquí sólo saldrá mi cadáver... Aquí en su presencia...

EULALIA

Que no hable usted así ni en broma.

CHACHITO

Que no es broma. Mire usted, por si me falta valor para el tiro. Estricnina...

EULALIA

¿De dónde ha sacado usted eso?

CHACHITO

Do envenenar las ratas en la cuadra.

EULALIA

Traiga usted esas porquerías, y el revólver y la carta.

CHACHITO

No, no. Usted no me conoce, Eulalia...; que yo estoy neurasténico, que yo tengo principios de anemia cerebral, que yo soy irresponsable.

EULALIA

Chachito, Chachito; que pone usted unos ojos muy raros, que me da usted miedo...

CHACHITO

Pues sólo usted puede salvarme, sólo usted...

EULALIA

Que me da usted miedo. ¡Filomena! ¡Socorro!

CHACHITO

¡Pero Eulalia!... *(Salen Filomena por la izquierda y Arturo por el foro con una bandeja y dos cartas.)*

FILOMENA

¿Qué quiere la señora?

ARTURO

¿Qué le ocurre á la señora?

EULALIA

Nada, nada. Espere usted. No te vayas.

CHACHITO

¿Le doy á usted miedo?

EULALIA

Sí, sí. Y ahora muy en serio. No piense usted en seguirme, ni en ese viaje, ni en locuras, porque ahora mismo voy á ver á su padre de usted. Nada le autoriza á usted para esos atrevimientos; yo no he coqueteado con usted, yo no puedo hacer caso de usted. Es usted un niño, un niño caprichoso, que cree usted que una mujer como yo es un juguete.

CHACHITO

¡Eulalia, que yo no soy un niño!

EULALIA

Sí lo es usted; un bebé, *Chachito*... Y si quiere usted que no hable con su padre seriamente, no vuelva usted á hablarme de ese modo.

CHACHITO

¿Me echa usted? ¿Me despide usted? ¿Me mata usted?

EULALIA

Lo que usted quiera; pero en su casa. Vaya usted, vaya usted, y bromuro, mucho bromuro.

CHACHITO

Lo que usted quiera; pero nadie la querrá á

usted como yo la quiero; nadie hará por usted las locuras que yo habría hecho... Pensará usted en mí siempre, se acordará usted de mí siempre... ¡Pobre *Chuchito! (Vase por el foro.)*

FILOMENA

¿Es que se había propasado?

ARTURO

¿Le ha faltado al respeto á la señora? Siempre me pareció ese joven descompuesto y sin corrección alguna.

EULALIA

¡Ay, ay! ¡Qué nerviosa me he puesto, qué nerviosa estoy! Dame el frasco de sales. *(Filomena se va por la derecha.)*

ARTURO

Estas cartas han dejado para la señora.

EULALIA

Á ver. De los otros... Muy finos, muy galantes, pero excusándose de bajar á la estación..., de acompañarme hasta Burdeos. *(Sale Filomena con el frasco de sales por la derecha.)* Ocupaciones, asuntos... ¡Qué bien dijiste, Filomena!

FILOMENA

Fué el camarero, señorita.

EULALIA

Fué usted...

ARTURO

¡Señora!

EULALIA

Usted no es un cualquiera.

ARTURO

¡Si la señora conociera mi historia!

EULALIA

¿Sí?

ARTURO

Sólo á la señora me atrevería hoy á descubrirme. ¿La señora recuerda la historia de la princesa Olga?

EULALIA

¿La princesa Olga? ¿La que dió tanto que hablar, que se fugó con un *maître d'hôtel?*...

FILOMENA

Sí, me acuerdo; vino en los periódicos... Muy guapa ella.

ARTURO

Pues bien : él era yo...

EULALIA

¿Usted?

ARTURO

He cambiado mucho. Entonces tenía yo todo mi pelo, muy negro y muy rizado... Fué la desgracia de toda mi vida.

FILOMENA

¿De la de usted?

ARTURO

Sí; porque ella no dejó de ser princesa, y yo he vuelto á ser camarero. Aquí guardo los recortes de la Prensa; si la señora quiere entretenerse... *(Dándole un librito con recortes de periódicos pegados.)*

EULALIA

Sí, déme usted; será muy distraído.

ARTURO

Para el que lo lee... *(Suena dentro una detonación.)*

EULALIA

¡Ay! ¿Qué ha sido eso? ¡Ese chico se ha pegado un tiro!

FILOMENA

¡Sí; ha sido un tiro, un tiro!

ARTURO

¡Voy á ver! *(Vase por el foro.)*

EULALIA

¡Dios mío! ¡Qué remordimiento! ¡Qué locura! ¡Qué barbaridad!

FILOMENA

¡Ha sido un tiro, un tiro!

EULALIA

¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad! Creí que estaba loco, pero no tanto. ¡Qué remordimiento! ¡Qué remordimiento!

FILOMENA

Señorita, no se ponga usted así... *(Sale Arturo por el foro.)*

EULALIA

¿Qué?

ARTURO

No, señora... Ha sido un neumático del automóvil...

EULALIA

¡Ay!... Dame el frasco.

ARTURO

Lo peor no ha sido eso. Lo peor es que al salir ha atropellado al perro de la señora ministra de Escandinavia. Le habían sacado al parque del hotel.

EULALIA

¿Y lo ha matado?

ARTURO

Aun daba aullidos. Señal de que no había muerto.

FILOMENA

Sí, sí; ¿no oyen ustedes? Aúllan.

ARTURO

No; ésa es la señora. ¡Hay que oirla! Ese joven tenía que terminar por algún atropello... Con permiso de la señora, voy á hacer las posibles reflexiones á la señora ministra. Estará inconsolable. *(Vase por el foro.)*

FILOMENA

¿Se ha asustado mucho la señorita?

EULALIA

¡Ay!... ¡Tienes razón! El amor asusta.

FILOMENA

¿Qué? ¿La dejarán á usted tranquila esos señores?

EULALIA

Me parece que sí. Creo haberlos asustado con tanto amor de mi parte... Pero el único que me quería de verdad, el único que no dudaba en seguirme y que habría hecho locuras por mi cariño..., ese me ha asustado á mí... Y me ha dejado triste, porque si el mucho amor asusta de este modo... ¿qué derecho tenemos á pedir amor?

TELÓN

LA COPA ENCANTADA

ZARZUELA EN UN ACTO,
CON EL ASUNTO DE UN CUENTO DE ARIOSTO, MÚSICA
DEL MAESTRO LLEÓ

Estrenada en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid,
la noche del 16 de marzo de 1907.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LEONELO.....	SRA. ARANA.
CELIA.....	SRTA. PÉREZ.
DOROTEA.....	» GONZÁLEZ (N.).
EL SEÑOR LEONATO..	SR. GONZÁLEZ (V.).
MAESE SEMPRONIO...	» MONCAYO.
BARTOLO.....	» GONZÁLEZ (A.).
RINALDO.....	» RUFART.
EL DEL PRÓLOGO.....	
LUCAS.....	» CABA.

MUJERES Y CAZADORES.

En Italia. — Siglo XV.

LA COPA ENCANTADA

ACTO ÚNICO

Patio de un castillo con vistas á un bosque.

PRÓLOGO

(Recitado por uno de los personajes.)

Es un cuento zumbón de magia y burlería
de cuando un arte amable á todo sonreía;
cuando no eran las musas plañideras ni graves,
y músicas y versos con acentos suaves,
eran canción y danza en bulliciosa fiesta;
y al pasar por las almas, como por la floresta,
el hada Primavera, sus pasos eran rosas,
y en torno á sus cabellos nimbo de mariposas.
Arrogante la vida despreciaba á la muerte,
que si por fin triunfaba no era por ser más fuerte,
el dolor era rudo y mataba ó moría,
no era esa flor de otoño de la melancolía
que en las almas modernas los impulsos destruye
y en vanos pensamientos las acciones diluye.
Cuando guerras y pestes asolaban ciudades,
los cuentos de Boccaccio eran amenidades
de una corte de Amor, que al aire inficionado
daba por desafío su reir desvergonzado.

De aquella edad alegre fué este cuento alegría,
amor le tocó apenas de dulce poesía;
olvidad al oirlo que de entonces ahora,
la humanidad, más sabia, tiene locomotora,
teléfono, fonógrafo, microbios, cosas prácticas,
y hoy deben ser las artes más que nada didácticas,
y lo que sólo es bello se desprecia por fútil.
Hoy la Venus de Milo es una cosa inútil,
porque nada nos prueba la divina escultura
y hasta le faltan brazos para la agricultura.
Yo poseo una copia y dice mi criada
que una mujer sin brazos no sirve para nada.
Yo, por utilizarla del modo más decente,
mandé que le pusieran una luz en la frente,
y con otra igual copia hizo más un amigo,
que le fijó un precioso reloj en el ombligo.
¡Bien haya quien del arte utilidad recoja;
siempre un reló es más práctico que la clásica
[hoja!
Perdonad, pues, al cuento si tiene poca ciencia;
no conviene á diario cansar la inteligencia.
Es un cuento zumbón de magia y burlería
de cuando un arte amable á todo sonreía.
Falta el mayor encanto á la copa encantada:
los versos del poeta por quien fué cincelada.
Mágico de la rima con arte poderoso
al amor y á la vida brindó en ella glorioso,
y en ella de sus versos vertió el más *dulce mosto*
en la divina Italia el divino Ariosto.

ESCENA PRIMERA

El SEÑOR LEONATO y CAZADORES, que han salido por la derecha; detrás de ellos campesinos conduciendo las reses muertas.

Música.

CORO

Por selvas y monte,
por llanos y riscos,
salvando y cruzando
torrentes y ríos,
las trompas despiertan
con aire guerrero
las voces dormidas
del monte en los ecos.
Con recios ladridos
la suelta jauría
del bruto acosado
persigue la pista.
Y ni los bravos jabalíes,
y ni los gamos ni los ciervos
nos asustan con sus colmillos,
ni nos espantan con sus cuernos.
¡Linda batida!,
¡linda caza!
¡No perdimos la jornada!

LEONATO

Imagen de la guerra
y noble ocupación
de reyes y señores

la caza se llamó;
en ella se adquiere
destreza y vigor,
y de recuerdos tristes
alivia el corazón.
Hubo un tiempo ya lejano,
¡ay!, ¡el tiempo cómo pasa!
Un amor era mi vida,
¡ay!, ¡el amor cómo engaña!
El amor acaba pronto,
¡ay!, ¡la vida no se acaba!

CORO

No recuerdes lo pasado,
que no en vano el tiempo pasa.
Si un amor era tu vida
sabes ya que amor engaña.
Si el amor acaba pronto
la vida tampoco es larga.
¡Bebe, pues, con nosotros;
bebe y olvida!

LEONATO

Sabéis que nunca bebo,
desde que un día
en la copa encantada
bebí por mi desdicha.

CORO

Copa encantada,
copa maldita,
por ella perdiste
salud y alegría.

De un mágico hechicero
fué don fatal,
y de malignas artes
don infernal.
¡Copa encantada,
copa maldita,
por ella perdiste
salud y alegría!

ESCENA II

DICHOS y MAESE SEMPRONIO, por la izquierda.

Hablado.

SEMPRONIO

Salud al señor Leonato, mi noble dueño.

LEONATO

Salud al ilustre maese Sempronio.

SEMPRONIO

No hay que preguntar si la cacería fué buena.

LEONATO

Ya lo veis. Repartidlo todo como es costumbre, y retiraos y descansad. *(Salen los cazadores por la izquierda.)* Nunca quieres acompañarme.

SEMPRONIO

Mi pobre cuerpo no está para esos ajetreos. Yo no entiendo más que de una caza, á la espera, pero mi puesto es el sillón de vuestro comedor.

Allí disfruto yo de la caza lo indecible. Y que vuestro cocinero sabe aderezarla de un modo... Ya sabéis que de los siete pecados capitales, el único que me coge de medio á medio es la gula...

LEONATO

Y la pereza.

SEMPRONIO

Á consecuencia de la gula, después de comer me entra una modorra...

LEONATO

Y algún otro que calláis, maese Sempronio.

SEMPRONIO

¿Qué queréis? Cuando se ha comido fuerte...

LEONATO

Ya sé de vuestras escapadas al lugar; ya me han dicho qne os han visto allí alegremente, rodeado de diez ó doce muchachas del pueblo.

SEMPRONIO

No hagáis caso de murmuraciones; ¡diez ó doce! ¡No debe creerse la mitad de lo que dice la gente!

LEONATO

La mitad son seis ó cinco. En fin, mientras sea lejos de aquí..., aunque ya sabéis mi odio por las mujeres.

SEMPRONIO

Consecuencia de vuestro gran amor por ellas.

LEONATO

Por eso las conozco, las conozco, y no volveré á padecer por sus engaños ni por sus traiciones.

SEMPRONIO

¡Cuidado que fuisteis siempre desgraciado en amor!

LEONATO

Todos los hombres lo serían si todos supieran la verdad como yo. Los únicos felices son los engañados.

SEMPRONIO

Vos lo decís, los felices. También pudisteis serlo. Confesad que el brujo, encantador ó demonio que os regaló su copa encantada, no os quería bien. ¿Qué es la vida sin ilusiones?

LEONATO

Yo quiero la verdad siempre, la verdad sobre todo.

SEMPRONIO

¿Y quién os dice que esa copa no sea una ilusión más?

LEONATO

No, no lo es. El sabio encantador que me hizo presente de esa copa era un hombre incapaz de mentir. Esa copa no engaña nunca. El marido que al beber en ella siente temblar su mano y deja verter el licor que contiene, es porque su mujer le engaña; ni una sola vez ha dejado de

probarse la verdad del encanto. Cuantos han bebido en ella y han temblado, no han tardado en averiguar que su mujer les engañaba.

SEMPRONIO

¡Claro está, ya puestos sobre aviso! Metiéndose en averiguaciones, creed que con copa ó sin copa, á casi todos los maridos les sucedería lo mismo. Lo cierto es que con vuestra copa tenéis á las mujeres soliviantadas, de suerte que si cayerais en sus manos...

LEONATO

Eso prueba que son culpables. Si fueran inocentes, no tendrían por qué temer. Pero no me arredran sus amenazas. Por todas partes hice publicar la virtud de la copa encantada, y que en mi castillo hallarán siempre cordial acogida cuantos acudan á consultarla. Son muchos los que vienen hasta de muy lejanas tierras.

SEMPRONIO

¡También es humor emprender un viaje para saber una cosa así! Además, si el viaje es largo, ¡pobrecitas mujeres! Alguna habrá que al partir su marido no daría lugar á que se vertiera una sola gota de la copita, y al cabo del viaje como si hubiera terremoto. Creedlo, estoy de parte de las mujeres. Esa copa sólo puede causar perturbaciones en las familias.

LEONATO

Si fuerais casado no pensaríais así; agradeceríais á esa copa la verdad, que os libraría del

ridículo papel de marido engañado. ¿Habéis visto nada más ridículo que un marido engañado?

SEMPRONIO

Eso es como todo. Hay algunos que lo sobrellevan con tanta dignidad, con tanta grandeza, que no pueden por menos de inspirar respeto...

LEONATO

Pero, ¿no veis?... ¡Qué atrevimiento! ¡Dadme la ballesta, pronto! Las mataré como á bestias dañinas.

SEMPRONIO

¿Qué os alarma?

LEONATO

¿Mujeres en el bosque? ¿Cómo se han descuidado los guardias? Haré un escarmiento.

SEMPRONIO

Ya se alejan. Serán forasteras. Habrán entrado en el bosque á coger madroños ó hierbas medicinales. Las mujeres de estos contornos ya saben que les está prohibida la entrada.

LEONATO

¿Una mujer aquí? ¡Por mí no! Yo las odio tanto que no las temo; pero mi hijo, mi Leonelo, el único amor de mi vida..., no verá una mujer hasta que llegue á edad en que la razón pueda defenderle de sus asechanzas. Hasta entonces no saldrá de aquí ni sabrá de mujer alguna.

SEMPRONIO

¡Ah, señor Leonato! En eso sí que no dais pruebas de cordura. Y así tengáis apartado del mundo á vuestro hijo hasta los cincuenta años, á esa edad empezará á vivir, y á esa edad hará las locuras que le hayáis evitado ahora.

LEONATO

Siempre será esos años de ventaja. Si yo no hubiera hecho locuras hasta los cincuenta años...

SEMPRONIO

Empezaríais por no tener ese hijo que tanto os preocupa.

LEONATO

¿Y qué me decís? ¿Adelanta mucho en sus estudios?

SEMPRONIO

¡Oh! El Griego, el Latín, la Retórica, la Filosofía moral, la Historia, no tienen secretos para él. Vuestro hijo será un sabio, tan sabio como yo, sin modestia.

LEONATO

¿Supongo que seguiréis en todo mis instrucciones?

SEMPRONIO

Estoy seguro de corresponder á vuestra confianza. Cuantas lecturas pongo en sus manos, son todas para abominar del amor y de las mujeres. Vuestro hijo á estas horas cree que la mujer es

una fiera espantable, un monstruo, la bestia del Apocalipsis...

LEONATO

Es mujer y eso basta. Mientras yo viva, mi hijo no será víctima de sus engaños. Os dejo con vuestra lectura. Me retiro á descansar; la caza me ha fatigado. ¿Y Leonelo?

SEMPRONIO

Duerme también su siestecilla. Después pasearemos por el bosque departiendo siempre de la maldad de ese sexo traidor, abominable...

LEONATO

Hasta muy pronto, maese Sempronio.

SEMPRONIO

Hasta muy pronto, noble señor Leonato. *(Leonato se va por la izquierda.)*

ESCENA III

MAESE SEMPRONIO

¡Si supiera...! ¡Suerte fiera nos espera!
De una almena del castillo
me colgara si supiera...
¡Todo por ese chiquillo!
¡Pero si al chico disgusto
y me pone el ceño adusto,
pronto, con cualquier pretexto
me haría dejar mi puesto...!

¡Y estoy aquí tan á gusto...!
¡Tiene sus dificultades
servir á dos voluntades!
Y aunque á servirles me aplico,
¿cómo no ponerme á malas
con el viejo ó con el chico?
Cuando el uno ya hincó el pico,
despliega el otro las alas.
El viejo al muchacho encierra,
puertas y ventanas cierra,
y es inútil precaución,
que no defienden cerrojos
las ventanas de los ojos,
las puertas del corazón.

ESCENA IV

MAESE SEMPRONIO y DOROTEA, por la derecha.

DOROTEA

¡Maese Sempronio! ¡Maese Sempronio!

SEMPRONIO

¡Desdichada! ¿Cómo os atrevéis á llegar hasta aquí? ¡Si el señor Leonato se entera...!

DOROTEA

No me da cuidado el señor Leonato. Deseando estoy echármele á la cara. Yo, y todas las mujeres del lugar, y si supieran las mañas de este brujo maldito, todas las mujeres del mundo. ¡Habráse visto! No hay un matrimonio bien avenido desde que el señor Leonato dió en embaucar á

los maridos con su copa. Porque él haya sido desgraciado en sus dos matrimonios... Sus mujeres tendrían mucha razón para pegársela. Os aseguro que si yo fuera su mujer...

SEMPRONIO

No os costaría mucho trabajo, rozagante Dorotea, porque la verdad es que sois apetitosa. ¿Vuestro marido no ha bebido nunca en la copa encantada?

DOROTEA

¡Cómo! ¿Mi Bartolo? ¡Pobre de él el día que se atreviese! ¡Le sacaría los ojos!

SEMPRONIO

¿Tanto miedo tenéis?

DOROTEA

Por mí... por mí puede beber cuando quiera; ¡pero sólo la falta de confianza...! Vamos, creed que entonces sería cuando me decidiera á engañarle.

SEMPRONIO

¿Sí? Pues haré lo posible por animarle.

DOROTEA

Dejaos de burlas. El asunto que me trae es muy serio.

SEMPRONIO

¿Algún mensaje de Celia?

DOROTEA

¡Ay! ¡Esa criatura me vuelve loca! No vive ni sosiega porque hace dos días no ve á su Leonelo.

SEMPRONIO

Su Leonelo no puede burlar la vigilancia de su padre... ni la mía.

DOROTEA

¿La vuestra?

SEMPRONIO

¿No veis que no puedo darme por entendido de sus escapatorias? ¡Pobre de mí si su padre supiera que yo protegía esos amores!

DOROTEA

¿Pero el señor Leonato pensaba que su hijo no había de enamorarse nunca? Lástima que el muchacho sea tan lindo, tan bueno. De ser otro, me alegraría de que alguna hembra le engañara. Por fortuna para él, mi Celia es un ángel del cielo, no porque yo la haya criado... pero muchacha más inocente... Los niños recién nacidos tienen más malicia.

SEMPRONIO

Pues tanta inocencia es peligrosa. Y vos, Dorotea, en calidad de mujer experimentada, debéis advertirle lo peligrosos que son esos paseos por el bosque, porque aunque Leonelo es también otro recién nacido... Pueden ser ya demasiados niños...

DOROTEA

¿Creéis que yo los pierdo nunca de vista?

SEMPRONIO

¡Ay! ¡Quién pudiera acompañaros en esa vigilancia! Porque también sola debéis aburriros.

DOROTEA

Llevo siempre mi cestito de costura.

SEMPRONIO

El cestito no es mala precaución.

DOROTEA

Á todo esto, ¿cuándo podrá Leonelo venir hasta los linderos del bosque?

SEMPRONIO

¡Quién sabe! Su padre ha vuelto hoy de caza y por unos días le tendremos aquí hecho un argos. No es posible escurrirse.

DOROTEA

Pues mi Celia está tan desatinada, que si él no va á verla, está decidida á venir hasta aquí, suceda lo que suceda.

SEMPRONIO

¡La niña inocente! Pues aconsejadla que se reprima, porque tendríamos un grave disgusto.

DOROTEA

¡Cualquiera contiene á una joven enamorada!

SEMPRONIO

Emplead toda vuestra autoridad.

DOROTEA

¡Ay! Yo para cosas de amor no tengo ninguna. Cuando yo era joven y me enamoraba era capaz de todo. Yo no comprendo que el amor se detenga por nada.

SEMPRONIO

Entonces, si yo os dijera que os amaba...

DOROTEA

¿Qué decís?

SEMPRONIO

(Abrazándola.) Que os amo y que no me contengo.

DOROTEA

Cómo os aprovecháis de que no está aquí mi marido.

SEMPRONIO

(Volviendo á abrazarla.) ¡Naturalmente!

DOROTEA

Y de que no puedo gritar por estar en este sitio.

SEMPRONIO

(Ídem.) ¡Naturalmente!

DOROTEA

¡Y de que sois el ayo de Leonelo!

SEMPRONIO

(Ídem.) ¡El ayo!...

ESCENA V

DICHOS y LEONELO, por la izquierda.

SEMPRONIO

¡Ah! ¡Qué susto me habéis dado! Creí que era vuestro padre.

LEONELO

¡Dorotea! ¿Qué hay? ¿Y mi Celia? ¿Vienes de su parte? ¿Traes carta suya? ¿Siente mi ausencia? ¿Te habla de mí?...

DOROTEA

¡Lo mismito, lo mismito que ella! ¡Un tropel de preguntas! ¿Le viste? ¿Qué te dijo? ¿Traes carta? ¿Vendrá pronto?... ¡Ay, amor, amor!...

LEONELO

Contesta pronto.

DOROTEA

Celia muere de impaciencia por veros; si esta tarde no acudís al sitio de costumbre, no respondo de que ella no se presente aquí.

LEONELO

No, yo iré; iré en seguida. Corre; dile que me espere...

DOROTEA

Voy, voy... ¿En seguida decís?

LEONELO

En seguida. Mi padre duerme. Corre, ó llegaré antes que tú...

DOROTEA

Voy, voy... Maese Sempronio, no olvidaré nunca vuestra indigna conducta.

SEMPRONIO

¿Eh?...

DOROTEA

¡Si no llega á tiempo Leonelo, quién sabe de lo que hubierais sido capaz! ¡Sois muy temible, maese Sempronio! *(Vase por la derecha.)*

ESCENA VI

LEONELO y MAESE SEMPRONIO

LEONELO

¿Qué te decía Dorotea?

SEMPRONIO

¡Son asuntos particulares nuestros! ¡Ay, qué frescota y qué alimenticia es esta Dorotea! Digna nodriza de vuestra hermosa Celia. ¡Celestial nodriza como la cabra Amaltea!

LEONELO

Dejaos ahora de mitologías. Ved si mi padre duerme, apostad quien pueda avisarnos cuando

despierte, y corramos adonde mi Celia me espera; mi vida, mi alma...

SEMPRONIO

¡Eh, poco á poco! La bondad tiene su límite. Yo no puedo hacer traición á vuestro padre, que me paga, que me regala, que me considera por atender á vuestra educación, á vuestra guarda. Hoy no saldréis de aquí; os encerraréis y estudiaréis...

LEONELO

¿Qué decís? ¡Miserable! ¿No me dejáis? Pues seré yo quien lo descubra todo á mi padre; le diré que vuestra ha sido la culpa; le diré...

SEMPRONIO

No le diréis nada, porque sabéis que si á mí me costaría salir de esta casa y perder ésta que sería sosegada prebenda, sin vuestros caprichos de mozuelo, á vos os costaría una encerrona de muchos años. Conque, atreveos á decir una palabra... En cambio, si yo le advirtiera...

LEONELO

No, no haréis eso. Sois muy bueno, sabéis lo que es amor..., habéis sido joven... Además, sabéis que algún día concluirá esta sujeción y tiranía de mi padre, y entonces yo podré colmaros de regalos, seréis feliz, poderoso...

SEMPRONIO

¡Ay, vuestro padre está cada día más fuerte, no le parte un rayo!

LEONELO

¿Qué decís? No deseo yo tampoco su muerte. Deseo ser yo el que llegue á una edad en que mi padre ya no pueda oprimirme de este modo. ¿Conque seréis bueno, maese Sempronio? ¿Me dejaréis en libertad? Una hora... unos instantes... yo volveré pronto... ¡Amor me dará sus alas!...

SEMPRONIO

No, el que os da alas soy yo...

LEONELO

Sois muy bueno, ¿verdad?

SEMPRONIO

¡Qué terrible colisión de deberes! ¡Mi lealtad, el deber!... ¡El cariño!... ¡El padre..., el hijo!... Pues bien, no...

LEONELO

¿Eh?

SEMPRONIO

¡No! ¡No saldréis de aquí! ¡Mi deber es antes que todo! Vuestro padre tiene mucha razón, y no es cosa de que vuestras chiquilladas nos pierdan á todos.

LEONELO

¿Qué decís?

SEMPRONIO

¡Se acabó! ¡Aquí conmigo, ó aviso á vuestro padre! Traed acá ese libro; á estudiar...

LEONELO

Está bien... ¡Mi Celia!... ¡Sois tan terco como mi padre! Yo me vengaré...

SEMPRONIO

¿Amenazas? (¡Pobrecillo! Pero no, no; su padre puede despertarse de un momento á otro...) ¡Á estudiar!

LEONELO

¡Pues no, no y no! *(Destrozando el libro.)* Ahí tenéis vuestro latín; ahí tenéis vuestro libro... Me tendréis aquí, pero no me haréis estudiar. ¡No, no y no!

SEMPRONIO

¡Pero Leonelo...!

Música.

LEONELO

¡No más latín, no más libros!
¡Quiero vivir, quiero amar!
No hay libro como unos ojos
donde aprenda el hombre
lo que en muchos libros no aprendió jamás.
Es el mundo un libro abierto
y todo en él me enseñó
que es vivir toda la ciencia
y la vida es el amor.
¡Ay quién me diera de amor las alas
para volar!

¡Donde está el amor mío, donde está mi alma,
quiero yo estar!
Pero aquí, prisionero,
sólo puedo llorar
sin amor y sin vida
¡mi libertad!

SEMPRONIO

No soy misógino, ni soy tiránico,
ni encuentro impúdico
vuestro amor cándido.
Mas vuestro padre os quiere incólume
y vuestro padre me causa pánico.
Yo admiro y siento todo lo erótico,
pero se trata de mi bucólica,
y es el estómago un receptáculo
que al más benévolo le hace ser rígido
y al más intrépido le hace ser cauto.

LEONELO

¡Ay quién me diera de amor las alas
para volar!
¡Donde está el pensamiento, donde está mi vida,
quiero yo estar!

ESCENA VII

DICHOS y CELIA

CELIA

(Dentro.) ¿Por el bosque sola
dónde va la niña?

Por el bosque adelante
busco mi vida.

LEONELO

¡Esa voz! ¡Es mi Celia!
¡Mi Celia! ¡Celia mía!

SEMPRONIO

¡Sabéis que la muchacha
es atrevida!
Buscando á su amante
sola por el bosque
sin miedo á los lobos
ni á los cazadores.

LEONELO

¿Dónde va mi Celia?
responde á mi voz.

CELIA

Sola por el bosque
buscando á mi amor.
(Entra Celia en traje de hombre.)

LEONELO

¡Mi Celia!

CELIA

¡Leonelo!

LEONELO

¡Tú en ese traje!

CELIA

Para venir á verte
fué fuerza disfrazarme.
Tu padre no consiente
por aquí faldas.
De este modo se burla
su vigilancia.

LEONELO

Y ahora puedo abrazarte.
¡Eres un hombre!

SEMPRONIO

¡Ya empezó por ponerse
los pantalones!

CELIA

¡No te acerques, que este traje
me hace estar más ruborosa!...
¡Qué vergüenza, qué vergüenza!...

SEMPRONIO

(¡Si no fuera vergonzosa...!)

LEONELO

No te escondas, no te alejes,
que sólo á tus ojos miro,
que me dicen que me quieres
y es muy grande tu cariño.

CELIA

Mirame sólo á la cara,
mírame sólo á los ojos,

que en ellos verás mi alma
y sabrás cómo te adoro.

SEMPRONIO

Todo rosas es la cara
y los ojos candelillas,
pero yo con disimulo
me atengo á las pantorrillas.

CELIA

Mírame, mírame,
pero más no te acerques.

LEONELO

Déjame, déjame,
que en mis brazos te estreche.

CELIA

¿Qué dirá, qué dirá
tu maestro, que mira?...

SEMPROPIO

Pues que es esa lección
la mejor aprendida.

LEONELO

Deja que así palpiten
en uno solo dos corazones.

CELIA

Suéltame, suéltame,
suéltame y no me enojes.

SEMPRONIO

Mírala, mírala, mírala y no la toques...

LEONELO

Cerca de mí, que por ti solo
vive y alienta el corazón,
por ti despierto á nueva vida,
por ti aprendí lo que es amor.

CELIA

Cerca de mí, para mí solo
vive y alienta tu corazón,
por mí despierta á nueva vida,
sabes por fin lo que es amor.

SEMPRONIO

Este muchacho no se acuerda
de que yo soy su preceptor;
ahora el discípulo es maestro
y me está dando una lección.

ESCENA VIII

DICHOS y el SEÑOR LEONATO por la izquierda.

Hablado.

SEMPRONIO

¡Vuestro padre! ¡Se cayó el castillo á cuestas!

LEONELO

¿Por qué? No lo creáis.

LEONATO

¡Leonelo! ¡Hijo mío!

LEONELO

¡Padre y señor!...

LEONATO

¿Qué es esto? ¿Quién es ese mozo?

LEONELO

¿No le conocéis? Es del lugar.

CELIA

Sí, señor; soy del lugar.

LEONELO

Á su padre sí le conocéis.

LEONATO

¿Á su padre? ¿Quién es su padre?

CELIA

Mi padre es Pedrillo el molinero, si no disponéis otra cosa, señor...

LEONATO

¿Yo?...

CELIA

Digo, porque como dicen que poseéis una copa que todo lo averigua...

LEONATO

¡Yo! No parece lerdo el mozo. ¿Y qué buscas aquí?

LEONELO

Pues veréis.

CELIA

Yo buscaba...

LEONELO

Buscaba acomodarse de paje en el castillo.

CELIA

(¿Qué dices?)

LEONELO

(¡Calla!) El mozo ha reñido con su padre, porque, ya veis, atrocidades de los padres. Hay padres tiranos que piensan que los hijos no han de tener más voluntad que la suya, que han de vivir como á los padres les acomoda, como si los hijos no tuvieran su alma, su vida, su corazón...

LEONATO

Bueno, bien; adelante. ¿Y por qué has reñido con tu padre?

CELIA

¿Yo?... Pues porque, como dice vuestro hijo, hay padres... hay padres que no merecen que se les respete, padres que quieren mandar en el corazón de los hijos, y en el corazón no se manda, y cuando un padre es tan... no sé cómo decir...

LEONELO

Dilo sin reparo; tan tirano, tan bárbaro, tan...

SEMPRONIO

(Bueno lo están poniendo.)

LEONATO

Bien, bien; adelante. ¿Pero qué es lo que tu padre quiere de ti? Veamos si todo eso está justificado.

LEONELO

¡Una cosa horrible!

CELIA

¡Sí, señor; horrible!

LEONELO

Quería...

CELIA

Quería...

LEONELO

¡Quería... casarle!

LEONATO

¡Ah!... entonces tienes razón. ¡Hiciste bien en desobedecerle, en huir de su lado! ¡Casarte!, ¡tan jovencillo!..., ¡tan inocente!... ¡Porque tu cara es de inocente! ¡Casarte!...

CELIA

Ya veis... ¡casarme!... Cuando á cada paso oye uno de los maridos que vienen á beber en la copa. Cuando se sabe uno lo que son las mujeres, esos animales dañinos, esa plaga del mundo, esa...

LEONATO

Di mujer; eso basta. ¿Y por qué quiere casarte tu padre?

CELIA

Por su interés, señor; porque la muchacha tiene unas tierras...

LEONATO

No hay tierras que valgan la libertad y el no padecer los engaños de esas pécoras, tarascas, harpías, demonios...

CELIA

Decid mujeres, señor; eso basta.

LEONATO

Nada, nada; hiciste muy bien, muchacho, y desde ahora estás bajo mi protección, y te tomo para el servicio de mi hijo.

CELIA

¿Eh?

LEONELO

¡Qué alegría!

SEMPRONIO

Sí que le servirá.

LEONATO

Será su paje de confianza.

LEONELO

Gracias, padre mío. No podríais darme mayor alegría. ¡Si vierais en el rato que habló aquí con nosotros qué viveza de ingenio y qué agrado en todas sus maneras mostró el muchacho!...

CELIA

El caso es, señor, que...

LEONATO

¿Qué, te arrepientes? ¿No quieres entrar á nuestro servicio?

LEONELO

Sí, sí; si no deseaba otra cosa. Sólo teme que su padre venga á buscarle, que le maltrate después.

LEONATO

¡Tu padre se librará muy bien de venir á importunarme! ¡Cómo! ¡Tiranizar la voluntad de su hijo! ¡Oprimirle de ese modo! ¡Ah, ya le diría yo lo que hace al caso! Leonelo, dispón que le vistan con la librea de nuestros pajes, que le atiendan bien, y que le preparen alojamiento cerca de tu estancia.

LEONELO

Lo más cerca posible.

CELIA

(¿Qué has hecho? No, no entraré en el castillo.)

LEONELO

(Nos perdemos todos si mi padre sospecha...)

LEONATO

¿Qué dice?

LEONELO

Nada, nada; que os está muy agradecido... Ya

oíste: soy tu señor, eres mi paje de confianza. Has de obedecerme en todo. Yo te aseguro que no hubieras podido encontrar dueño más cariñoso.

CELIA

Ni vos más leal servidor.

LEONATO

Si te portas bien has hecho tu suerte.

CELIA

Procuraré complaceros en todo. *(Vanse Leonelo y Celia por la izquierda.)*

SEMPRONIO

¡Ya lo creo que se portará! (¡Y se la lleva! ¡Los mocitos son de oro!) Engañaron al padre como á un bobalicón. Anda, anda con copas encantadas. Ya verás la magia... Pero yo no debo permitir... ¡Vigilaré!...

LEONATO

¿Dónde vais, maese Sempronio?

SEMPRONIO

Perdonad, pero vuestro hijo...

LEONATO

Dejad ahora á mi hijo; está encantado con su nuevo paje. Casi todos los servidores del castillo es gente vieja; la verdad es que el pobre Leonelo no tenía un solo servidor acomodado á su edad.

SEMPRONIO

Sí, sí...

LEONATO

Parece muy despierto el muchacho.

SEMPRONIO

Muy despierto...

LEONATO

Podéis darle lecciones juntamente con mi hijo; quiero que se instruya para que pueda ser más que paje.

SEMPRONIO

Se le instruirá, señor, se le instruirá; yo os aseguro que el mozo irá lejos...

LEONATO

¿Quién llega?

SEMPRONIO

Es Bartolo y gente con él.

ESCENA IX

DICHOS, BARTOLO, RINALDO y LUCAS, por la derecha.

BARTOLO

Con licencia, señor Leonato, y con toda humildad.

LEONATO

¿Qué te trae por aquí, amigo Bartolo?

BARTOLO

Pues veréis. Dos días hace que ando en busca de mi mujer, sin poder dar con ella.

LEONATO

¿Dorotea? ¡Por fin! Y eso que nunca quisiste beber en la copa. ¿Se ha escapado con algún otro?

BARTOLO

¡Ojalá! Que así me ahorraría de encontrarla más y de buscarla ahora. Pero no, que ella sigue siendo mi mujer, y mujer de su casa, sólo que nunca para en ella, y una vez es la vecina que está de parto, y otra es la comadre que enferma, y otra la cuñada que hila, y otra la prima que amasa, y á todo hay que atender y que acudir, menos á su marido. Y no cuento la misa, ni el sermón, ni el jubileo, ni la música aquí, ni el baile allá, que anteayer salió de casa, llevóse la llave, y esta es la hora que cuando ella vuelve yo ando á buscarla, y cuando yo vuelvo, ella torna á salir de nuevo. Me dijeron que por aquí la habían visto, que no sé por acá los quehaceres que tenga, y acá me encaminaba, y en el bosque hallé con estos nobles señores, que andaban perdidos y se dirigían á vuestro castillo. Son maridos en pena también, que vienen á saber de la copa su ventura. Yo me ofrecí á guiarlos hasta aquí, y á eso vine: si al paso doy con mi mujer, no será malo.

LEONATO

Por atender á esos nobles señores debiste empezar. Bien venidos á mi castillo.

RINALDO

Señor, yo soy veneciano, capitán de barco, y, como supondréis, más tiempo paso en el mar que en mi casa. Todos aseguran que mi mujer es virtuosa, pero yo no estaré tranquilo hasta saber la verdad por vuestra copa.

LEONATO

La sabréis, y quiera el Cielo no sea su verdad la inevitable suerte de todos los maridos. ¿Y vos?

LUCAS

Yo en cambio, señor, no me separo nunca de mi mujer, soy celoso como un turco, mi casa es una prisión, todo cerrojos, llaves y celosías; los criados que me sirven compréles en Turquía, con esto os digo bastante; mi casa no es visitada de nadie, mi mujer no sale sino conmigo, es vieja y fea, y con todo no estoy seguro.

LEONATO

¿Quién puede estarlo? De un árabe cuentan, padre de dos hijas, que desde el día en que nacieron las llevó siempre consigo en unas alforjas, sin separarse de ellas ni un momento, y así las llevó hasta que llegó el día de casarlas; y como le dijeran: «Tú sí que puedes responder de la virtud de tus hijas», respondió como sabio: «De la que llevé delante de mí estoy seguro; de

la que fué á mi espalda no respondo.» Yo mismo os traeré la copa, que hasta beber en ella no puedo daros albergue en mi castillo por la orden que profeso.

RINALDO

¿Qué orden, si podemos saberlo?

LEONATO

La de los maridos engañados. No me permite dar entrada más que á los que como yo lo sean.

LUCAS

¡Cómo! ¿Vos también?

LEONATO

Por dos veces, y pienso que por siete si siete veces probara fortuna. Excusad, nada tardo. *(Vase por la izquierda.)*

SEMPRONIO

¿Y dices, Bartolo, que tu mujer anda perdida y nada sabes de ella?

BARTOLO

Ni yo la buscaría si no se hubiera llevado la llave.

SEMPRONIO

¡Ay, Bartolo, yo creo que debías tú también beber en la copa!

BARTOLO

¿Yo? No en mis días. No soy tan necio como

estos otros y como el señor Leonato. Nunca entendí que á los maridos importe tanto que su mujer les engañe, siendo así que es la única falta que ellas han de ocultarle, y así ocultaran las demás, que son muchas y más molestas. La mujer que engaña á su marido procura, por lo regular, evitarle toda ocasión de queja, y más le atiende y le acaricia y le regala, para que no tenga tropiezo en qué reparar. ¿Y qué diré si á sus atenciones se unen las del amigo? ¿Hay cosa como llegar á casa y cuando se espera triste refrigerio, porque lo que se gana no da para más, encontrar una sabrosa perdiz en la mesa, ó un pernil bien curado y un vinillo añejo, que nada costó blanca, y las mujeres sólo saben esos milagros? En cambio, hay mujeres virtuosas que hallan el mejor pretexto en su virtud para ser insoportables y dar insoportable vida al marido. Ellas desbaratan la hacienda en moños y galas, ellas son entrometidas y enredadoras, y cuando vais á reprenderlas os darán en cara con un: ¿Y para esto sirve ser mujer honrada? ¿Y esto es en lo que se estima la virtud en el mundo? Mejor me estaría ser como otras, y entonces no hallarías que reprenderme... Yo ahora os digo que el ser engañado no quita salud ni apetito, ni salta ojo, ni quiebra pierna ni brazo; antes da salud y sosiego, y buen comer y buen dormir, que es de lo que se vive, porque es lo que se ve y se toca, que eso del honor nadie sabe á punto fijo dónde cae ni adónde para, y es mal de locos quejarse de lo que no duele.

RINALDO

Tú hablas como villano.

LUCAS

Hablas como hombre ruin y mal nacido...

SEMPRONIO

Hablas como un sabio, Bartolo, y tu filosofía es la verdadera.

BARTOLO

Yo no sé si esto es filosofía; lo que sé es que las averiguaciones para el día del juicio, y Dios con todos... Y aquí tenéis ya al señor Leonato con la copa; de salud sirva.

ESCENA X

DICHOS y el SEÑOR LEONATO con la copa en la mano y UN PAJE con un ánfora.

Música.

LEONATO

Esta es la copa.

SEMPRONIO

La copa.

BARTOLO

Esta es la copa encantada.

LEONATO

Que á los maridos advierte
si su mujer les engaña.

BARTOLO

Esta es la copa, la copa,
pero yo no bebo en ella.
¿Qué adelanto con saber
lo que ya no se remedia?

TODOS

Esta es la copa, la copa,
esta es la copa encantada
que á los maridos advierte
si su mujer les engaña.

LEONATO

Llegad, bebed *(El paje escancia.)*
bebed sin temor.

RINALDO

Vos el primero.

LUCAS

Primero vos.

RINALDO

No lo consiento.

LUCAS

No lo permito.

BARTOLO

Beba cualquiera,
dejen cumplidos,
que en cuanto beban
serán lo mismo.

Recitado.

RINALDO

Yo el primero; sea...

SEMPRONIO

No os tiemble el pulso. *(Dándole la copa.)*

RINALDO

Estoy seguro de que no... *(Cogiendo la copa.)* A vuestra salud, señor.

BARTOLO

¡Buen provechito!

SEMPRONIO

No tiembla.

BARTOLO

Hay un poco de hormiguillo. ¡Ay, ay!

LEONATO

Se vertió el vino... *(Se le vierte el vino á Rinaldo al ir á beber, y el señor Leonato le recoge la copa.)*

Música.

TODOS

¡Ja, ja, ja, ja!

RINALDO

No os riáis.

TODOS

¡Ja, ja, ja, ja!
Ya lo sabéis.
¡Ja, ja, ja!

RINALDO

No os riáis.

BARTOLO

No os enojéis.
Porque la risa es natural
cuando esto suele suceder:
le duele el golpe al que se cae,
y le da risa al que lo ve.

TODOS

¡Ja, ja, ja, ja!

RINALDO

No os riáis.

TODOS

¡Ja, ja, ja, ja! *(El Paje escancia.)*
No os enojéis.
Porque la risa es natural
cuando esto suele suceder:

le duele el golpe al que se cae,
y le da risa al que lo ve.

Recitado.

LUCAS

Veamos yo. No voy muy confiado.

BARTOLO

¡De ahí no habéis de pasar! ¡Ánimo! *(Cogiendo la copa de manos del señor Leonato.)*

LUCAS

Me tiembla el pulso.

BARTOLO

¡Uy, cómo le tiembla!

SEMPRONIO

Bien va... *(Se le cae todo el vino á Lucas al ir á beber.)*

LEONATO

No quedó una gota.

LUCAS

Tiemblo de ira...

Música.

TODOS

¡Ja, ja, ja, ja!

LUCAS

¡Ya somos dos!

TODOS

¡Ja, ja, ja, ja!
Ya lo sabéis.

LUCAS

¡Ya somos dos!

TODOS

¡Ja, ja, ja, ja!

LEONATO

Ya somos cien...

TODOS

Porque la risa es natural
cuando esto suele suceder:
le duele el golpe al que se cae,
y le da risa al que lo ve.
¡Ja, ja, ja, ja!
¡Ya somos dos!
¡Ja, ja, ja, ja!
¡Ya somos cien!

(El señor Leonato entrega la copa al Paje.)

Recitado.

LEONATO

Y tú, Bartolo, ¿no te animas hoy? La verdad te espera.

SEMPRONIO

Vamos, Bartolo. ¿Quién te dice que no saldrás triunfante de la prueba? Dorotea es un dragón de virtud.

BARTOLO

Pues dejémosla en lo de dragón y no nos metamos en honduras con su virtud. Además, que puesto á saber verdades, otras preguntaría yo á la copa encantada.

SEMPRONIO

¿Otras verdades?

BARTOLO

¡Ya lo creo!

Música.

BARTOLO

Puesto á saber, saber quisiera
si es que se puede averiguar,
lo que hace falta en esta vida
para comer sin trabajar;
dónde hay mujeres que no bailen
en cuanto tocan á bailar,
y dónde hay hombres que no lloren
en cuanto tocan á casar.
Quien quiera ser feliz
no sea preguntón,
que hay cosas en el mundo
que ignorarlas es mejor.

TODOS

Quien quiera ser feliz
no sea preguntón,
que hay cosas que ignorarlas
siempre es lo mejor.

BARTOLO

Una devota vieja y fea
á San Antonio preguntó
si alguna vez se casaría
como era toda su ambición;
y el San Antonio milagroso
á la devota contestó:
«Ese milagro que me pides
no lo hace ya ni el mismo Dios.»

TODOS

Quien quiera ser feliz, etc., etc.
Quien quiera ser feliz, etc., etc.

ESCENA XI

DICHOS, DOROTEA, MUJERES y GUARDIAS
por la derecha.

Hablado.

LEONATO

¿Qué voces son ésas?

SEMPRONIO

¡Señor! Un tropel de mujeres que vienen hacia aquí y acometen á vuestros guardias con fiereza...

LEONATO

¡Por vida! ¡Mujeres aquí!

BARTOLO

¡Digo, y la mía al frente! Ya pareció. *(Entra un*

tropel de mujeres con palas, escobones, horquillas, etcétera, pegando y atropellando á los guardias.)

MUJERES

¡Muera! ¡muera! ¡Destrozad la copa! ¡Al castillo! ¡Al asalto!

SEMPRONIO

¿Eh? ¿Qué es esto?

LEONATO

¡Acuchilladlas si es preciso!

SEMPRONIO

¡Orden! ¡Juicio! ¡Mujeres: exponed vuestras quejas y el señor Leonato os escuchará!

UNAS

¡Sí, sí!...

OTRAS

¡No, no!...

BARTOLO

Ya no se entienden ellas mismas...

SEMPRONIO

Tú que eres marido de la capitana, válgate tu autoridad de marido...

BARTOLO

¿Con ésa?... No la conocéis... ¡Mujer, pero que has de andar siempre en lo que no te importa... que no ha de haber función sin tarasca, que...!

DOROTEA

(Pegándole.) Quítate de delante... ¡Bribón, desalmado, mal hombre!

BARTOLO

¡Pero mujer...!

DOROTEA

¿Conque tú también bebiste en la copa? Yo te daré copa.

BARTOLO

¡Ay, ay!... Te juro que no bebí.

DOROTEA

¿No bebiste?

BARTOLO

No; no bebí, ni beberé nunca... ¿Tanto te importa?

DOROTEA

¿Por mí? Nada hubieras sabido. Pero has hecho bien en no beber.

LEONATO

¿Podéis decirme lo que os trae así en tumulto, mujeres ó demonios?...

DOROTEA

Ved cómo nos trata...

TODAS

¡Matadle, matadle!...

DOROTEA

Callad un momento si podéis; yo hablaré sola.

LEONATO

Tú sola y ninguna más.

DOROTEA

Pues yo vengo aquí en busca de mi Celia, que es como hija mía, porque yo la crié...

BARTOLO

La criamos...

DOROTEA

¡Calla tú! Y su padre me la tiene confiada y Celia está en el castillo.

LEONATO

¿Qué dice esta loca? ¿Qué Celia es ésa, ni qué mujer está ni estará nunca en el castillo?...

DOROTEA

Sí, sí, está aquí, y tal vez la habéis hecho dar muerte á estas horas...

LEONATO

¡Por vida...! Llevaos á esta mujer, ó...

DOROTEA

Si habéis de oirme... No contentos con vuestro odio á las mujeres, con haber infernado todos los matrimonios, habéis hecho dar muerte á una niña inocente sólo porque vuestro hijo estaba enamorado de ella y vino al castillo por verle.

LEONATO

¿Pero qué dice? ¿Qué es esto, maese Sempronio?

MUJERES

Sí, sí; Celia está aquí

DOROTEA

Hemos encontrado en el bosque ropas suyas; Está aquí; la habéis asesinado.

TODAS

¡Venganza! ¡venganza! ¡Matadle!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, LEONELO y CELIA

LEONELO

No; nadie hubiera sido capaz de dar muerte á mi Celia. Celia está aquí; mi amor la trajo y mi amor la defiende contra mi padre mismo, si es preciso.

LEONATO

¡Eh! ¡El paje una mujer...! ¿Y tú...? ¡Y yo...! ¡Y vos, maese Sempronio!

DOROTEA

¡Tú, tú! Las muchachas de ahora sois muy atrevidas. ¿Qué dirá tu padre?

LEONATO

¿Veis aquella torre, maese Sempronio?

SEMPRONIO

Os juro que yo nada sabía.

LEONELO

No, padre mío; fuí yo, yo solo el culpable; mejor dicho, fuisteis vos; me habíais dicho siempre que la mujer era una fiera, un monstruo que sólo con mirar daba muerte, que todo era falsedad y traiciones, y la primera que vi me pareció tan distinta de vuestra pintura, que no creí que fuera mujer y me acerqué sin miedo, y su voz era melodiosa y sus ojos miraban con dulzura, y cuando supe que era una mujer... ya era tarde, la amaba con toda mi alma. Si me la hubierais pintado tal cual era, creedme que pronto la hubiera conocido y hubiera echado á correr desde luego... Ya veis cómo es vuestra la culpa de todo.

SEMPRONIO

Y ya veis cómo no hay copa encantada que valga cuando las mujeres se proponen engañarnos... ¿Qué haréis ahora?

DOROTEA

¿Qué ha de hacer? Darse de coscorrones por las paredes y dejar que su hijo se case, porque si no, el padre de Celia, y todo el lugar, y las mujeres las primeras...

BARTOLO

Y tú la primera...

LEONELO

No; mi padre es bueno y generoso, y porque amó mucho, pudo ver su corazón amargado y odiar el amor desde entonces...; pero con su hijo no puede ser tan cruel. Ved á mi Celia, señor. Decid si es posible que alguna vez pueda hacerme desgraciado.

LEONATO

Sí, sí; ¡buena está la niña! ¿No me ha engañado á mí?

LEONELO

Por amor mío.

LEONATO

Bien está; ama y padece como yo padecí...

MUJERES

¡Viva! ¡Vivan los novios!... ¡Viva!

LEONELO

Sólo os pido un favor; que me deis esa copa para arrojarla al foso del castillo, y que allí quede para siempre. Si algún día desconfiara del amor de mi Celia, no quiero saber la verdad.

SEMPRONIO

Tomad la copa y arrojadla vos mismo. *(Cogiendo la copa de manos del Paje y dándosela al señor Leonato.)*

MUJERES

¡Viva! ¡Viva!

BARTOLO

¡Cómo se alegran!... ¡Si estarían tranquilas!... ¡Esperad! *(Al señor Leonato.)*

SEMPRONIO

¿Qué vais á hacer?

BARTOLO

(Con la copa en la mano, que cogió el señor Leonato, y ofreciéndola al público.)

¿Nadie? Y hacéis muy bien. Esa es la mía;
creedlo, no hay mejor filosofía;
sea, pues, sepultada.
¡Mujeres! Respirad, no más espanto...
De la copa encantada
triunfa el amor, que es el mayor encanto.

(Música y telón.)

FIN DE LA ZARZUELA

LOS OJOS DE LOS MUERTOS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenado en el Teatro de la Princesa la noche del 7 de noviembre de 1907.

Á CARMEN COBEÑA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JUANA	CARMEN COBEÑA.
ISABEL	JOSEFA COBEÑA.
GABRIEL	FRANCISCO MORANO.
CARLOS	RICARDO CALVO.
RICARDO	LEOVIGILDO RUIZ TATAY.
UN CRIADO	CARLOS DRESSEL.

LOS OJOS DE LOS MUERTOS

ACTO PRIMERO

Sala en una casa de campo.

ESCENA PRIMERA

GABRIEL y DON RICARDO

GABRIEL

Pase usted, don Ricardo, pase usted. Esta es la casa; como usted ve, sin lujos, apenas comodidades, porque nunca pensamos vivir aquí tanto tiempo. Mi mujer aborrece el campo, los hijos en quien yo pensaba al adquirir esta finca no han venido ó tardan en venir, y sólo las tristes circunstancias de ahora han tenido fuerzas para traernos. Isabel estaba como loca; los médicos nos aconsejaron que saliéramos de Madrid lo más pronto posible. ¿Y dónde mejor? Al fin es nuestra casa.

RICARDO

Muy bien pensado. ¿Y cómo está Isabel? ¿Cómo está?

GABRIEL

Figúrese usted; el golpe ha sido terrible por lo inesperado y por lo inexplicable, por todo; yo

comprendo el estado de ánimo de la pobre Isabel; para mi mujer y para mí ha sido también un gran disgusto...; usted sabe cómo se quieren las dos hermanas; mi mujer ha sido la verdadera madre de Isabel; Hipólito también era para nosotros, aun antes de casarse con Isabel, un verdadero hermano.

RICARDO

Era un hombre adorable. Yo también le apreciaba mucho; todo el mundo. Nadie se explica lo sucedido; yo menos que nadie, y ahora menos que nunca.

GABRIEL

¿De modo que de las indagaciones de usted ahora, lo mismo que antes de las judiciales, nada se desprende todavía?

RICARDO

Nada absolutamente. Es raro el caso de un suicidio envuelto en tan impenetrable misterio; de ordinario, cuantos se matan sienten el deseo de confesar, para sincerarse si fueron sus culpas las que á tan violento extremo les llevaron, para culpar si de alguien fué la culpa. ¡Es tan humano que busque esa última expansión un espíritu, sin duda horriblemente atormentado, cuando la vida le fué insoportable!

GABRIEL

¿Y dice usted que nada más se ha encontrado en sus papeles? Ni una carta, ni un indicio...

RICARDO

Nada, nada; en cuestión de intereses, como se supuso primero, no hay que pensar.

GABRIEL

Yo nunca lo creí; era difícil, dada la intimidad de su vida con la nuestra, que Hipólito hubiera contraído deudas sin que llegara á nuestra noticia. Hipólito no era jugador... ¿Qué digo? Si no se separaba de mi mujer, de nosotros; si desde que se casó no ha dado un paso que no hayamos podido contarle.

RICARDO

Nada, nada; sus asuntos están en toda regla, en el mayor orden. Figúrese usted si existieran acreedores lo que hubieran tardado en aparecer. Tampoco hemos hallado cartas ni retratos que puedan hacer pensar en alguna pasión.

GABRIEL

Tampoco en eso podría pensarse. Hipólito se casó muy enamorado y sólo por amor. ¿Qué podía obligarle? Él era rico, independiente...

RICARDO

¿Disgustos conyugales...?

GABRIEL

¡Qué locura! Isabel é Hipólito, aparte los quince días de su viaje de boda, no se separaban de nosotros; disgustos que dan lugar á una tragedia no pueden ser tan insignificantes que no tras-

ciendan pronto por mucho que se trate de ocultarlos. Y de ser esa la causa, Isabel nos lo hubiera confesado todo al ocurrir la desgracia que ella es la primera en no explicarse; yo no puedo creer que Isabel finja con nosotros.

RICARDO

No lo creo; por delicada que fuera la causa, ustedes son sus hermanos.

GABRIEL

Hemos sido como padres. Juana es diez años mayor que Isabel; Isabel era una niña cuando perdieron á su madre; el segundo matrimonio de su padre unió á las dos hermanas tan estrechamente, que al casarse Juana conmigo, Isabel dejó su casa por la nuestra, y con nosotros ha vuelto ahora, quizás para no separarnos nunca, porque aunque Isabel es joven y el tiempo trae olvido para todas las penas..., no sé; pero temo que para Isabel no llegue tan pronto el olvido y que otro amor no llegue nunca.

RICARDO

Sí, para Isabel no ha terminado todo. El misterio que rodea el suicidio de Hipólito se presta á tantas suposiciones, no todas bien intencionadas...

GABRIEL

¿Usted ha oído algo en Madrid?

RICARDO

¡He oído tantas cosas! Usted suponga. Hay quien asegura que no fué suicidio.

GABRIEL

¿Cómo? ¿Asesinato entonces? ¡Qué infamia! ¡Hay pruebas evidentes!

RICARDO

Sí, de que Hipólito se mató; pero hay quien supone que se trataba de un duelo en esas condiciones; la suerte decidió, y fué Hipólito el muerto.

GABRIEL

¡Qué disparate! ¿Quién puede creer en esos duelos de novela? ¿Y por qué un duelo en esas condiciones? Para llegar á ese extremo con otro hombre, algún choque violento había de preceder, si no conocido de todos, de alguien que de seguro no guardaría el secreto... Ni es posible que existan amores ni odios tan ocultos...

RICARDO

Como todo es extraño en este caso, todo puede pensarse. Yo creo, como usted, que sólo á un rapto de locura puede atribuirse, tal vez al terror aprensivo de verse asaltado por la locura; es la única explicación lógica.

GABRIEL

La única.

RICARDO

¿Se sabe si en la familia de Hipólito existen precedentes?

GABRIEL

No, ninguno; ya se pensó en ello, ya nos informamos por todos los medios. Y ahora dice usted... ¿que entre sus papeles...?

RICARDO

Nada, nada; cartas de familia y de amigos... Sólo hay un dato, pero del que no puede esperarse mucho; su criado nos confesó que por curiosidad, al recoger el cesto de los papeles del despacho de su señorito, leía siempre los pedacitos de cartas allí arrojados... y que al día siguiente de la desgracia sólo halló unos pedazos de una carta...

GABRIEL

¿Y esa carta?

RICARDO

Estaba dirigida á Carlos, su amigo íntimo, residente en Londres.

GABRIEL

Sí; la correspondencia entre ellos era frecuente...

RICARDO

El criado guardaba los pedazos de carta... Nada contenían de particular... Pero el criado nos aseguró que aquel mismo día él había llevado al correo otra carta, dirigida también á la misma persona; carta que debía ser muy extensa, porque hubo necesidad de pagar exceso de franqueo.

GABRIEL

Siempre se escribían largamente sobre asuntos literarios; ya conocía usted la afición de Hipólito; Carlos le enviaba noticias y juicios sobre todo lo que se publicaba en Inglaterra; yo he leído muchas de sus cartas.

RICARDO

Sí, es de creer que ésta sea una de tantas... Sin embargo, el haber empezado otra antes de escribir esa larga carta el mismo día en que se suicidó... no es natural que su ánimo estuviera para escribir tan largamente de asuntos literarios en aquellos momentos...

GABRIEL

Sí, no es natural...

RICARDO

Pensándolo así, escribí á Carlos, que precisamente se hallaba ya camino de España y se detuvo unos días en París y no tardará en llegar á Madrid; dejé encargo de que le hablaran en mi nombre.

GABRIEL

Si él sabe algo, esté usted seguro de que se apresurará á decírnoslo.

RICARDO

Si no le han exigido el secreto.

GABRIEL

¿Usted cree...?

RICARDO

Ya lo dije; por no creer nada lo supongo todo.

GABRIEL

La coincidencia de venir á Madrid... ¿Dice usted que él no llegó á recibir su carta de usted?

RICARDO

No; ya estaba de viaje.

GABRIEL

Sí; es extraño... ¿Dejó usted encargo de que le contestaran aquí?

RICARDO

Lo más pronto posible.

GABRIEL

¡Confiar á un amigo lo que á nadie quiso decir! Grande es su amistad, pero no creo que sólo Carlos pueda saber lo que nadie sabe.

RICARDO

Él nos dirá, si no es que la obligación de guardar el secreto, tanto como á no revelarlo, le obliga á decir que lo ignora. ¿Isabel...?

GABRIEL

Pude conseguir que saliera con Juana á dar un paseo por el campo; no quise decir que llegaba usted hoy porque no hubiera descansado de impaciencia... ¡Esperaba tanto en usted!...

RICARDO

No había motivo. Todos juntos indagamos cuanto se pudo en los primeros momentos; poco podía ya esperarse... Sólo por apurarlo todo... Ustedes me dispensaron esa confianza...

GABRIEL

Era usted la persona de mayor autoridad para nosotros. Yo había dado los primeros pasos por natural interés; después, despierta la curiosidad, y con la curiosidad la maledicencia de todos, no convenía que fuera yo el que insistiera en descubrir nada. ¿Quién sabe si podía creerse que yo, más que en descubrir, tenía interés en ocultar?

RICARDO

No, amigo mío. Nadie puede creerlo.

GABRIEL

No por nada; sólo me refiero á la cuestión de intereses, siempre delicada. Isabel ha de vivir por ahora con nosotros; otras personas de la familia podían creer que yo intervenía demasiado en sus asuntos... ¿Dice usted que en Madrid se habla de la pobre Isabel? Ya lo supone ella; por eso es mayor su tristeza... ¿Usted sabe si eso es una infamia?

RICARDO

Oigo la voz de Juana. Vuelven de su paseo... Si no cree usted oportuno que todavía me presente á Isabel...

GABRIEL

¿Por qué? Su sentimiento será el mismo.

ESCENA II

DICHOS, ISABEL y JUANA

GABRIEL

Isabel... Mira á quién tenemos aquí.

RICARDO

¡Isabel!... ¡Hija mía!

ISABEL

¡Don Ricardo! ¿Cuándo llegó usted?... Sin avisarme... Yo le hubiera esperado.

RICARDO

Por evitarlo no quise avisar. ¿Cómo estás, hija mía? ¡Ah!... Juana... perdón... no te saludé.

JUANA

Siéntese usted... Supongo que Gabriel le habrá á usted dicho si quiere almorzar.

GABRIEL

Confieso mi desatención; nada le ofrecí.

RICARDO

Era inútil; almorcé en Madrid.

JUANA

Pero muy temprano... Tomará usted algo.

RICARDO

No, ya sabes cómo anda mi apetito; puedo esperar hasta vuestra hora de comer.

JUANA

Cómo usted quiera; su habitación ya estaba dispuesta.

GABRIEL

Sí; ya hice que llevaran allí su equipaje.

RICARDO

Isabel está impaciente por preguntarme...

ISABEL

No tengo que decirlo. Hable usted..., dígame usted todo.

RICARDO

Todo es bien poco... Nada...

ISABEL

¡Dios mío! ¡Nunca sabré entonces...! ¡Es horrible, horrible! ¡Querer á un hombre con toda el alma, creerme querida del mismo modo, creerme feliz y creer que merecía esa felicidad, y en un instante todo desaparece para siempre... Su vida y su cariño y la confianza de haber sido querida nunca y la seguridad de haber merecido serlo..., porque no se desaparece así, no se abandona así á quien nos quiere como yo le quería, sin una palabra de cariño ó de odio, de desesperación ó de remordimiento, pero algo... que sea

luz para mi conciencia, que no sabe si ha de perdonar ó he de perdonarme, porque dudo de mí misma y me vuelvo loca pensando si yo pude ser la causa... ¿Pero qué culpa pudo haber en mí? No la hallo; soy cruel conmigo, me atormento, no me basta con recordar todos mis actos, todas mis palabras, escudriño también en mi pensamiento... Pero no; ni con el pensamiento le ofendí nunca, y nada, nada hubo en mí que pudiera ser una tristeza en su vida... No, no fué por mí... ¿Por qué entonces? ¿Por qué? ¿Por qué? No habrá otra palabra, no habrá otro pensamiento en mí mientras viva... ¿Por qué? ¿Por qué? Su muerte se llevó la verdad, y la muerte sólo podrá contestarme.

JUANA

¡Isabel! ¡Isabel!

RICARDO

¡Hija mía!

GABRIEL

Siempre así... Esperaba en usted.

RICARDO

¿En mí? ¿Qué más podía yo averiguar?

GABRIEL

Escúchame, Isabel. Sólo sabemos que Hipólito, el mismo día de su muerte, escribió una larga carta á su amigo Carlos.

ISABEL

¡Ah! Al escribirle siempre me lo decía, y aquel

día no me dijo nada... Esa carta... ¿Carlos está en Londres?

GABRIEL

Pronto estará en Madrid.

ISABEL

¿Viene?

JUANA

¿Pero pensaba venir, ó viene porque ustedes le han llamado?

RICARDO

No, no; ya estaba de viaje cuando yo le escribí.

JUANA

¿Y ustedes saben que en esa carta que Hipólito escribió...?

GABRIEL

No, nada sabemos... Puede suponerse por las circunstancias en que fué escrita...; es un resquicio más por el que puede llegar alguna luz... Yo no espero nada tampoco... Pero Isabel desea saberlo todo.

ISABEL

Sí, sí; yo espero aún, yo espero siempre... No es posible ese silencio, ese misterio; alguien debe saber, alguien lo sabe, y yo debo saberlo, necesito saberlo, ó me volveré loca.

RICARDO

¿Y si Carlos sabe y debe callar?

ISABEL

¿Callar? ¿Por qué? No, no debe callar; mi dolor es por lo menos tan sagrado como la promesa que hayan podido exigirle... No es vano deseo de saber...; yo lo perdono todo, aunque en mi corazón se revuelven desconfianzas, sospechas y celos..., porque en todo debo pensar y todo debo sospecharlo...; pero es que también hay quien duda de mí, es que se trata de mi honra... Vosotros lo sabéis, usted lo sabe... La calumnia no respetó mi dolor para llegar hasta á mí... Sé lo que dicen unos: que fué un duelo por mí, por mi causa... Otros, ¡qué sé yo!, quizás que se dió muerte por no matarme... Y eso no puede ser, no puede subsistir... Yo necesito la verdad para mí sola si sólo para mí puede ser, pero la verdad, la verdad... Teniéndola yo, de los demás no importa, que me calumnien, que me infamen... Pero es que ahora soy yo la primera en dudar de mí, y sin creer en los demás puede vivirse, pero sin creer en uno mismo no se vive.

RICARDO

¡Isabel! ¡Calma! Espera todavía. Yo comprendo tu afán por conocer la verdad, pero para nada te preocupes de lo que puede decirse. No hay persona honrada que pueda dar crédito á esas calumnias. La desgracia de Hipólito sólo tiene su explicación en un rapto de locura que acaso venía preparándose y que nadie pudo advertir. ¿Qué otra causa? Un hombre dichoso, que se casa enamorado con una mujer que le adora, seguro

el porvenir, sin preocupaciones de negocios ni de intereses...

ISABEL

¿Y tendrá usted pronto centestación de Carlos?

RICARDO

Sí; dejé encargo urgente...

GABRIEL

Pero no hemos dejado descansar á don Ricardo desde que llegó...

RICARDO

Por mí, no; pero Isabel con los recuerdos inevitables... Conviene dejarla...

GABRIEL

Le enseñaré á usted su habitación. ¿Vamos?

RICARDO

Cuando usted guste. Hasta más tarde, Isabelita. Hasta luego, Juana. *(Salen Gabriel y don Ricardo.)*

ESCENA III

ISABEL y JUANA

ISABEL

¿Es posible, Juana, es posible? No saber nada, no encontrar nada; no me atrevo á creer que me engañan, que la verdad es horrible y todos se conjuran para ocultármela.

JUANA

¡Qué idea! ¿Qué importaba ya la verdad fuera la que fuera?

ISABEL

Sí, dices bien. ¿Qué verdad podía ser más horrible que la verdad de haberle perdido para siempre de este modo? Tú, hermana mía, madrecita mía, no podrás ser tan cruel como los demás cuando todos lo fueran; tú no lo ocultarías. ¿Verdad que no?

JUANA

¿Lo dudas?

ISABEL

No, de ti no. Pero acaso también de ti la ocultan porque saben que tú me lo dirías. Don Ricardo sabe algo, Gabriel también, y alguien más; lo saben, lo saben...

JUANA

No, Isabel. ¿Qué interés podia haber en ocultarte la verdad? ¿No has pensado ya en todo? ¿No lo has aceptado ya todo? Y si hubiera que perdonar, ¿no lo has perdonado ya todo?

ISABEL

Sí; perdonar sí, con toda mi alma.

JUANA

Y á mí, ¿me perdonas también?

ISABEL

Á ti... ¿por qué?

JUANA

Porque entre tantos días tristes, hoy ha sido más triste que todos y algo fué por mí...

ISABEL

No; tus alegrías nunca pueden ser tristezas para mí; esta de ahora pudo serlo un momento, porque ya sabes cómo era mi ilusión y la suya..., cómo era la vuestra... ¡Un hijo, un hijo! ¿Sabe ya Gabriel...?

JUANA

No; temí también su alegría. En los hombres la alegría es más egoísta.

ISABEL

¡Es una alegría tan natural!... Oye... Quisiera pedirte... si fuera niño... *(Pausa.)*

JUANA

¿Su nombre?

ISABEL

¿Eres supersticiosa? ¿Temes que sea nombre de desgracia?

JUANA

No. ¿Pero no será recordarte siempre...?

ISABEL

¿Y tú crees que nunca podré olvidar?

JUANA

Es natural que ahora te parezca imposible; pero

eres muy joven, la vida te debe una compensación.

ISABEL

La única posible era ésa...

JUANA

¿Cuál?

ISABEL

Vuestro hijo, tu hijo, será mío también; como tú fuiste mi madre, yo lo seré suya; esa será mi vida... Gabriel... ¿No le dirás...?

JUANA

No, Isabel, todavía no...

ISABEL

¿Por qué no? ¡Es tan bueno conmigo! ¿Me permites que sea yo quien le anticipe alegría tan grande?

JUANA

¿Tú?... Si tú quieres...

ESCENA IV

ISABEL, JUANA y GABRIEL

GABRIEL

Isabel, tengo que darte una noticia.

ISABEL

Y yo otra y una alegría muy grande...

GABRIEL

¿Una alegría? Dime tú primero.

ISABEL

No, primero mis tristezas, que han entristecido vuestra casa, pero para vosotros serán pasajeras; yo haré que sólo queden para mí... Dime tú. ¿Qué sucede?

GABRIEL

Carlos está aquí.

ISABEL

¿Aquí? ¿Ha venido? Entonces algo tiene que decirnos. ¿Le viste?

GABRIEL

Todavía no. Viene en automóvil desde Madrid y se detuvo en la fonda de la estación para almorzar, sin duda temiendo molestarnos. Desde allí envió aviso y no tardará...

ISABEL

Sí, no hay duda, él lo sabe, lo sabe todo cuando viene en persona y tan pronto. Para mí puede haber también alguna alegría. ¡Dios mío! ¡Saber, saber la verdad por fin! El misterio era una doble muerte, no era sólo la eterna separación de ahora, era como si nunca hubiéramos existido el uno para el otro, era pensar que todo fué mentira, su cariño, mi confianza, la suya... Tantas esperanzas, tantas ilusiones... Era como una burla cruel, como una mentira inexplicable, era como no haber vivido.

JUANA

¡Isabel! No te exaltes... No confíes aún...

ISABEL

Sí, ahora sí, ahora es la verdad.

GABRIEL

¿Y tu noticia? ¿Olvidaste ya...?

ISABEL

Esa sí es toda alegría para todos; la única que podía serlo para mí también. ¿No sabes? Lo esperabas siempre y la tristeza de todos no te dejó advertirlo.

GABRIEL

¿Qué dices?

ISABEL

¡Qué alegría! ¿Verdad? Ya ese jardín se llenará de risas como de flores y de pájaros... Ya tendremos un ángel que pida por nosotros.

GABRIEL

¿Es verdad lo que dices? ¡Juana mía..., nunca tan mía como ahora!

ISABEL

¡Un hijo!

(Juana advierte á Gabriel la tristeza de Isabel.)

GABRIEL

¡Isabel, perdona!

ISABEL

No; á mí vosotros. No respetéis hoy mis tristezas; alegraos, alegraos con toda vuestra alma, como si su alegría llenara ya esta casa de risas y de voces.

GABRIEL

¡Pobre Isabel, tan buena! ¿Por qué no habías de ser también dichosa? *(Entra un criado y da una tarjeta á Gabriel.)* Carlos... *(Pausa.)* Que pase este caballero. *(Sale el criado.)*

ISABEL

Un favor, Gabriel, te lo suplico; quiero yo ser la primera que hable con él y yo sola...

GABRIEL

¿Es que desconfías de nosotros?

ISABEL

De vosotros no; de él; no quiero que entre mi angustia por saber y su promesa de callar, si esa promesa existe, no se interponga ninguna reflexión; quiero que me oiga á mí sola, que comprenda que esa promesa no puede tener valor, porque yo tengo derecho á saber todo lo que él sepa... Dejadme, os lo suplico, por el hijo vuestro.

GABRIEL

Isabel, no; yo te acompaño. Te prometo que no diré nada; escucharé en silencio.

ISABEL

No; dejadme, dejadme.

GABRIEL

Sea como quieras; permíteme al menos saludar á Carlos.

ESCENA V

DICHOS y CARLOS

GABRIEL

¡Carlos!

CARLOS

¡Gabriel!... Señora... Isabel...

GABRIEL

¿Recibiste una carta?...

CARLOS

Sí, pero siempre pensé venir; deseaba ver á todos ustedes, necesitaba convencerme de que él no está aquí todavía, porque me parece un mal sueño...

ISABEL

¡Un horrible sueño!... ¿Verdad?

CARLOS

No puedo creerlo, á pesar de su carta.

ISABEL

Su carta... ¿le decía á usted...?

CARLOS

Sí; no puedo negarlo. El telegrama que recibi-

rían ustedes preguntando si algo ocurría, les haría á ustedes comprender que yo sabía algo...

ISABEL

¿Un telegrama? ¿Dice usted...?

CARLOS

Sí, apenas recibí su carta...

ISABEL

¡Gabriel, yo no he visto ese telegrama!...

GABRIEL

Tampoco yo, te lo aseguro...

ISABEL

Es extraño...

JUANA

Se recibieron tantos y tantas cartas... Si en efecto se recibió, pronto lo encontraremos; todos se guadaron para contestar cuando pasara tiempo...

ISABEL

Si yo hubiera sabido antes que usted...

CARLOS

Por eso me apresuré á venir...

GABRIEL

Y te dejamos con Isabel. Acaso á ella sola debes decir...

CARLOS

Á ella como á todos...

GABRIEL

Es su deseo. Perdona.

CARLOS

No, no me dejes solo con Isabel.

GABRIEL

Es preciso. Isabel podría desconfiar de mi..., y el no haber ese telegrama...

JUANA

Si se recibió estará entre todos... Vamos á verlo.

GABRIEL

Sí, sí; á mí también me extraña que nadie se fijara en él... Hasta ahora, Carlos... *(Salen Juana y Gabriel.)*

ESCENA VI

ISABEL y CARLOS

ISABEL

Siéntese usted, Carlos, y ante todo perdóneme usted cualesquiera que sean mis palabras, mi actitud con usted; usted comprenda lo que por mí debe haber pasado; no era sólo el dolor, era esta ansiedad horrible de no saber... ¡Cuánto le agradezco que se haya apresurado á venir! ¡Cuánto le

agradeceré siempre la amistad que profesaba á Hipólito! ¡Por usted solo, por usted puedo saber al fin...!

CARLOS

¡Isabel!

ISABEL

¡Esa carta!... ¡Yo quiero leerla, necesito leerla! La trajo usted sin duda... No tema usted, Carlos; estoy tranquila, acepto la verdad cualquiera que sea, aunque fuera una traición de todo su cariño, aunque fuera el crimen más espantoso, la mayor ofensa para mí... Esa carta, esa carta...

CARLOS

Perdone usted, Isabel. Esa carta no existe; debí romperla.

ISABEL

¡No, no!... ¡No me hará usted creer que una carta así, la última carta del amigo más querido escrita antes de morir, que es usted á la única persona á quien confía su secreto, puede romperse como una carta sin importancia, una de tantas cartas!... Aunque lo jure usted no lo creo, Carlos...

CARLOS

¿Y si fué su voluntad, su última súplica? ¿No debía ser sagrada para mí?

ISABEL

¿Su voluntad? Pues si esa fué su voluntad, usted no puede respetarla; no se trata sólo de su

voluntad, se trata de mí; si nadie supiera, yo me resignaría, pero así no; yo tengo derecho á saber lo que otra persona en el mundo pueda saber, más derecho que nadie, sea quien sea. ¿Respetaría usted su voluntad si hubiera sido que viniera usted á matarme ó á insultar mi dolor con crueles injurias?... Pues esa es la voluntad que usted cumple y eso es su silencio de usted; peor que darme muerte, insultarme, insultarme, sí; tanto como decirme: tú eras para él menos que yo, yo sé lo que no sabrás nunca, su vida fué más mía que tuya, en mi poder está todo el secreto de su vida, de tu honra quizás, ¿porque sé yo acaso si él dudaba de mí? Ya lo oye usted, se trata de mi honra; quiero saber, necesito saber, y si calla usted, su silencio es un insulto, es complicidad en un crimen, porque más criminal que darme muerte es condenarme así á enloquecer, á dudar de todos y á que todos duden de mí...

CARLOS

Nada puede ofenderme. Es tan justa la rebeldía contra el dolor no merecido... Pero es inútil atormentarnos, Isabel; usted á mí con sus súplicas, súplica es todo para mí, hasta sus recriminaciones; yo á usted con mi silencio... Yo sólo se, sólo debo saber que hay silencios sagrados como la misma muerte, que es el gran silencio y es el gran misterio, y todos debemos respetarlos; sólo debo decir á usted, porque toda su vida y su muerte fué para decirlo, que nunca, nunca habrá mujer más adorada de hombre alguno como lo fué usted de Hipólito. *(Isabel rompe á llorar.)* Que

en todas sus cartas, en la última sobre todo, era como una oración de toda su alma, oración á una santa que estaba sobre todas las cosas de la tierra, muy lejos, para que nadie pudiera mancharla... Dude usted de todo, pero no dude de aquel cariño inmenso; llore usted siempre, pero nunca con remordimiento, porque en usted no pudo haber culpa ni puede haber remordimiento, ni el de no haber perdonado...; pero fué él el que no quiso perdonarse.

ISABEL

¡Perdonar, perdonar! ¿Era yo quien había de perdonar? ¡Y creía en mí y adoraba en mí! ¿Y no merecí la verdad? ¡Perdonarle si había que perdonar... todo, todo!... ¡Dios lo sabe, él lo sabrá también!... ¡Con toda mi alma! ¿Pero qué había yo de perdonar? ¡Sólo usted lo sabe!

CARLOS

No, Isabel; nada sé, ya lo dije, ya dije cuanto podía decir.

ISABEL

Pero no cuanto sabe usted.

CARLOS

Y por lo que usted más quiera, por su memoria, yo le pido á usted de rodillas, si es preciso, que nada más quiera usted saber, porque nada más diré nunca. Comprenda usted que no puede haber juramento más sagrado que el que hacemos por nuestra voluntad, y del que nadie puede pedirnos cuenta si faltamos á él.

ISABEL

Está bien, Carlos; está bien. ¿Cree usted que debe callar? ¿Lo creerá usted siempre?

CARLOS

Si algún día creyera que debía hablar... No, no; es ofender á usted, porque sólo por su honra de usted podía yo hablar, y de usted no puede dudar nadie.

ISABEL

Sí, Carlos, sí; se habla, se dice...

CARLOS

Esa gente nada me importa....

ISABEL

¿Sólo á usted?

CARLOS

Nada debe importar á usted. Suceda lo que suceda, esté usted segura de que si el silencio y la muerte son la palabra de Dios, la vida es su obra, y la vida habla siempre por los que callan y por los que mueren... Entretanto, crea usted de mí cuando dude usted de todos; algo del corazón de Hipólito hay en mi corazón; cuanto era su deber en la vida, es ahora mi deber...

ISABEL

Gracias, Carlos; gracias... *(Llamando.)* ¡Juana, Gabriel!

ESCENA VII

DICHOS, JUANA y GABRIEL

GABRIEL

¿Hablasteis?...

CARLOS

Sí.

JUANA

¿Estás más tranquila?

ISABEL

Sí. Os llamé para que atendáis á Carlos; yo no puedo más; estoy rendida...

JUANA

Sí, descansa...

GABRIEL

En efecto, pareció el telegrama... No podía haberse extraviado. ¿Quieres venir á tu habitación? Don Ricardo nos acompaña también; esperaba tu carta; se alegrará de verte.

CARLOS

Vamos... Isabel... Señora...

ISABEL

Otra vez gracias... *(Salen Carlos y Gabriel.)*

ESCENA VIII

ISABEL y JUANA

JUANA

¿Sabe?

ISABEL

Sí, él sí; yo sé, no debo saber...

JUANA

¿Entonces esa carta...?

ISABEL

Sin duda, en esa carta...

JUANA

¿Y no la viste?

ISABEL

La rompió; eso asegura.

JUANA

¿Ha jurado guardar el secreto?

ISABEL

Sí, lo ha jurado... Pero hablará...

JUANA

¡Isabel! ¿Qué pretendes?

ISABEL

¡Hablará, hablará! ¡Ay, no puedo más!...

JUANA

Descansa, descansa. ¿Quieres que te acompañe?

ISABEL

No; atiende á esos amigos... Dormiré.

JUANA

Dame un beso...

ISABEL

Muchos besos... Para ti, para nuestro hijo. *(Sale Isabel.)*

ESCENA IX

JUANA sola un momento; después CARLOS.

CARLOS

(Sorprendido.) ¡Ah!... usted.

JUANA

¿Quisiera usted evitar el verme?...

CARLOS

Al contrario; la buscaba á usted... ¿Isabel?...

JUANA

Se retiró á descansar. ¿Gabriel?...

CARLOS

Habla con don Ricardo...

JUANA

¿Esa carta, Carlos..., esa carta?... ¿Qué decía esa carta?... Todo, todo, ¿verdad? Usted sabe todo, lo supo usted siempre... Era su único amigo, su único confidente... Lo sé..., lo sé... ¿Y ahora...?

CARLOS

Ahora..., ¿y usted lo pregunta?

JUANA

Ya sé que por mí no... Leo en usted todo el horror, todo el desprecio que debo inspirarle... Por eso no le hablo á usted de mí; callará usted por ella, por su memoria, por mi hijo...

CARLOS

Por su hijo...

JUANA

Por su hijo, sí...; también sabe usted..., pues por su hijo... ¿Pero callará usted siempre?

CARLOS

¿Me cree usted capaz de una venganza tan cobarde? Sólo eso se conseguiría al hablar.

JUANA

Usted dice venganza, yo pensaba castigo, pero piense usted que ya es bastante mi castigo...

CARLOS

Yo no tengo derecho para juzgar á usted ni para castigarla.

JUANA

Pero Isabel le obligará á usted á hablar.

CARLOS

Sabe que he jurado callar.

JUANA

Mañana puede existir otro juramento.

CARLOS

¿Qué dice usted?...

JUANA

Mi corazón presiente... Lo veo, sí, lo veo... Yo sé que Hipólito confió en usted toda su vida y le confió todo... sus cariños, sus odios... Por eso me odiará usted siempre como él me odió al morir.

CARLOS

¡No, odio no!

JUANA

Sí, sí... odio, odio... Cariño sólo para Isabel... Por eso será de usted también ese cariño.

CARLOS

¿Qué piensa usted?

JUANA

Mi corazón de mujer no se engaña... Lo presiento, lo veo... Se amarán ustedes... y entonces será otro el juramento y hablará usted, hablará usted... Y ese día... ¡Usted piense lo que será de todos ese día!... ¡Silencio! *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

ISABEL, JUANA, CARLOS, GABRIEL y DON RICARDO. Carlos, Gabriel y don Ricardo toman café y fuman. Isabel toca el piano en una habitación contigua, pero visible al espectador. Juana, á su lado, vuelve la hoja del papel de música.

RICARDO

¡Admirable, Isabel! ¡Eres una artista!

ISABEL

Ya ve usted si hace tiempo que no ponía las manos en el piano.

JUANA

Era una lástima, pero no ha perdido nada; al contrario, yo encuentro que toca ahora mejor que antes. ¿No te parece, Gabriel?

GABRIEL

Sí, sí; hay más expresión, más sentimiento.

ISABEL

La tristeza no pasa en vano por las almas. Dicen que sólo puede ser artista el que ha padecido mucho. ¡Pobres artistas! ¿Ustedes creen que interpretar con acertada expresión una sonata de Beethoven puede compensar de haber sufrido tanto?

RICARDO

No hay que recordar tristezas pasadas.

ISABEL

Yo no puedo olvidarlas; sólo procuro no entristecer con ellas á los demás.

RICARDO

Tenéis aquí una casa preciosa, muy bien situada; el jardín es una delicia.

GABRIEL

Sí, ahora ya es otra cosa. Hicimos una gran obra en ella, está mejor distribuída... Como ahora venimos con frecuencia por el chico...

RICARDO

Aquí se os criará muy sano.

ISABEL

Está hermosísimo.

GABRIEL

Pero es no vivir, siempre pensando en él, consternados, apenas creemos que se constipa ó que le duele algo. Y los chicos dan tantos sustos...

CARLOS

Pues mejor cuidado que éste...

GABRIEL

Eso sí; son dos madres á desvelarse por él.

ISABEL

Es la única razón de mi vida. Sin él todo hubiera concluído para mí.

RICARDO

No digas eso; eres muy joven, Isabel.

ISABEL

¡Callen ustedes!... Sí; llora, llora. ¡Pobrecito mío! Voy á ver... *(Sale.)*

JUANA

¡Hijo mío! Ustedes perdonen. *(Sale.)*

ESCENA II

DICHOS, menos ISABEL y JUANA

GABRIEL

¿Lo ven ustedes? Siempre así...

RICARDO

Isabel le quiere tanto como su madre.

GABRIEL

Puede usted decirlo.

RICARDO

Vale mucho Isabel. *(Carlos se levanta y va hacia el fondo.)* ¡Lástima de muchacha, en lo mejor de su vida!... Oye, no quisiera pecar de malicioso, pero me ha parecido notar desde que llegué, sobre todo durante el almuerzo...

GABRIEL

No, no nos descubre usted nada; que Carlos está enamorado de Isabel...

RICARDO

No me atrevía á decirlo. ¿Conque es verdad?

GABRIEL

Vea usted, en cuanto hablamos de ella se hizo el distraído.

RICARDO

¿Y ella?...

GABRIEL

Nada dice, nada sabemos...

RICARDO

¿Y tú qué piensas?...

GABRIEL

Para mí sería una satisfacción; Carlos es un cumplido caballero.

RICARDO

De gran entendimiento... En posición desahogada, en la mejor edad, una figura agradable... Y

para Isabel sería muy conveniente. Por lo mismo que todo el mundo sabe que Carlos era el mejor amigo de Hipólito, al casarse con Isabel, era una seguridad de que Hipólito le habló siempre bien de ella. Nadie mejor que Carlos para saber lo que su amigo pensaba.

GABRIEL

Así es... Pero Isabel nada dice, y nosotros en cuestión tan delicada...

RICARDO

¿Y él? ¿Nada dice tampoco?

GABRIEL

Todavía no...

RICARDO

¿Y Juana?

GABRIEL

Á Juana no le es muy simpático... No sé por qué... Como quería tanto á Hipólito, puede decirse que ella fué quien casó á su hermana: porque Isabel, que tanto le quiso luego, cuando le conoció en nuestra casa no podía verle ni en pintura... Crea usted que muchas veces, después de lo sucedido, he pensado que hay un instinto del corazón que nos advierte siempre.

RICARDO

¿Pero tú crees que Hipólito no fué un buen marido?

GABRIEL

Por lo que sabemos de su vida, sí; por ese silencio de su muerte... ¿Quién sabe?

RICARDO

Alguien sabe.

GABRIEL

Alguien, sí; pero nunca hablará.

RICARDO

Enamorado de Isabel, si ella lo exige, si ese secreto suyo es bastante para borrar el recuerdo del muerto...

GABRIEL

Sí, cuando un hombre sé enamora...

RICARDO

Y he ahí también un factor de importancia para que Isabel le corresponda...

GABRIEL

¿Cuál?

RICARDO

La curiosidad: primer pecado de la mujer.

GABRIEL

De todos, don Ricardo; porque confiese usted que todos nos alegraríamos de que Isabel empleara toda la seducción femenina para hacerle por fin hablar.

RICARDO

El misterio es la gran atracción del espíritu. Esa sola atracción puede hacer que Isabel se enamore de Carlos.

GABRIEL

Y que nosotros seamos cómplices de su enamoramiento... Sería indigno... porque Carlos no merece esa conspiración por nuestra parte, ni por parte de Isabel un sentimiento sólo de curiosidad. ¡Carlos! ¡Carlos!

CARLOS

Perdona... estaba distraído...

GABRIEL

Ya lo veo; por eso te llamo.

CARLOS

¿Qué quieres?

GABRIEL

Nada, que no estés así, como preocupado ó aburrido. ¿Te aburres en mi casa?

CARLOS

Tiempo tenía de haberlo notado. Yo sí que puedo temer muchas veces ser yo quien os aburra con mis visitas...

GABRIEL

De eso hablábamos...

CARLOS

¿De mis visitas?

GABRIEL

De todo... De ti, de Isabel... ¿No sabes que hay dos cosas que no pueden estar ocultas?

CARLOS

Sí; el amor y el dinero. No hay tampoco por qué ocultarlos, cuando el dinero se ganó honradamente y el amor honradamente ha de ganarse.

GABRIEL

Porque así es, opinamos que ha llegado el momento de hablar.

CARLOS

¿Con Isabel? ¿Te ha dicho algo? ¿Sabe que yo...?

GABRIEL

¿Saber?... Supongo que sí; las mujeres en esas cosas adivinan antes que nosotros. Decir, no... nada me ha dicho, ni creo que á su hermana tampoco.

CARLOS

Ni yo me atreveré á hablar el primero.

GABRIEL

Pues es mucha pretensión esperar que ella se te declare.

CARLOS

Eso no; pero antes necesitaba saber...

GABRIEL

¿Que Isabel no te rechazaría? Eso sí; no estás en el caso de arriesgarte con una declaración sin

una seguridad. ¿Por qué no hablas con mi mujer? Nadie mejor puede conseguir que Isabel descubra su verdadero sentimiento sobre el particular

CARLOS

¿Con tu mujer, dices?

GABRIEL

¿Qué? ¿Temes no ser persona grata?

CARLOS

No lo temo, estoy seguro de ello.

GABRIEL

Pues nadie mejor que tú puede destruir esa prevención desfavorable que no subsistirá en cuanto Juana te conozca mejor, y que no puede tener más fundamento que el espíritu novelesco de las mujeres. Juana quería mucho á Hipólito, era su orgullo el cariño que Isabel le profesaba; ella encontraría muy poético en su hermana una fidelidad eterna, el culto del recuerdo. ¡Somos tan propensos á disponer á nuestro antojo del corazón de los demás!...

RICARDO

Pero Isabel no está en edad ni en circunstancias de renunciar al amor para siempre.

GABRIEL

El carácter de Isabel es muy equilibrado; no es una de esas enamoradas de la tristeza que creen parecer así más interesantes. No. Isabel sintió como debía sentir la desgracia de su mari-

do; le recordará siempre como debe recordarle, pero querrá á otro hombre y se casará con él, como debe casarse.

CARLOS

Pero si la desgracia de su primer matrimonio, con la ruina de tantas ilusiones, hizo que el corazón de Isabel desconfíe ya de cualquier otro cariño que vuelva á hablarle, como aquél, de alegría, de felicidad, de lo que habla todo cariño... Ese es mi temor; por eso callo y seré capaz de callar siempre.

GABRIEL

De ti sí que puede decirse que eres un enamorado del silencio. Callas por el amigo muerto y quieres callar por ti. Bien está que los muertos callen, pero los que viven y aman algo en la vida...

CARLOS

No hay herencia que no haga responsable al heredero de cuanto heredó.

GABRIEL

¿Y tú heredaste ese amor y ese silencio? ¿Cuál podrá más? El amor es más fuerte que la muerte. ¿No ha de serlo más que el silencio?

ESCENA III

DICHOS y JUANA

JUANA

Se ha dormido. Isabel no quiere dejarle.

GABRIEL

Pues qué, ¿está intranquilo?

JUANA

No. Pero el ama se empeña en tenerle en brazos, y en cuanto nos descuidamos... Á Isabel y á mí no nos gusta; es una mala costumbre.

GABRIEL

Don Ricardo y yo vamos á dar un paseo hasta el pueblo. Don Ricardo no lo conoce.

JUANA

No vale la pena.

GABRIEL

Por curiosidad. Carlos se queda con vosotras. Está cansado.

CARLOS

(Bajo.) ¡Traidor!

GABRIEL

No, amigo y muy leal. Habla con mi mujer. No temas. Hasta ahora entonces.

JUANA

Hasta ahora. *(Salen Gabriel y don Ricardo.)*

ESCENA IV

JUANA y CARLOS

JUANA

¿La entrevista estaba preparada? Y no con muchos rodeos, hay que confesarlo.

CARLOS

¡Tiene usted un corazón muy fiel!

JUANA

Para conocer el de los demás... ¡Así hubiera conocido el mío! Esa fué toda mi desgracia.

CARLOS

¿Sólo la de usted?

JUANA

Sí, la de otros también; pero unos ya descansan, otros ya olvidan... Yo no he olvidado.

CARLOS

Yo agradecería á usted que nada recordásemos.

JUANA

¿Es usted de los que olvidan?

CARLOS

No; sabe usted que no es posible. No he olvidado ni olvidaré nunca; pero no quiero que vea usted en mí una amenaza continua, que mi pre-

sencia sea un continuo sobresalto para usted, que lea usted en mí nunca una acusación...

JUANA

Eso ha de ser aunque usted no quiera. Es usted el único que sabe; pero sabe usted lo que podemos saber de toda culpa ajena..., de todo crimen, si usted quiere.

CARLOS

Nunca salieron de mis labios esas palabras.

JUANA

Por eso estarán más grabadas en su pensamiento. Culpa, sí, crimen, usted lo sabe; pero sólo sabe usted lo que sucedió... Para comprenderlo necesitaba usted, á más de su confesión, la mía; á más de saber lo que él pensó de mí, lo que yo sentía por él...

CARLOS

Sí, lo comprendo; podría anticiparme á su confesión: le quería usted con locura.

JUANA

No, no era locura; al contrario, era un cariño que no me impedía ver claro en mi corazón ni en mi conciencia; por eso era más horrible... Mi conciencia me decía á todas horas que no debía ser, que era una infamia engañar así al hombre más bueno, más leal, al hombre que, no si yo lo confesara todo, ni si usted se lo revelara, si su mismo amigo, el amigo de quien no dudó nunca, volviera de entre los muertos para confirmarlo,

aun no lo creería. ¡Mi corazón! Mi corazón me avisaba á cada instante que Hipólito era más joven que yo, que para mí llegaba la vejez anticipada por el sufrimiento, que á su alrededor eran otras mujeres con juventud, con hermosura, con virtud... mujeres que podían ser su mujer, la esposa, el cariño honrado... que iba á perderle, que le perdería... Y entonces, mi corazón se engañó, creí poder convertir mi cariño en algo más grande, más noble, que no fuera un tormento para mí y un obstáculo para él, pensé que podía sin dejar de quererle... quererle de otro modo... y le uní á la que había sido para mí como una hija, y estaba satisfecha, orgullosa del triunfo logrado sobre mí... Pero me había hecho traición, y una rabia de celos desesperados me enloquecía; hubiera sido capaz de todo por destruir lo que había hecho... Y entonces fué cuando... ¡me horroriza pensarlo! fué para bendecir ó para maldecir nuestro cariño... ¡Un hijo!... Y todo desapareció para mí: era él solo, él y nuestro hijo, y sólo pensé en huir, en huir los dos juntos, los dos solos... ó hablar, hablar para confesarlo todo y afrontar la muerte, que era el castigo menos doloroso; la muerte, que no fué para mí para que fuese mayor mi castigo...

CARLOS

¡Huir!... ¡Confesar!... Todo era lo mismo... Para ustedes, acaso la muerte; pero algo más horrible que la muerte, más cruel que un asesinato, para los que no tenían culpa; para Isabel, que entregó su corazón á un hombre con toda la fe que el

cariño de usted la inspiraba... Y Gabriel, Gabriel, que, como usted dice, si de entre los muertos volvieran á decirle la verdad, pensaría que esa verdad era su locura por no creer en ella... Sólo la muerte, que era la eterna separación; sólo el silencio, que es la eterna muerte, podían rescatar la culpa... Hipólito así lo comprendió, y con grandeza de alma supo rescatarla.

JUANA

Pero el silencio no es la verdad... Isabel no se resigna con el silencio... Ya nada dice, ya nada pregunta; pero es su único pensamiento siempre: saber, saber... Y con toda su alma va hacia usted, no porque haya olvidado, sino porque recuerda siempre...

CARLOS

¿Qué dice usted?

JUANA

Sí, sí; no es que le ama á usted; es que busca la verdad; es la atracción del misterio que usted sólo puede revelar..., del secreto que sólo usted sabe... y que dirá usted al fin...

CARLOS

Me juzga usted mal. Quiero á Isabel con toda mi alma; desde hace mucho tiempo, desde muy lejos, era para mí como la mujer ideal, con la que se sueña siempre, sin atreverse siquiera á esperarla nunca... Pero si para conseguir su cariño sólo existiera ese medio... ¡Para llegar á su corazón, destrozarlo!... No, Juana; si ese temor la

obliga á usted á influir con Isabel en contra mía... no hace usted bien, Juana, no hace usted bien; crea usted en mí; no vea usted en mí nunca un enemigo...

JUANA

Ni usted en mí, se lo aseguro. ¿Por qué? No es que tema nada de usted; al contrario: sé que cuanto más unidos, mayor será su interés en callar; si usted hablara, sería desatar un infierno sobre nosotros, y con nosotros estaba usted... Ya ve usted como le hablo con dura franqueza: no cuento con su generosidad, cuento con su interés... Pero es por Isabel por quien temo, porque debo temer, porque yo fuí culpable; y si entonces fué mi corazón el que se engañó, ahora temo que sea el suyo, que crea amarle á usted, y después sea para un tormento continuo, ella por saber, usted por callar, una lucha de todos los instantes; en el cariño sólo vería usted la seducción; en el enojo sólo vería usted la misma queja, el mismo reproche... Y eso es lo que temo; por ella, por usted... Porque mi corazón aprendió á mucha costa que cuando una vez nos engañamos á nosotros mismos, no hay camino para retroceder; ya toda nuestra vida se despeña entre mentiras y traiciones...

CARLOS

Es natural que hable usted así; porque usted debe dudar de todo... Pero yo creo en mí; estoy seguro de mí mismo; y en cuanto á Isabel, yo sé que mi cariño le hará olvidarlo todo, que todo

parecerá tan lejano como si no hubiera sido..., que ella misma me había de pedir que callase la verdad siempre, si yo alguna vez sintiera el impulso de decírselo todo. Quiero tanto á Isabel, que por mí solo renunciaría á su cariño, aunque sé que era renunciar á la única ilusión de cariño en mi vida... Pero tan seguro estoy de hacerla dichosa, tan seguro de que sólo mi cariño puede ser su compensación en la vida, que me parece un crimen huir y una traición callar.

JUANA

Entonces... Hable usted, hable usted ahora y hable usted después, si de ello depende su felicidad.

CARLOS

No, Juana. ¿Qué haría yo para que usted no temiera nunca?

JUANA

Todo es inútil. No le temo á usted... Temo... ¡qué sé yo! Temo todo, temo á la vida...

CARLOS

La vida es olvidar, y todo se olvida. Lo que nadie sabe es como si no hubiera sido.

JUANA

¡Lo que nadie sabe! ¡Existe una carta! Yo no puedo creer que esa carta no existe. ¿Es verdad?

CARLOS

Existe. Pero sin mi voluntad nadie puede leerla.

JUANA

¡Sin su voluntad! ¿Está usted seguro de ser siempre dueño de su voluntad? Poco sabe usted entonces de cariño. ¿Qué cariño es ese que puede decir: «Mi voluntad es mía?» Si piensa usted así, ¿cómo he de creer que usted me disculpa ni me perdona?

CARLOS

¿Y si yo le entregara á usted esa carta?

JUANA

¡No, á mí no! No quiero que pase por mis manos; no quiero que mis ojos no puedan resistir á la tentación de leerla. Me da miedo... ¡Sería oirle, oirle otra vez! ¡No, no; me da miedo! No sé si entonces no sería yo la que no podría olvidarle nunca, y si algún día no saldría de mis labios para que no pesara tanto sobre mi corazón... No; me basta con que usted la destruya... ¿Basta digo? Es algo del silencio... No es todo el silencio...

CARLOS

Quedo yo. ¿No es eso?

JUANA

Queda mi conciencia. Pero ¿la romperá usted?

CARLOS

Lo juro. El mismo día en que Isabel sea mi esposa...

JUANA

¡Ah!... Es una amenaza indigna de usted... Va usted á decirme que es digna de mí...

CARLOS

No; no es amenaza; es que ésa fué la voluntad de Hipólito...

JUANA

Entonces era él el que temía de mí... ¿Qué debió pensar á la hora de la muerte? ¡Qué odiosa debí parecerle! Su último pensamiento de odio, de odio y de desconfianza... ¡Qué horrible, Dios mío! ¡Y aun temo la verdad, esa otra verdad que sería la muerte, pero no es tan cruel como ésta!... ¡Su odio, su odio y su desprecio al morir!... ¡Y no habrá otra vida desde donde los que mueren vean á los que les quisieron y lloren también por nosotros!...

CARLOS

No llore usted... Si viene alguien...

JUANA

Sería capaz de decirlo yo todo... Yo, yo... ¡Sí! ¿Qué me importa de los demás? Todos tienen razón para odiarme; él no la tenía, y me odiaba... ¡Á mí! La única que no le ha olvidado, que no le olvidará nunca... Su odio... Esa es la verdad. Para mí no hubo un silencio que pudiera parecer perdón... Para mí la verdad, para mí sola...

ESCENA V

DICHOS é ISABEL

JUANA

¡Isabel!... ¿Y el niño? ¿No se ha despertado? ¿Duerme tranquilo?...

ISABEL

Sí, duerme... ¿Te has asustado?

JUANA

No... Es que hablábamos... hablábamos de ti... Recordábamos, y he llorado, no puedo negarlo... Ya lo ves... he llorado... ¡Yo hubiera querido verte tan dichosa!... Carlos me decía que aun podías serlo.

ISABEL

¿Dichosa yo?

JUANA

Ya lo ves; parecía que esta casa no podía alegrarse nunca, y hoy basta con una sonrisa del hijo mío para alegrarnos á todos.

ISABEL

¡Eso sí! ¡Es la única alegría!

JUANA

La única, no; contamos con un buen amigo que compartió nuestras tristezas, y hoy debe compartir nuestra alegría... Más que un amigo...

ISABEL

Sí, sí...

JUANA

Ahora me aseguraba que no piensa emprender nuevos viajes, que le tendremos aquí... ¿No te alegra?

ISABEL

Sí...

JUANA

¿Estás triste, Isabel?

ISABEL

¿Te extraña mi tristeza?

JUANA

Hoy sí; hoy deseaba yo verte más alegre...

ISABEL

¿Por qué hoy?

JUANA

¿Por qué? No, Carlos te lo dirá... Tú le dirás también. Junto á mi hijo te espero para abrazarte, para desearte felicidad con toda mi alma, sí, con toda mi alma. *(Sale Juana.)*

ESCENA VI

ISABEL y CARLOS

CARLOS

Ya ve usted, Isabel, debo hablar, debo hablar por fin...

ISABEL

No; debe usted callar; ahora soy yo quien exige el silencio, y lo exijo por todos; y le exijo á usted más: que no desista usted de emprender nuevos

viajes, que por lo menos se aleje usted de esta casa para siempre...

CARLOS

¡Isabel! ¡No, no es posible! ¡Usted me habla así! ¿No me ha perdonado usted mi silencio?

ISABEL

Lo he perdonado, he sabido respetarlo..., tal vez agradecerlo... Pero agradeceré más este silencio de ahora. Salga usted, salga usted de esta casa, y olvide usted cuanto haya de olvidar para que también le olviden...

CARLOS

¡No, Isabel! Yo no puedo marcharme sin que usted me diga qué secreto hay en sus palabras...

ISABEL

¿No puedo yo también tener un secreto? ¿No puede haber algo para mí tan respetable como para usted que me obligue á callar?

CARLOS

¿Es que no me juzga usted digno de su cariño?...

ISABEL

Sí, Carlos, sí; digno de ser dichoso, digno de ser querido... Pero yo soy también digna de que se respete mi silencio...

CARLOS

¿Es que fuí demasiado atrevido al creer que usted podía quererme? ¿Es que me han calum-

niado, Isabel? ¿Es que la he ofendido á usted sin pensarlo? ¡Hable usted, hable usted! La verdad sólo á mí puede referirse; yo la acepto; pero no puedo aceptar que usted me rechace así, sin una explicación, sin una causa.

ISABEL

Busque usted en su corazón... Él le dirá á usted si hay causa... como mi corazón me lo dijo... Para lo que sólo es verdad allí, no hay palabras que puedan explicarlo; son palabras inútiles, palabras sin fundamento, contra las que usted se rebelará con razón... con *su razón*... Pero para mí existiría siempre la causa, ese sentimiento que no puedo explicar, de algo que sólo existe para para mí... y ya me basta para sentirlo y para callarlo...

CARLOS

¿Es odio? ¿Es antipatía? ¿Cómo hasta ahora no pude conocerlos? ¿Es fidelidad á una memoria querida? ¿Es temor á nuevas desventuras? ¡Tenga usted compasión de mí!

ISABEL

No se atormente usted... No es nada de eso... y puede serlo todo... Ya lo dije; es un sentimiento inexplicable... No hay palabras para él... Las palabras... serían darle vida, y tal vez no exista..., no debe existir... *(Sale.)*

ESCENA VII

CARLOS, GABRIEL y DON RICARDO

GABRIEL

¿Estás solo?

CARLOS

Ya lo ven ustedes.

RICARDO

¡Nosotros que casi veníamos de puntillas para sorprenderte en pleno idilio!... Porque suponemos que no habrás perdido el tiempo.

GABRIEL

¿Hablaste con Juana?

CARLOS

Y con Isabel.

GABRIEL

Entonces...

CARLOS

Mañana mismo me marcho á Londres.

GABRIEL

Para arreglar tus asuntos y volver en seguida...

CARLOS

Para no volver.

GABRIEL

¡Cómo! ¿Para no volver? No es posible. Yo creía estar seguro de que Isabel admitiría tu ca-

riño. Tal vez juzgue que es demasiabo pronto para pensar en un segundo matrimonio. Sí, tal vez sea ése su pensamiento y tú lo hayas interpretado mal... Acaso por delicadeza...

CARLOS

No; Isabel me habló con sinceridad, sin asomo de coquetería femenina; no invocó para nada recuerdos ni conveniencias sociales... No es por eso, no; es por algo que no sé, que no puedo explicarme, que ella no me dijo tampoco. Será éso mi destino, vivir condenado al silencio.

GABRIEL

Pero si el motivo de su resolución tiene fundamento...

CARLOS

Era preciso conocerlo para probar que no lo tenía.

GABRIEL

¿Tú crees que Juana haya podido influir...?

CARLOS

No, te soy franco; estoy seguro de que Juana no habló nunca á Isabel en contra mía.

GABRIEL

De todos modos, Juana debe saber; si no lo sabe, ella sólo puede saberlo... Juana... Juana...

CARLOS

Es inútil... No digas nada... Yo me resigno, me resigno á todo; á creer que he sido calumniado...

GABRIEL

No es posible. Isabel era la primera en estimarte en esta casa; siempre habló de ti con elogio, y en sus palabras había siempre el mayor afecto de cariño hacia ti... No es posible, te digo, que sin una razón muy poderosa piense ahora de otro modo... Juana...

ESCENA VIII

DICHOS y JUANA

JUANA

¿Qué quieres?

GABRIEL

Escucha: Carlos habló contigo por indicación mía; esperaba con algún fundamento ser correspondido por Isabel, pero quiso saber lo que tú pensabas; yo creí poder animarle en sus pretensiones; después de hablar contigo, sin duda lo creyó él también y habló con ella... ¿Isabel te habló alguna vez de Carlos de modo que tú no pudieras creer lo mismo que yo?

JUANA

Siempre me habló de él con simpatía, con cariño...

GABRIEL

Ya lo oyes... ¿Y tú?... Carlos temía no serte simpático...; mejor dicho, él no, sus pretensiones...

JUANA

Después de haber hablado conmigo, creo que no seguirá pensando de ese modo.

GABRIEL

Entonces... Isabel habló sin que nadie haya influído en ella.

JUANA

¿Es que...?

GABRIEL

Carlos quiere marcharse mañana mismo para no volver... Isabel rechaza su cariño sin darle una explicación.

JUANA

¿Rechaza su cariño?... ¿De qué modo? ¿Por ahora?...

GABRIEL

No, para siempre; su resolución es irrevocable.

JUANA

Tal vez nos habíamos engañado; creímos que Isabel olvidaba porque la vimos ya alegre alguna vez, interesada por nuestras alegrías; la juzgamos ligeramente; eso es todo.

CARLOS

No, es algo más; hay una causa; de otro modo no se habla como me habló Isabel. Bastaba con no aceptar mi cariño, sin exigirme... ó rogarme, es lo mismo si el ruego es suyo, que me aleje de aquí para siempre, que no vuelva nunca.

JUANA

¿Eso dijo? ¿Lo ve usted? Tal vez teme lo que yo temía: unirse para siempre á quien posee el secreto en que ella no ha podido dejar de pensar.

CARLOS

No, no; ella fué la primera en decirme que respeta mi silencio; que no la ofende, que nada quiere ya saber tampoco, pero que yo nada debo saber, que su silencio es tan respetable, tan sagrado como el mío.

JUANA

El motivo es el que dije á usted; no puede ser otro.

GABRIEL

Carlos teme que alguien le haya calumniado.

JUANA

No, Carlos, no; Isabel le estima á usted como á nuestro mejor amigo; no lo dude usted.

GABRIEL

Lo único cierto es que Carlos no merece ser tratado de esa manera, que tiene derecho á saber...

CARLOS

No, nada puedo exigir... Me bastará con saber que no he perdido la estimación de ustedes; la suya...

GABRIEL

Juana, yo deseo que hables con Isabel, que la hagas comprender que es necesario una explicación, que importa que Carlos no dude ni por un momento de nuestra lealtad. ¿Entiendes? Ni de ti ni de mí...

JUANA

No debe dudar...

CARLOS

No, yo no dudo de ustedes. Sólo dudo de mí; pero esta duda basta para atormentarme... ¿Por qué quiere Isabel que me ausente para siempre?... ¿Por qué?

GABRIEL

Isabel viene. Habla tú con ella. Vamos, Carlos, venga usted. *(Á don Ricardo.)* No puede ser, no puedo creerlo.

JUANA

Sí, déjenme ustedes.

ESCENA IX

ISABEL y JUANA

JUANA

Isabel, ¿tú sabes que Carlos estaba enamorado de ti?

ISABEL

No lo sabía, no lo sé...

JUANA

Por primera vez quieres mentirme.

ISABEL

Por primera vez crees que miento. Vuelvo á decirte que no lo sé, ni él lo sabe tampoco.

JUANA

¿Eso crees? ¿Qué motivos tienes para creerlo?

ISABEL

Déjame, Juana, déjame; no me preguntes nada; no he de decir nada.

JUANA

Es que Carlos puede creer, cree seguramente que soy quien te ha hablado en contra suya.

ISABEL

¿Tú? ¿Por qué? ¿Por qué lo cree?

JUANA

¿Lo sé yo acaso?... Piensa que no me es simpático; Gabriel también lo piensa. Ya ves si me importa que tú les asegures que nunca te hablé mal de Carlos.

ISABEL

¿No lo sabes?

JUANA

Lo sé yo, ellos no lo saben... Ellos pensaban que no había razón para rechazar el cariño de Carlos, y les extraña tu negativa.

ISABEL

¿Á ti también?

JUANA

Á mí no; soy mujer y comprendo que puede no quererse á un hombre, aunque todos crean que no hay razón para no quererle; en tus circunstancias lo extraño mucho menos; yo nunca creí que olvidaras tan pronto; para mí, ahora te lo confieso, hubiera sido una desilusión verte enamorada de otro hombre.

ISABEL

Entonces... ¿Estás contenta de mí?

JUANA

No, no lo estoy... Yo deseo tu felicidad ante todo... Si ese cariño era tu felicidad...

ISABEL

¿Creíste que podía serlo?

JUANA

¿Quién sabe dónde está la felicidad? Una vez creí que podías serlo...

ISABEL

Y eras tú quien creía haberme dado la felicidad... Tal vez creías ahora lo mismo...

JUANA

No, ahora no... No era yo... Yo nada te he dicho... Sabía que Carlos te quería, y callé... Creí que tú también le querías, y también callaba...

ISABEL

Porque sabías que no debía quererle, que no debía... ¿Entiendes?

JUANA

No, no te entiendo... Ni entiendo por qué le pediste que no volviera aquí nunca... Esa petición sólo puede interpretarse como una ofensa, y Carlos no lo merece... Sólo pruebas de cariño nos ha dado á todos. Carlos merece una explicación, no puedes negarla; Gabriel y yo te lo pedimos también, porque nuestra situación respecto á ti es muy delicada.

ISABEL

Pues por todos he de callar.

JUANA

Hablarás por mí. Es lo primero que te pido con autoridad. Tú no sabes cuánto me importa que Carlos no crea que fuí yo la causa de tu resolución. Yo creí que tú le querías, yo le dije que hablara...

ISABEL

¿Por qué creiste que le quería?

JUANA

Vaya, Isabel..., tú crees que yo no te observaba... Siempre que venía á visitarnos..., aun en los días más tristes, al verle parecías más animada, casi alegre...; cuando él hablaba... le escuchabas siempre con un interés, una admiración...; cuan-

do creías que nadie te observaba, tus miradas estaban fijas en él...

ISABEL

¿Todo eso observaste? Me observaste como celosa... Pues así observé yo también, y yo también soy mujer como tú para conocer otro corazón de mujer...

JUANA

¿Qué dices?... ¡Isabel!

ISABEL

Será la primera vez que salgan de mis labios palabras que puedan ofenderte... ¿Por qué quisiste saber?... Yo también he observado, yo también he visto...

JUANA

¿Qué vas á decir?... ¡No, no, calla!... ¡Es horrible!

ISABEL

Te asustas porque acaso tú misma no lo creías de ti... Y ahora al oirlo es cuando te parece verdad... Amas á Carlos.

JUANA

¡Isabel! Por Dios santo... ¡Calla, calla!

ISABEL

No, yo no dudo de tu virtud... Quiero creer, creo que hubieras resistido siempre... Creíste que yo le amaba y hubieras deseado verme unida á él... Lo hubieras deseado...; pero ese deseo

¿no podía ser también el deseo de no perderle del todo, de no separarte de él para siempre como ahora?...

JUANA

¿Eso piensas de mí?...

ISABEL

¡Ay, hermana mía! Ya lo creo todo, ya dudo de todo... Creí ciegamente en un cariño y nunca hubiera dudado de él, porque si él mintió, ¿quién me dirá verdad?... Y ya lo viste... Sin saber cuál fué su traición, sé que hubo una traición... ¿Qué otra cosa puede haber en ese silencio?... Una horrible traición y una horrible mentira... Si en él la hubo..., ¿en quién no podrá haberla? En ti no quiero que la haya nunca..., en ti no, que eres mi única fe..., que eres mi adoración... Sé que hay en ti virtud bastante para resistir..., que sólo fué un pensamiento, un mal pensamiento..., que yo estoy para defenderte... Por eso dije á Carlos que nunca volviera á esta casa, que olvidara todo lo que debe olvidar... Á mí, si era á mí á quien amaba...; á ti..., si conoció que le amaste...

JUANA

¡Estás loca! ¿De dónde vino ese pensamiento infernal? ¿Qué viste en mí para creerlo?

ISABEL

¿Qué viste tú en mí?... Alegría en su presencia..., interés al escucharle... si hablaba conmigo..., inquietud, preocupación... ¡Qué mal disimulabas! Y cuando creías que nadie lo advertía,

miradas... que le envolvían con cariño, esas miradas á que parece asomarse el alma entera...

JUANA

¡Dios mío!

ISABEL

Y hoy hablabais aquí á solas... Desde lejos llegaba á mí vuestro acento, vuestras palabras no... Me acerqué á escondidas para escucharos..., y sólo oí palabras de súplica..., la virtud que resiste, que implora... Después te hallé llorando... No era el llanto sereno, casi dulce, de los recuerdos, como tú dijiste... Era el llanto de una pasión que lucha, que se rebela... Habías decidido sacrificarme tu cariño..., pero no contaste con que yo no podía aceptarlo, y que así le quisiera con toda mi alma, así creyera que su cariño era la eterna felicidad, no seré yo quien destroce tu corazón en una lucha desesperada en que tú misma no estarías nunca segura de vencer.

JUANA

¡Cómo convencerte!... ¡Qué palabras, qué pruebas capaces de hacerte comprender que te engañas! ¡Que nada de eso existe! ¡Que no puede existir! ¡Isabel! ¡Hermana mía! ¡No, no es verdad!... Pero tus palabras me destrozan el corazón de tal modo, que si algún mal hubiera hecho, por horrible que fuera, no podía haber mayor castigo... ¿Que yo amo á Carlos? ¿Que en mí viste mucho que podía parecer amor?... ¡Mis miradas, mi interés por sus palabras, lo que hablábamos aquí!...

¡Ah, tú no sabes..., tú no puedes saber! Y así destrozarás otra vez tu vida..., la suya..., porque tú le amas, le amas y serías feliz con su cariño... No, Isabel, no dejes que Carlos salga de esta casa, no hagas que sospeche siquiera lo que pensaste... ¿Y Gabriel?... ¡Mi Gabriel!

ISABEL

Nadie sabrá nada... Yo también sé callar... Que no vuelva aquí nunca... Verdad ó mentira lo que pensé..., que no vuelva aquí nunca...

JUANA

Sí, dices bien; ya lo pensaste, ya es verdad para ti... Sólo dejaría de serlo por otra verdad... Te engañas y tienes razón... Lo acepto todo; que salga de aquí..., que nunca vuelva... ¡Déjame, déjame!...

ISABEL

¡Hermana mía! Le olvidaré... ¡Le olvidaremos!...

JUANA

No, tú no... Si tú le amas, mi corazón se rebela contra tus sospechas...

ISABEL

La desgracia me enseñó á sospechar... En otro tiempo nada hubiera advertido, le hubiera entregado mi corazón sin sospechar siquiera que destrozaba el tuyo... La ignorancia del mal no nos advierte ni del mal que nos hacen, ni del mal que hacemos... Pero ya no... Ya he sufrido..., ya sé...

JUANA

¡Ya sabes! *(Sale Isabel.)*

ESCENA X

JUANA y CARLOS

JUANA

¡Carlos!

CARLOS

¿Qué dijo Isabel?

JUANA

¡Yo no debo callar! Se aman ustedes. Sí, Isabel le ama á usted. Pueden ustedes ser felices..., yo no puedo impedir su felicidad... Isabel no acepta su cariño de usted... Isabel quiere que salga usted de esta casa, porque Isabel cree que yo le amo á usted... Lo cree, lo cree... Ahora lo cree, ahora duda de mí... Es horrible, ¿verdad?

CARLOS

¿Cómo pudo creerlo?... ¿Quién pudo decirlo?...

JUANA

¿Decirlo? Nadie, porque nadie pudo haberlo imaginado. ¿Cómo lo pensó Isabel? ¡Quién sabe! No hay razón, no hay motivo... Eso nos parece... Pero hay un secreto que nos une como á cómplices, que nos envuelve en su obscuridad; acaso, sin darnos cuenta, puso atracción en nuestras miradas, misterio en nuestras palabras... Isabel nos observó suspicaz y pudo interpretarlo de ese modo..., ó fué en ella la sospecha como un aviso lejano, la voz de los muertos que habla en nues-

tro corazón, la verdad que llega por obscuros caminos... ¿Y cómo decir que es mentira, si esta mentira de ahora fué la verdad?... Ni la muerte ni el silencio pudieron ocultarla... ¡Todo vuelve en la vida, todo vuelve!...

CARLOS

Pero Isabel no puede creer, no es posible que crea...

JUANA

Para que no lo crea, sólo hay un medio... La otra verdad, la que usted posee... ¡Es mi vida, es mi honra..., la de mi Gabriel, la de mi hijo... ¿Qué hará usted?...

CARLOS

Saldré de esta casa para siempre... *(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

ISABEL y GABRIEL.

GABRIEL

¿Sabes que Carlos viene esta tarde á despedirse?

ISABEL

Sí, me lo dijo Juana.

GABRIEL

¿Lo sientes?

ISABEL

Que venga, tal vez; que se despida, no.

GABRIEL

¡Qué extrañas sois las mujeres! ¿Quién hubiera podido creer que no estabas enamorada de Carlos? ¡Bien has fingido!

ISABEL

¿Fingir yo?

GABRIEL

¿Qué otra cosa? Confiésalo, tu único deseo era saber, saber... lo que no has podido olvidar todavía.

ISABEL

¡No me juzgues así! ¡Me asusta, me da miedo! ¿No tengo razón para tener miedo á todo y á volver á querer más que á todo? ¿Puede haber para mí felicidad con más apariencia de verdadera que aquella felicidad? Si no era así, ¿cómo es el verdadero cariño? ¿Cómo habla la verdad si no habla de aquel modo?

GABRIEL

Es que yo no puedo creer que no fuera verdad... Me parece tan imposible como si yo creyera... ¡No, qué locura!... Como si Juana creyera de mí... ¡Pero tú si lo crees!...

ISABEL

¡Yo tampoco dudaba; yo tampoco lo hubiera creído!... Aunque toda su vida hubiera sido el engaño y alguien me hubiera dicho que era cierto, una sola palabra suya me hubiera convencido siempre de su cariño. Las palabras saben engañar tan bien como la vida, pero el silencio de la muerte es la verdad.

GABRIEL

Una verdad que no sabes. ¿Qué verdad es ésa? Dudar de todo.

ISABEL

Sí..., no es la evidencia, no es la certidumbre. La razón no comprende, pero el corazón sabe..., sabe que fué herido á traición...

GABRIEL

¡Una traición en que no fué uno solo el culpable! Y ese culpable existe, tal vez sin remordimiento, tal vez cerca de ti... ¿No has pensado en alguien?

ISABEL

¡No quiero pensar!... ¡Me asusta! ¿No oíste decir que á veces en los ojos de los que mueren asesinados queda grabada con la última mirada de espanto la imagen del asesino, y por ella pudo alguna vez descubrirse el crimen oculto?... Yo temo mirar demasiado hondo en mi corazón por si allí estuviera la verdad, como en los ojos de los muertos asesinados, acusadores en la última mirada de espanto... ¡Los ojos que en vida y en muerte saben decir lo que los labios callan!

GABRIEL

¡Algo te dijo Carlos! ¡Algo sabes por fin! Nunca me hablaste de ese modo... Antes pensabas sólo en su traición, ahora piensas también en otra...

ISABEL

Pensé siempre. ¿Cómo separarlas?

GABRIEL

¡No, no!... Como ahora no; es que ahora sabes algo...

ISABEL

¿Por qué me miras?

GABRIEL

¡No, no quiero mirarte! Dices bien, no quiero leer en tus ojos esa acusación que tiembla en tus labios como tiembla en mi corazón.

ISABEL

¡No, Gabriel! ¿Qué has pensado? ¡Tú sí que no me hablaste así nunca!

GABRIEL

¿Creíste que yo no pensaba en nada, porque nunca aventuré ninguna suposición? ¡Tal vez me creías indiferente á tus tristezas! Gabriel es un egoísta, habrás pensado...

ISABEL

¡No, no!

GABRIEL

Sus palabras de consuelo son vulgares; si le hablo de una traición, sólo sabe tranquilizarme... No hay que pensar en eso, no es posible... ¡Es que yo no quería dar un paso por mí sólo; temía la verdad, por miedo, sí, por miedo! Quería la verdad, la deseaba con toda mi alma, pero no traída por mis sospechas, no descubierta por mis insidias ni por mis amenazas; que Carlos hablara, que tú supieras al fin... ¡Y que la verdad fuera otra! ¡Pero pensar...! ¿Cómo no pensar? Si tú lo sabes, la vida de Hipólito fué siempre unida á

nuestra vida; fuera de nuestra casa no dió un paso de que yo no supiera... Y después de llegar aquí Carlos, ¡cómo no advertir entre ellos...!

ISABEL

¡Dios mío!

GABRIEL

Algo extraño, misterioso como una complicidad... Si Carlos te amaba..., ¿qué secreto podía unirlos de ese modo?...

ISABEL

¡No, no! ¡Tú eres el que se engaña! ¡Ahora es cuando me asusta la verdad si fuera ésa!

GABRIEL

¡Sería horrible! Y si no es ésa..., ¿por qué calla Carlos? Otra verdad cualquiera, ¿qué importaba?... Perdona; pienso en mí solo... Pero en ti también... Si estás segura de una traición..., ¿qué te importa ya cualquier otro nombre..., cualquier mujer?... ¿Qué significa para ti?... Pero esta duda...

ISABEL

Sí, tienes razón, es más horrible que la más horrible verdad...

GABRIEL

¡Tú no lo sabes!... ¿Te acuerdas cuando ayer me sorprendiste allá dentro, frente á un espejo, y te reíste de mí llamándome presumido?... ¡Yo me reí también!... Era que acababa de contemplar á mi hijo y después un retrato..., y después me

contemplaba yo... ¡Ya ves qué locura! ¡Como si la Naturaleza nos revelara sus secretos con rasgos inequívocos, ciertos!...

ISABEL

¡Ahora eres tú el que me da compasión! ¡Pobre Gabriel!... ¡Ahora eres tú el que me hace dudar de todo!... ¡Y no quisiera oirte y no puedo dejar de escucharte! Dices bien... Yo te había juzgado indiferente á mi tristeza. ¡Y tú sufrías más que yo!...

GABRIEL

¡Desde el primer momento! ¡Cuanto más impenetrable parecía el misterio para todos, más se aclaraba para mí! Escuchaba todas vuestras suposiciones, buscaba yo otras muchas, procuraba edificar sobre cualquiera de ellas una apariencia siquiera de verdad... ¡Pero todas se derrumbaban y sólo la que no quería afrontar persistía sobre todas!... ¡Primero como algo monstruoso, algo que me hacía dudar con espanto de mi propia razón, de mi propia conciencia, sólo con pensarlo!... Después ya no me parecía tan monstruoso, ya era humano, posible...

ISABEL

¡Humano, posible! ¡Ella! ¡Mi hermana! ¡Y aun sería más horrible la traición contigo! ¡Gabriel! ¡Mi hermano también!... ¿Por qué no has callado siempre? ¿Cómo vivir así?

GABRIEL

Es preciso que Carlos hable..., que no salga de

aquí sin haber hablado... Si tu cariño no basta..., yo á la fuerza...

ISABEL

¡No, tú, no! Él hablará! ¡Es preciso, es preciso!... Juana...

GABRIEL

No quiero verla... He luchado mucho tiempo para no arrancar la verdad con su vida, si era preciso... Para leerla de una vez en sus ojos... Los muertos no engañan...

ISABEL

¡Calla, calla, Gabriel! No hables de muerte... Me da miedo... Huye... sí. Evita las palabras crueles... si no puedes evitar la crueldad de ese mal pensamiento... *(Sale Gabriel.)*

ESCENA II

ISABEL y JUANA

JUANA

¿Gabriel?... Antes lo advertí, hasta ahora no quise creerlo... ¡Huye de mí! ¿Es que duda también? ¡Tú le hiciste dudar!

ISABEL

¡Yo no! ¡Es que á todos envuelve la sombra de un misterio! Es que cualquier verdad es preferible á dudar de todo...

JUANA

¿Pero es que Gabriel duda de mí? ¿Es que piensa de mí lo mismo que tú?

ISABEL

¡Lo mismo no! ¡Algo más horrible!

JUANA

¿Qué dices?

ISABEL

¡No, yo no lo pensé! ¡No lo creo, no lo creeré nunca! ¡Lo he pensado todo, pero eso no, eso no!...

JUANA

¡Isabel! Vas á saber muy pronto toda la verdad... Pero, verdad por verdad... ¿Amas á Carlos?... Sólo te separaba de él una sospecha, que verás destruída muy pronto, te lo aseguro..., porque de él no debes sospechar nunca... Él puede hacerte muy dichosa, es bueno y es nóble su corazón... Él también sacrificaba su cariño á un silencio cruel... Pero no debe ser, no será... Tú debes ser dichosa, y soy yo quien debe restituirte cariño y felicidad... ¡No quiero que dudes!... Carlos vendrá muy pronto á despedirse... Pero no se irá... Estoy segura de su cariño hacia ti; tú lo estarás también... Aprendió á quererte en el corazón de quien te quiso mucho..., más que á nadie..., á pesar de todo...

ISABEL

¿Á pesar de todo?

JUANA

Sí..., de quien murió de vergüenza, de horror, de desesperación, por haber ofendido tu cariño; porque nunca supieras la verdad de una traición que no hubieras perdonado nunca...

ISABEL

¡He perdonado!

JUANA

¡Porque ha muerto! ¡Él sabía que sólo así podrías perdonarle! Ahora dime... Cuando sepas toda la verdad, cuando todo lo horrible de tu vida sea nada más que un pasado triste, pero un pasado que ya no puede volver, porque todo lo que fué habrá muerto, ¿aceptarás la nueva vida que un amor verdadero te ofrece?... ¿No dudarás de ese cariño..., creerás siempre en él y serás dichosa?... No digas perdono; di: amo, espero, creo, aun quiero vivir... Y cuando vivas dichosa, entonces..., sólo entonces creerán que perdonaste los que hicieron el mal... ¡Vuelve á ser dichosa, hermana mía! ¡Darás paz á los muertos que no quisieron perdonarse..., pero necesitan ser perdonados!...

ISABEL

Yo sé que he perdonado, pero oyéndote me parece que aun he de perdonar! Y me da miedo esa verdad que llega, y como él murió por callarla, quisiera yo ahora morir por no saberla nunca...

JUANA

¡No, yo no la diré! ¡Sólo desde otra vida puede decirse, donde sólo Dios puede juzgarnos y los demás perdonar, sólo perdonar!..

ISABEL

¡Perdonar, perdonar! ¿Á quién? ¿Á quién? ¡Habla por fin! ¡Ya no dirás nada que yo no tema, que yo no adivine!... ¡Habla, ó llamaré á Gabriel y él sabrá obligarte á que hables!...

JUANA

¡No, Gabriel... no!...

ISABEL

¡Lo que él pensaba!... ¡Gabriel!... ¡Gabriel!....

JUANA

¡Ya lo sabes!... ¡Por mí, por mí!...

ISABEL

¡No! ¡Esa verdad no!... ¡No es la verdad!

JUANA

¡Dios mío! ¡La muerte, la muerte!

ISABEL

¡No! ¡Esto no!... ¡Esto no, Dios mío!... ¡Esto no!...

ESCENA III

DICHAS y CARLOS

CARLOS

¡Isabel! ¡Juana! ¿Qué sucede?

ISABEL

¡Carlos!

JUANA

¡Que Isabel ya no duda, que Isabel acepta su cariño!...

ISABEL

¡No, ya no dudo! ¡Ya sé la verdad!

CARLOS

¿Qué hizo usted?

JUANA

¡Creyó usted de mí que yo podía callar si usted callaba!

CARLOS

¡No era nuestro el secreto! ¡Era sagrado, porque era de la muerte!

JUANA

¡Su cariño es la vida y es más sagrado!

CARLOS

¡Su cariño! ¿No debe odiarme ahora?

JUANA

¡No, no! Entonces yo no hubiera hablado... ¡Isabel! Yo te pedí verdad por verdad...

ISABEL

¡Sí, Carlos! Ya lo sabe usted, ya no dudo...

JUANA

Ahora... Carlos... esa carta me pertenece... ¡Lo prometió usted!... Cuando Isabel sea mi esposa, dijo usted... Pero ese día estaremos muy lejos unos de otros...

CARLOS

Esa carta no existe; Isabel duda de mí... Era una tentación demasiado terrible... ¡Yo no quise dudar de mí! Usted misma, si yo hubiera puesto esa carta en sus manos al despedirme de aquí para siempre, ¿no creería usted que era como obligarla á disponer de nuestra vida? ¿No hubiera sido una crueldad?

JUANA

¿Y qué hubiera sido mi silencio?

CARLOS

¡Hubiera sido no ver ese dolor que aterra, ese dolor de muerte, que no acusa, que no llora, que no habla! ¡Ese dolor que es también silencio, como debió serlo mi cariño para ser grande y verdadero!... ¿Por qué vine aquí nunca? Si no podía traer otra verdad que mi cariño, á traer dudas y sombras de un pasado que sin mí ya estaría muy lejos.

JUANA

¡Lo trajo á usted el amor, lo trajo la vida que

les pertenece! ¡Toda una vida de amor para olvidar! ¡Ese es mi perdón!

ISABEL

¡Tu perdón! ¿Crees que es tan fácil restituir como destrozar? ¿Crees que yo puedo ser nunca dichosa? ¡Y aunque yo lo fuera!... ¿Es que no pensaste en Gabriel? ¿No pensaste en tu...? ¡No, no..., ahora lo sé..., mi hijo, mi hijo...! Porque es mío, mío..., porque me lo has robado, me lo has robado también... Pero será mío, sólo mío, cuando Gabriel sepa y te arroje de aquí como á una mujer infame, que no puede ser madre, que no merece serlo.

CARLOS

¡No, Isabel..., no!

JUANA

¡Por Dios santo! ¡Por nuestra madre!...

ISABEL

¡No invoques á Dios ni recuerdes á nuestra madre! ¡Esas palabras se manchan en tus labios! ¡Tú sabes lo que hiciste!

JUANA

¡Basta, basta! No puedes perdonarme...; lo sabía, y hablé á pesar de todo...

ISABEL

¿Y por qué fué, por qué fué tanta maldad conmigo?... ¡Si yo le hubiera amado á pesar tuyo!

¡Aun podías tener disculpa! ¡Pero tú lo sabes! Yo no le amaba, yo era una niña ignorante del mal como de la vida; para mí no había más que tu cariño, mi corazón era sólo tuyo... Tú me dijiste: «ama», y creí en ti y le amé con toda mi alma..., porque tú lo quisiste... No fuí yo, fuiste tú quien le entregó mi corazón... Y después..., ya lo viste; todo pude pensarlo, y cuando la verdad estaba más cerca, saltando á mis ojos, hiriendo ya el corazón..., pudé llegar á dudar de ti, pero nunca con la verdad, con esta verdad que yo no pensé nunca, que no pude pensarla. Y ahora... ¡me condenas con la verdad como antes me condenaste con la mentira! ¿Hablar?... Será tu muerte, que para ti no es castigo y para todos sería vergüenza... Será su odio y su maldición para ese hijo sin padre... ¡Y callar! ¿Qué silencio será posible entre nosotros que no sea una acusación? ¿Serías capaz de afrontar una mirada mía en su presencia? ¿Serías capaz de afrontar las suyas? ¡Yo sé que no podré volver á miraros nunca! ¡Á ti por no confundirte de vergüenza! ¡Á él porque no vea en mis ojos cómo huyen de mirarte horrorizados!... Ya lo ves... ¡Esta es la felicidad, esta es la vida que has creído restituirme! ¿Y crees que puede haber perdón para ti en la tierra? ¡Ni nuestra madre desde el cielo podrá perdonarte!

JUANA

¡Yo no te condeno al silencio! ¡Habla, que sepa Gabriel...! Pero, espera, espera... Por última vez quiero ver á mi hijo..., ¡mío, mío...!, y después saldré para siempre... Antes de que él pueda acu-

sarme como tú..., antes de que pueda mancharse con mi castigo... ¡La verdad también para él más implacable que para ti!... Para ti es la muerte de lo pasado, pero es también otro amor, otra vida!... ¡Para él es la muerte de todo!... ¡Tú no me perdonarás nunca, pero olvidarás, estoy segura de que olvidarás! ¡Y el olvido tiene algo de perdón!... ¡Él, ni perdón ni olvido! ¡Sólo pensé en ti al decir la verdad, y pensaba que tú podías perdonarme! ¡Ahora pienso en él y veo que no puede haber perdón para mí!...

CARLOS

¡Juana!

JUANA

No venga usted hacia mí... ¡Hacia la vida! ¡Gracias, Carlos! Yo sé que aun puedo ser feliz, muy feliz... Ese es el perdón..., el de Dios... ¡Adiós, Carlos! ¡Isabel! ¡Hermana, hermana mía!...

ISABEL

¡Madre te llamaba yo! ¡Y no lo recordaste! *(Sale Juana.)*

ESCENA IV

ISABEL y CARLOS

CARLOS

¡Isabel! La verdad sabida no es toda la verdad. Por odiosa que sea, sólo por ser verdad es preciso abrazarse á ella en nuestro corazón para

comprenderla. ¡Sólo entonces será la verdad! No piense usted sólo en su dolor no merecido; piense usted en el tormento de la culpa, en la pasión que enloquece y arrasa el corazón y no llega á arrasar la conciencia... Piense usted cuál habrá sido el remordimiento que llevó al uno á buscar la muerte por guardar el silencio: á ella... á romper el silencio... para buscar la muerte... La verdad es siempre el mal si queremos que sea sólo nuestra verdad... Y la verdad no es sólo que fueron culpables y traidores... Verdad es también que se amaron, y es su amor, no su culpa, lo que hemos de comprender para juzgarlos. ¿Quién sabe si como ellos seríamos culpables, si como ellos hubiéramos amado? Fué el amor antes que la culpa... ¡Tal vez se asesina porque se ama!... ¡Nadie amó por haber asesinado!...

ISABEL

¡Gabriel!

CARLOS

¿Será usted implacable? ¿Será siempre la verdad dolor y muerte?

ESCENA V

DICHOS y GABRIEL

GABRIEL

¡Carlos! Perdona si sabiendo que vendrías no te esperé... No me sentía bien; salí al aire libre. ¿Y Juana?

CARLOS

Con nosotros estaba... Fué con su hijo...

GABRIEL

¿Le ocurre algo? ¿Está enfermo?

CARLOS

¡No, no!

GABRIEL

Isabel, ¿qué tienes? Estás pálida como una muerta... Tus manos heladas... ¡Carlos se despide!...

ISABEL

¡No, ya no se irá! Es decir, iremos juntos... muy lejos... Esa es mi tristeza...

GABRIEL

¿Es verdad, Carlos? Yo no soy egoísta; siento que te separes de nosotros, pero estoy contento, muy contento... Todos hemos vivido recelosos, como entre sombras... ¡Tal vez todos hemos sido injustos con alguien! ¿No es verdad, Isabel? Tú debes saberlo. Yo sé que sólo por la verdad pudiste aceptar el amor, la nueva vida... ¿Sabes ya?

ISABEL

¿Saber?... ¡Sí!...

GABRIEL

¡La verdad por fin!

ISABEL

¡Tantas verdades!

GABRIEL

¡Carlos habló!..

ISABEL

Fué Juana...

GABRIEL

¡Juana!

CARLOS

También yo...

ISABEL

Carlos también... Era de los dos el secreto que nos unía, que nos hizo dudar... ¡Hemos sido injustos! ¡Todos tenemos que perdonar! ¡Juana sabe que dudaste de ella!...

GABRIEL

Fué que todos enloquecimos al rebelarnos contra un silencio que no podíamos comprender.

ISABEL

No, no podíamos comprenderlo... Ahora sí, escucha, es la verdad... Hipólito concibió por Juana una pasión de locura, de muerte, que ella rechazó horrorizada... Y él entonces, de vergüenza, de remordimiento, porque nunca supiéramos, por obligar á Juana al silencio...

GABRIEL

¡Miserable, miserable! ¡Bien hizo en morir! ¡Miserable! ¡Miserable!

ISABEL

¡No hables así! Yo he perdonado...

GABRIEL

Su infamia no merece tu perdón, ni mereció el silencio de Juana... Tu silencio...

CARLOS

Mi silencio no era mío. Ahora más que nunca debes comprenderlo.

ISABEL

Callaron por él..., por mí..., por ti también... Si nosotros no hubiéramos dudado, hubieran callado siempre... Me obligaste á saber, he querido salvarte... á ti, á tu hijo, porque dudaste de tu hijo... ¡Hijo mío! ¡Si hubieras dudado siempre!

GABRIEL

¡No hubiera podido vivir ó hubiera llegado á matar!... ¡Mi Juana! ¡El hijo mío! ¿Y sabe que yo he dudado de ella?...

ISABEL

Sí, no pude ocultarlo... Lo sabe... No extrañes hallarla conmovida... Vuelve á su lado, lleva la calma á su agitado espíritu con tus palabras...

GABRIEL

Sí, necesito que me perdone... Necesito ver á mi hijo, olvidarlo todo... ¡Todo! ¡Yo también perdono!... ¡Que no quede una sombra de lo pasado

entre nosotros; que sea como si empezáramos otra vida! *(Sale Gabriel.)*

ESCENA VI

ISABEL y CARLOS

ISABEL

¡Y ya mentir, mentir siempre! ¡El mentir de la vida, que hace envidiable la muerte sólo por ser silencio!...

CARLOS

No; esa mentira es la verdad de su corazón... ¡Hermosa y sublime verdad, que redime y salva como verdad divina! En otra mujer me pareciera sobrehumano; en usted no, porque en mi adoración la comprendí así siempre...

ISABEL

¡Y si no fué grandeza de alma! Si fué miedo, ¡pobre miedo de mujer ante la ejecución de una sentencia terrible que el destino puso en nuestras manos!... ¿No me vió usted temblar como si yo fuera también culpable?...

CARLOS

Pues bendito ese pobre miedo de mujer, que tiembla ante el dolor ajeno olvidando su propio dolor para interponer la piedad entre la culpa y el castigo...

ISABEL

¡Calle usted!... ¿No oye usted?...

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, GABRIEL y JUANA

GABRIEL

(Dentro.) ¡Isabel! ¡Carlos!

CARLOS

¡Sí, ahora sí!...

ISABEL

¡Dios mío! ¡Si ella habló! *(Viendo entrar á Gabriel trayendo á Juana en sus brazos, moribunda.)* ¡Ah!

GABRIEL

¡Muerta! ¡Es la muerte, la muerte!...

ISABEL

¡Juana, Juana!

CARLOS

¡Gabriel!

GABRIEL

La hallé junto á su hijo... lívida..., moribunda...

ISABEL

¡Juana, Juana! ¿Qué hiciste? ¡Pudiste dudar de mí!

CARLOS

¿Cómo fué? Aun podrá salvarse...

JUANA

¡Silencio! ¡Silencio!... He sido yo... Lo que fué alivio de dolores... fué la muerte..., alivio de todo dolor...

GABRIEL

¡Es la muerte..., es la verdad! ¡Mentiste!

ISABEL

¡Juana! ¡Hermana mía! ¡Yo no hablé!... ¡No hubiera hablado nunca!...

JUANA

¡Perdón para mi hijo! ¡Tu hijo..., Isabel..., tu hijo!... *(Muere.)*

GABRIEL

¡Mentiste, mentiste!... ¡Ahora es la verdad! ¡Mírala en sus ojos! ¡Toda la verdad!... ¡El silencio de la muerte no engaña!

TELÓN

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Quinta edición esmeradamente corregida.—Precio: 3,50 pesetas.

Figulinas. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Precio: 3,50 pesetas.

Teatro fantástico.—Precio: 3,50 pesetas.

Vilanos.—Precio: 3,50 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Versos.—En Madrid y en varias casas (novela).

TEATRO

Tomo I.—*El nido ajeno* (comedia en tres actos en prosa).—*Gente conocida* (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo II.—*Don Juan* (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un cuadro).—*Teatro Feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo III.—*Cuento de amor* (Twelfth night or waht you will), de Shakespeare (comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto).—*Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La Gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo IV.—*Modas* (sainete en un acto y en prosa).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo V.—*La Gobernadora* (comedia en tres actos).—*El primo Román* (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo VI.—*Amor de amar* (comedia en dos actos).—*¡Libertad!* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo VII.—*Alma triunfante* (drama en tres actos).—*El automóvil* (comedia en dos actos).—*La noche del sábado* (comedia en cinco actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo VIII.—*Los favoritos* (comedia en un acto).—*El hombrecito* (comedia en tres actos).—*Mademoiselle de Belle-Isle* (comedia en cinco actos de A. Dumas, padre).—*Por qué se ama* (comedia en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo IX.—*Al natural* (comedia en dos actos).—*La casa de la dicha* (drama en un acto).—*El dragón de fuego* (drama en tres actos y un epílogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo X.—*Richelieu* (drama en cinco actos y nueve cuadros, original de Sir Bulwer Lytton), traducción.—*La Princesa Bebé* (escenas de la vida moderna divididas en cuatro actos), última producción del autor.—*No fumadores* (chascarrillo en acción en un acto y en prosa).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XI.—*Rosas de otoño* (comedia en tres actos).—*Buena boda* (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XII.—*El susto de la Condesa* (diálogo).—*Cuento inmoral* (monólogo).—*La sobresalienta* (sainete lírico en un acto y tres cuadros), música de D. Ruperto Chapí. *Los malhechores del bien* (comedia en dos actos y en prosa).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XIII.—*Las cigarras hormigas* (juguete cómico en tres actos).—*Más fuerte que el amor* (drama en cuatro actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XIV.—*Manón Lescaut* (historia de amor en siete cuadros).—*Los Buhos* (comedia en tres actos).—*Abuela y nieta* (diálogo).

Tomo XV.—*La Princesa sin corazón* (cuento de hadas).—*El amor asusta* (comedia en un acto).—*La copa encantada* (zarzuela en un acto), música del maestro Lleó.—*Los ojos de los muertos* (drama en tres actos).